



EL CONDE

Ayllón

ARLETTE GENEVE

EL CONDE AYLLÓN

Arllette Geneve

SANTO DOMINGO DE GUZMÁN, 1807

PUERTO DE COBH, IRLANDA

MUELLE DE WILLEMSTAD, CURAZAO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

EPÍLOGO

SANTO DOMINGO DE GUZMÁN, 1807

Recordando el pasado de él...

El joven capitán de fragata, Rodrigo de Velasco y Duero, seguía mirando con honda satisfacción el estuche de terciopelo azul que contenía el anillo de esmeraldas y rubíes hermosamente engastados. La joya le había costado una pequeña fortuna, pero el resultado merecía la pena por su exquisitez. El anillo adornaría la mano de la mujer más bella de la isla: su futura esposa.

Bajó las escaleras del Palacio de los Capitanes rumbo a la casa de Dávila, situada en la misma calle de las Damas, a una distancia de no más de cuatrocientos metros de donde se encontraba el grueso del contingente militar de la fragata Armonía, perteneciente a la armada española, y construida en el Ferrol. Rodrigo se sentía satisfecho con su rapidez y manejo en las aguas bravas del Caribe, ya que su principal misión consistía en proteger el tráfico mercante, siendo muy importante su participación en la lucha contra corsarios por la velocidad que alcanzaba. La fragata estaba dotada con treinta y cuatro cañones y podía atacar el tráfico del enemigo en caso de guerra e incluso combatir en auxilio de los navíos de línea. A menudo desempeñaba la importante misión de exploración de avanzadilla, así como por los flancos de otros buques de la armada. Su nombramiento reciente de capitán había sido propiciado por la captura, dos años atrás, de una fragata inglesa, La María, apresada por el Ligero y capitaneado por don Domingo de Oñate.

Rodrigo era el segundo oficial de un total de siete.

La cincelada boca masculina seguía sonriendo gratamente. La sorpresa que ideaba darle a Isabelle pensaba atesorarla en su mente por el resto de su vida. La hermosa viuda de treinta y cinco años le había robado el corazón por completo. Tras varios meses de encuentros secretos, había decidido hacerla su esposa sin importarle la diferencia de edad que los separaba. Los veinte años de Rodrigo no lo amilanaban en absoluto, todo lo contrario, lo decidían con más tesón a tratar de superar ese pequeño escollo que enarbolaba ella con ahínco.

La calle arbolada seguía tranquila a esa hora de la tarde, varios viandantes paseaban a sus mujeres cogidas del brazo con solemne caballerosidad y demostrada elegancia, algunos hacían los correspondientes saludos sin quitarse el sombrero del todo, otros, con una leve inclinación de cabeza. Rodrigo detuvo sus pasos ante un puesto de flores y golosinas donde compró un pequeño ramo de nomeolvides, con el que pretendía sorprenderla. Sus pasos lo dirigieron a la casa de Dávila que había pertenecido a esa misma familia cuando formaba parte de las personalidades que llegaron en 1502 a Santo Domingo, junto al gobernador Nicolás de Ovando. Actualmente se encontraba habitada por el capitán americano William Dorian Jefferson, y su adorable hija, Isabelle. Rodrigo cruzó el portón sin titubear, siempre se mantenía abierto para él, detalle que lo complacía sobremanera porque mostraba a las claras la amistad de la que gozaba con la familia Jefferson. Atravesó el jardín exterior que miraba al río Ozama. Las arquerías del patio cuadrado que se elevaba en dos plantas no le restaban luz a las dependencias superiores donde estaban ubicadas las diferentes alcobas. Cuando alzó la vista hacia el corredor superior, la vio asomada sobre la barandilla de madera con una sonrisa en la boca y una promesa en sus ojos azules; el ligero titubeo, y la sombra bajo sus ojos, lo desconcertaron por un momento.

—Estaré contigo en un momento —la voz melodiosa detuvo sus pasos cuando se encontraba

justo en medio del patio.

Rodrigo se guardó el estuche y cruzó las manos a la espalda. Isabelle fue observándolo a medida que bajaba los peldaños de suave pendiente, Rodrigo, vestido de uniforme, quitaba el aliento por su soberbia apariencia, y su masculinidad arrolladora. La mujer se fijó en el bicornio galoneado en oro que cubría sus cabellos castaños. La casaca de color azul turquí, galoneada también en tonos dorados en el cuello, las solapas y las bocamangas, hacía juego con el tono tostado de su piel ahora más acentuado por el sol caribeño. Las vueltas, cuello y solapas eran de un color rojo carmesí intenso, Rodrigo llevaba las solapas de la casaca abiertas hasta medio pecho y vueltas hacia fuera siguiendo la moda de los oficiales generales de tierra. Su grado lo indicaban las dos charreteras doradas en los hombros. Isabelle bajó los ojos hacia el cinturón que sostenía el sable de oficial. La hebilla portaba el ancla que era distintiva de la Armada. Los pantalones blancos se ceñían a las piernas musculosas como una segunda piel, y las botas altas de montar completaban el atuendo impecable. Isabelle se mordió el labio inferior ante el nudo que su fue gestando en su estómago al ser consciente de la virilidad de él: cada poro de la piel de Rodrigo rezumaba seguridad y determinación. El suspiro de placer brotó de su mismo centro femenino antes de poder ocultarlo bajo el velo de sus labios abiertos, pero cerró los ojos ante el ramalazo incómodo que la azotó ante lo que estaba a punto de hacer.

—Me has extrañado, mon âme —la hermosa mujer de pelo rubio y ojos azules se colgó de su brazo sin que la sonrisa abandonara su boca, mientras asentía con entusiasmo ante las palabras cariñosas de su amante.

—Cada aliento que exhalo es un pensamiento hacia ti que guardo en la memoria de mi afecto —respondió él.

Isabelle rozó el mentón rasurado con una caricia suave tras esa declaración.

—¿Hacia dónde me conduces, petite? —Isabelle asió la falda de su vestido de muselina verde, y lo instó a no hacer preguntas.

—Pienso raptarte durante un momento —Rodrigo la miró con una ceja alzada.

—Imagino que a tu padre no le gustaría la noticia de nuestra fuga aunque ello me llene de expectativas, ¿has dicho sólo un momento? Porque no será suficiente —Isabelle entrecerró los ojos antes de reprenderlo con la mirada.

—Quizás una hora... nada más —Rodrigo no la dejó continuar.

—No me conformaré con una hora, lo sabes.

—Eres un muchacho demasiado impetuoso —esa recriminación cariñosa le provocó un cierto malestar.

A menudo ella solía recordarle la diferencia de edad entre ambos, y esas palabras habían sonado como una crítica que le resultó inesperada.

—Y tú una mujer que me vuelve completamente loco —Rodrigo detuvo sus pasos y la obligó a aminorar la marcha.

La giró hacia sí mismo, y le dio un beso de enamorado en los labios que ella aceptó con avidez. Con una risa cantarina siguió guiándolo a través del patio.

—¿Vamos a rezar? Te recuerdo que no eres católica. —Isabelle negó con la cabeza ante su

sagacidad, lo dirigía hacia la capilla de los Remedios, uno de los tres complejos que comprendía la hermosa casa.

—Es el sitio más indicado para conversar sin que nos molesten, o escuchen —Rodrigo miró hacia la fachada de ladrillo con doble arco rebajado, el campanario doble estaba rematado por uno más alto en arco y una cruz coronaba la espadaña.

Cuando ambos cruzaron al interior, la bóveda de medio cañón con arquerías ofrecía la suficiente intimidad para conversar de forma tranquila y relajada. Tanto Rodrigo como Isabelle ocuparon uno de los bancos adosados a la recia pared. Rodrigo le robó otro beso antes de que ella abriese la boca.

—Tengo que volver a Luisiana —soltó de pronto.

Rodrigo la miró con excesiva seriedad ante la noticia inesperada.

—No tienes necesidad de irte —respondió muy suave.

Isabelle frunció la boca ante el comentario.

—Aquí no tengo nada que me retenga —Rodrigo tensó los hombros ante las palabras que lo habían molestado profundamente porque acababa de erigir una barrera entre los dos y desconocía el motivo.

—Creía que me tenías a mí —Isabelle bajó los ojos con pesar porque sabía que sus palabras anteriores lo habían herido.

—Mi padre ha sido destinado de nuevo y yo... —Isabelle hizo una pausa—, no deseo quedarme sola en esta isla.

Rodrigo sabía que ella se refería a su inmediata partida hacia Buenos Aires, ciudad que había sido atacada por una flota británica al mando del almirante Home Riggs Popham, sin autorización del gobierno británico.

Tras la victoria frente al cabo de Trafalgar, Inglaterra pretendía proyectar sus intereses políticos en el nuevo continente intentando dominar el Río de la Plata. Rodrigo sabía que el poder naval español había sido considerablemente mermado tras la batalla, y que las colonias tenían un sentimiento de vacío de protección al tener que defenderse solas sin la ayuda del reino de España.

—Podrías esperarme en mi hogar, yo te conseguiría un pasaje en el Santo Cristóbal como mi esposa. Te acompañaría la protección de mi apellido —Isabelle soltó un suspiro porque no se esperaba esa declaración repentina.

—¿Tu esposa? —Rodrigo asintió con la cabeza a la vez que sonreía creyendo que la había complacido con su proposición—. Ya he estado casada —la espalda de Rodrigo se tensó de nuevo.

—Pero no conmigo, amor.

Isabelle lo miró de forma tierna y cariñosa, el joven capitán español era toda una caja de sorpresas. Sabía del enamoramiento que sufría por ella pero nunca creyó que le propondría matrimonio con tanta despreocupación. Su corazón comenzó una cabalgata sin control, si bien consiguió sujetar sus sentimientos antes de que se desbocasen. Miró los amados ojos dorados que le habían dado tanta paz en los meses que habían compartido como amantes y amigos. Rodrigo había llegado a su vida cuando se sentía vacía, acomplejada por un matrimonio que sólo le había

reportado amargura y desesperación. El noble español había conseguido con su dulzura hacer que su corazón comenzara a latir de nuevo. Ella lo amaba con toda su alma, con cada fibra de su ser, pero...

—Es imposible un matrimonio entre los dos —respondió al fin.

Rodrigo abandonó su postura sentada en el banco, y la miró con seriedad aplastante.

—Nos amamos, es un motivo más que suficiente —contestó mirándola fijamente.

Isabelle bajó los ojos al suelo incapaz de sostenerle la mirada.

—Soy mucho mayor que tú, Rodrigo —el aludido se sorprendió.

Las palabras de ella le hicieron mirarla con un ardor que no podía esconder. Ante el deseo de enterrar sus manos en los brillantes bucles dorados, las cerró tras la espalda con rigidez. Volvió sus ojos al rostro de ella que, a pesar de la penumbra de la capilla, relucía con un brillo de belleza serena que lo conmovía, siempre, a cada momento.

—Te amo, Isabelle y... —Rodrigo calló antes de continuar.

Isabelle suspiró de forma intensa, y cruzó sus manos sobre el regazo de su falda. Alzó la vista y lo observó con amoroso escrutinio. Rodrigo había separado levemente las piernas para afianzarlas mejor al suelo en actitud desafiante, su uniforme le daba una apariencia aún más peligrosa. Isabelle paseó la mirada por su vientre liso, sus hombros anchos, y se detuvo en su pelo castaño claro ondulado: lo llevaba demasiado largo para un militar, pero ella adoraba asir los gruesos mechones entre sus dedos. Observó de forma apasionada el fuerte mentón, la recta nariz, y los hermosos ojos dorados de pestañas demasiado largas para un hombre, lo cual le confería una apariencia aún más juvenil. El vuelco en su estómago la pilló por sorpresa.

Los veinte años de él le pesaban como ruedas de molino.

—Soy estéril, Rodrigo... —él, comenzó a interrumpirla pero Isabelle no se lo permitió—. El condado de Ayllón necesita un heredero. —Rodrigo renegó de forma ostensible ante el recordatorio de sus deberes como primogénito y único varón de la casa Velasco.

—Renunciaré a mi título si con ello consigo que no te separes de mí. Mi hermana melliza, Inés, puede dar el heredero que necesita la casa Velasco. —Isabelle intentaba contener las ganas de echarse en sus brazos para abrazarlo con desesperación, pero la conversación mantenida con su padre momentos antes, le había dado las fuerzas que necesitaba para desligar el lazo que la unía a ese noble y apuesto español.

William Dorian Jefferson no entendía de nobleza ni linaje, para él los títulos no tenían importancia, pero ella, que había estado casada con un barón francés, sí comprendía la importancia de la herencia y los títulos. Amaba a Rodrigo, y ese amor la impulsaba a no atarlo a su futuro: un futuro que se encontraba cercenado por la aridez de su vientre. Isabelle jamás podría quedarse encinta, y ella no podía hacerle eso a Rodrigo.

Aún recordaba con nítido entusiasmo el día que lo vio aparecer por la puerta del Palacio de los Capitanes con su uniforme, le pareció el hombre más apuesto y masculino que había contemplado nunca. Su desastroso matrimonio con Louis Denise Molière le había reportado más angustias que felicidad y, tras enviudar tres años atrás, jamás pensó en casarse de nuevo o en enamorarse con esa pasión loca y desmedida.

Si su amante no tuviese veinte años... ¡Dios bendito!

—Mi decisión es firme —le soltó ella.

—La mía, también —le espetó él.

Isabelle comprendió con esa frase determinante que debía asestarle un golpe a su orgullo para decidirlo, y tratar de quebrar su voluntad de seguir unido a su vida. Comprendía de forma clara y aplastante que los quince años de diferencia no le hacían mella a él ni la amenaza de su esterilidad. Sabía que tenía que mutilar los sentimientos que sentía hacia ella, pero iba a dejarse el corazón en las palabras que comenzaron a salir de su boca, y que la iban a cubrir de escarnio merecido.

—Me tentaría la posibilidad de un nuevo matrimonio si estuviese enamorada, pero no es el caso —el jadeo de Rodrigo se lo esperaba, pero no esa mirada de hombre herido, vapuleado emocionalmente, que la observaba desde las profundidades de la decepción masculina.

Isabelle había cruzado la línea, y ya no podía retractarse. Rodrigo se acercó un paso a ella y le alzó la barbilla con su mano para perderse en sus ojos.

—No lo creo, Isabelle... —ella suspiró de forma larga y profunda, estaba a un paso de ceder, sin embargo, se mantuvo firme.

—Has sido un amante maravilloso, no el mejor, pero sí el más entusiasta —Rodrigo retrocedió dos pasos y soltó la barbilla de ella como si le hubiese quemado los dedos—. Deseo volver a Luisiana con mi padre, ya estoy cansada de esta isla. —Rodrigo cerró los ojos ante lo que dejaban traslucir las palabras de ella.

¡Estaba cansada de él!

Todas esas noches en las que había permanecido abandonada en sus brazos no servían ya. Las emociones contradictorias se pasearon por el rostro de Rodrigo a voluntad. Isabelle conocía la impetuosidad de Rodrigo, y juzgó usarla en su beneficio sin que él se percatase.

—Me gusta la libertad que me otorga mi viudez, por eso espero que comprendas mi postura. —Rodrigo retrocedió un paso más antes de mirarla con ojos brillantes de ira.

Las palabras hirientes se habían clavado en su corazón con certera puntería.

—Te amo, Isabelle —insistió.

Ella entornó los ojos para que no se diese cuenta de lo que significaban sus palabras para su alma desierta. Ella iba a atesorar en la soledad que le esperaba tras la separación de ambos provocada por ella.

—Pero yo no. Me gusta lo que me haces sentir cuando me acaricias. Cuando me llenas de tu esencia en las noches aburridas y monótonas, pero es cierto que no te amo. —Rodrigo iba a avanzar, pero la mano de ella lo detuvo—. Cuando te acepté en mi lecho fue sin promesas, sin obligaciones. No me hagas lamentar los momentos tan hermosos que hemos compartido.

Rodrigo seguía en la misma postura tensa desde que ella le había anunciado su decisión, incapaz de decidirse entre enfadarse o tomarla en sus brazos para demostrarle lo equivocado de su postura. Admitió para sí mismo, que cada palabra dada por ella era cierta: tejida con el deseo que ahora se volvía contra él. Rodrigo había sido el causante de la relación iniciada entre los dos, y si ella deseaba terminarla, debía complacerla. Pero algo lo retenía de pie mirándola, confiando

que cambiase de opinión, y se debatía amargamente entre irse o suplicarle.

—Es hora de despedirnos, y te ruego que te comportes como un hombre, y no como un chiquillo caprichoso.

Rodrigo bajó los ojos porque todo había acabado, ahora comprendía por qué lo había llevado hasta la capilla: para despedirlo, así sin más. Le agradecía el detalle de ahorrarle la humillación de echarlo como un mozo de cuadra delante de todos. Su mano tocó el pequeño estuche cuadrado, y apretó los labios con furia. Lo sacó, y se quedó mirándolo como si no comprendiese qué hacía en su bolsillo, o cómo había llegado hasta allí. De nuevo la miró a ella, y siguiendo un impulso, se lo lanzó al regazo en un insulto deliberado.

—Considéralo un pago, porque en cierta manera me has complacido mucho. —Rodrigo se dio la vuelta y salió de la capilla con paso marcial, no volvió la cabeza ni un segundo, y por ese motivo, no pudo ver que Isabelle había perdido el color del rostro, un instante después de salir del silencioso sagrario.

Isabelle subió su mano hasta su boca para ahogar el gemido de dolor que se quedó atorado en su garganta. Miró el estuche que apretó entre sus manos hasta dejarse los nudillos blancos. Después de varios minutos, cuando el temblor de su cuerpo disminuyó lo suficiente para tener de nuevo el control sobre su persona, abrió la cajita de terciopelo, y admiró la hermosa alianza. Las lágrimas comenzaron de nuevo a brotar, y no pudo parar la angustia que comenzó a sobrecogerla sin piedad.

PUERTO DE COBH, IRLANDA

Recordando el pasado de ella...

Para la pequeña Elina, todo era una verdadera aventura: el enorme barco, las prisas de los pasajeros, y el afán de su madre por subir de los primeros a la nave.

En ese momento se encontraba admirando un bonito carruaje parado en la zona de embarque. A ella le atraían los caballos, siempre que veía uno, deseaba pasar la mano por su brillante pelaje, y ese deseo de acariciarlo, era lo que la mantenía quieta frente a ellos.

—Vamos, Elina, y no te sueltes de la mano.

Subir la empinada planchada hasta la cubierta del barco, le supuso a su madre un verdadero esfuerzo pues tiraba de ella, y trataba al mismo tiempo de que el petate que cargaba al hombro no se le cayera hacia el mar. Una vez en la cubierta de madera, Elina no pudo ver nada pues se lo impedía la alta barandilla. Se alzó de puntillas para tratar de ver algo, pero nada. Su madre seguía tirando de ella hacia popa donde tenían contratado el camarote más barato. Como era muy niña, Elina no podía saber que sus padres lo habían vendido todo para comprar los pasajes. Iban a dejar Irlanda para labrarse una nueva vida en Boston.

Una vez alojados en el estrecho habitáculo, en la zona más baja del buque, la madre trató de acomodarlos a todos, y los pocos enseres que llevaban. A ella le pareció todo muy pequeño, y olía realmente mal. Pero como el viaje lo consideraba una aventura, trató de disfrutar cada momento de la travesía. La primera noche en el barco fue muy divertida por lo novedoso, pero ya en alta mar, una tormenta tan típica en el Mar de Irlanda, zarandó el barco con inusitada fuerza haciéndolo zozobrar de izquierda a derecha. Varios toneles y enseres que estaban colocados encima de la cubierta para el largo viaje, terminaron cayendo al mar, y lo último que recordaba ella fue la mirada de miedo de sus padres al creer que iban a ser engullido sin remedio en las

profundidades oscuras.

Elina no lo sabía porque sus padres no salían del camarote, pero la tormenta fuera de esas cuatro paredes era realmente espantosa: el mar levantaba unas olas enormes que se estrellaban contra el barco sin cumplirse un minuto entre una y la siguiente, aunque lo peor estaba todavía por llegar. El temporal se cerró sobre la nave con tanta violencia que incluso el capitán rezó una plegaria porque nunca había visto algo similar, y aunque el Rosslare era un barco sólido, con cada ola parecía que se hundía un poco más en las bravas aguas. Pero la nave cruzó la tormenta, dejaron atrás el Mar de Irlanda, y los siguientes días de navegación fueron placidos y sin incidentes.

Elina pudo salir a cubierta, aunque siempre acompañada de su madre. Veía con sus enormes ojos azules al resto de pasajeros que paseaban como si estuvieran en un jardín de Dublín. Escuchaba conversaciones seguidas de risas, y ella se contagió de ese espíritu alegre. Todo sucedía con normalidad, hasta que al undécimo día de navegación, un marinero que corría por cubierta gritó: ¡piratas!

Elina, nunca en su vida había pasado tanto miedo. Tras el grito del marinero anunciando el abordaje de piratas, ella quedó separada de su padre que la encerró en el camarote. Le ordenó que se escondiera bajo la litera, se pegara a la pared, y que no saliera bajo ningún concepto. Y no lo hizo a pesar de los gritos, de los ruidos ensordecedores. Se mantuvo quieta y en silencio, incluso cuando escuchó el alarido de su madre porque una espada le había atravesado el corazón. Era muy pequeña para comprender que los hombres del barco serían pasados a cuchillo, las mujeres de mas edad asesinadas, y las más jóvenes violadas y hechas prisioneras. Elina mantuvo silencio incluso cuando el cuerpo ensangrentado de su madre cayó al suelo con un golpe sordo. La vio muy quieta y con los ojos abiertos de par en par. Por la frente le caía un hilillo de sangre que le provocó el llanto, y la atemorizó. Deseaba estirar su pequeño brazo y tocarla, pero había prometido que se mantendría escondida bajo la litera a pesar de lo que viera y escuchara. La mano de su madre sostenía algo pequeño, parecía un libro, y ella se lo quitó con cuidado, y lo metió bajo el catre.

Tiempo después, y con el cuerpo de su madre tirado, todo comenzó a llenarse de humo que le provocó una tos violenta. Le lloraban los ojos, le picaba la garganta, y no podía respirar. Como pudo, y llorando porque iba a desobedecer, salió reptando de debajo de la litera, y entonces vio que todo en el camarote estaba revuelto: como si hubiesen buscado cosas preciosas y no las hubieran encontrado. Elina tosía hasta el punto de ahogarse, y el instinto de supervivencia la empujó a salir fuera del camarote. Lo que encontraron sus ojos fue dantesco pues todo el pasillo estaba cubierto de cadáveres. El humo le impedía caminar bien y tropezaba constantemente, pero pudo alcanzar las escaleras y subir por ellas. En el pasillo de la cubierta superior, se encontró con una mujer tirada, pero como no la vio, cayó sobre el cuerpo inmóvil. Elina pudo ver su rostro que tenía los ojos cerrados. Tenía un corte muy profundo en la cara, y sangre en el pecho, tuvo que apoyarse en ella para levantarse, y entonces la mujer abrió los ojos y le dio un susto de muerte. En esa parte del barco el humo era más intenso, y ella siguió tosiendo. Cuando por fin se levantó, la mano de la mujer apesó su bracito. Elina lanzó un chillido de espanto, y atrajo la atención de uno de los piratas que saqueaba los camarotes de primera. Llevaba la espada en la mano, y una saca al hombro que tintineaba a cada paso que daba. Ella se quedó de pie muerta de miedo, creyó que ese hombre de barba larga y ojos inyectados en sangre la ensartaría con la espada.

—Mira qué tenemos aquí...

Como estaba paralizada, no pudo moverse sino seguir tosiendo y llorando debido al humo. El hombre la cogió de una bandada y se la cargó sobre el hombro como si fuera un pequeño saco de avena. Elina sólo podía llorar y sujetar el libro que había rescatado de la mano de su madre con mucha fuerza. Cuando el hombre salió a cubierta, las llamas lo devoraban todo. Las mujeres más jóvenes chillaban y lloraban mientras la obligaban a cruzar la pasarela de madera hacia otro barco. Más de una cayó al mar por las prisas, pero ni eso detuvo a los piratas.

—¿Qué llevas ahí, Morgan? —el hombre que la cargaba no se detuvo.

—¿Qué llevo? Todo lo que os habéis dejado en los camarotes de segunda —respondió seco—. ¿Acaso ignoráis que estos desgraciados llevan esos camarotes todo lo que tienen?

—¿Y lo que cargas al hombro?

El pirata se detuvo y la miró. Elina cerró los ojos porque los del hombre le daban miedo.

—Un cachorro que me dará un buen fajo de dinero cuando la venda.

—Es demasiado pequeña para resistir el viaje.

El pirata que la cargaba encogió los hombros.

—Que muera aquí o en el Hostigador importa poco —respondió al mismo tiempo que daba un salto y alcanzaba la barandilla para cruzar por la pasarela.

El movimiento le provocó a Elina verdadero pavor porque creyó que ambos caerían por la borda, pero no ocurrió así. Una vez en el barco pirata, el hombre la soltó en cubierta sin miramientos, y la empujó hacia el lugar donde estaban las mujeres jóvenes aterradas. Una de ellas la cogió del brazo y la encerró entre los suyos.

—Ven, pequeña.

Elina había dejado de toser pero no de llorar. El cuerpo de su madre se había quedado en el camarote del otro barco, e ignoraba dónde estaría su padre y el resto de la familia. La niña no podía saber que todos estaban muertos, salvo ella.

El humo del barco que ardía fue elevándose hacia el cielo, y ella siguió la estela gris. Tiempo después obligaron a los prisioneros a bajar al entrepuente donde ataron a los hombres que habían sobrevivido. La mujer que había sujetado a Elina, se llamaba Mary O'Sullivan, y murió una semana después.

Hacinados en el entrepuente, los prisioneros sufrieron pésimas condiciones tanto higiénicas como alimentarias. El viaje duró cinco largas semanas. Los cautivos terminaron separados en dos grupos: adultos jóvenes, mujeres y niños. A las mujeres se les entregó ropa ligera, y muchas de ellas sufrieron la violación reiterada de la tribulación y del capitán. Los hombres permanecieron desnudos en el buen tiempo, y por las noches los ataban juntos bajo la cubierta. La disentería y otros trastornos intestinales comenzaron a mermar el número de cautivos, y cuando por fin llegaron a puerto, Elina había dejado de ser una niña de cinco años para convertirse en la hija del demonio. Nadie supo qué enfermedad contrajo, pero la pequeña se cubrió de ronchas y pupas que supuraban. Ninguno se atrevía a tocarla, y a punto estuvieron de lanzarla al mar, pero nadie se atrevió a hacerlo porque además de piratas eran muy supersticiosos. La dejaron en un rincón de la nave abandonada, aunque cada día una de las cautivas que se dedicaba a cocinar para el resto de prisioneros, le ponía un plato de ñame y cereales.

MUELLE DE WILLEMSTAD, CURAZAO

Los cautivos que no habían muerto durante la penosa y larga travesía, fueron vendidos en subasta. Elina era muy pequeña para saber que su mirada salvaje provocaba miedo. Que su aspecto enfermizo causaba rechazo. Cuando algún cliente trataba de comprarla, y el vendedor de esclavos la empujaba hacia adelante, comenzaba a chillar como si estuviera loca de verdad. Gruñía, babeaba, se rascaba la piel hasta hacerse sangre, y por ese motivo nadie la quiso. Todos y cada uno de sus compañeros de travesía fueron comprados, salvo ella.

Cuando se quedó sola sobre la tarima de madera, no supo qué hacer. Todos la ignoraban, incluso los piratas del barco que la había traído. Tan cansada estaba que se sentó esperando que alguien se compadeciera de ella, pero nadie lo hizo. Sorpresivamente, el libro que había cogido de la mano de su madre, seguía con ella. Elina lo protegía en el interior de su cuerpo: entre su pecho y los harapos que vestía. Muchas horas después, observó que varios barcos comenzaban a alejarse del puerto, y entonces comenzó a llover. Como le habían quitado los grilletes y las cadenas, Elina decidió bajar de la tarima. Lo hizo despacio porque estaba muy cansada y porque llovía con fuerza. Caminó por las embarradas calles buscando un lugar donde guarecerse. Tenía miedo, estaba hambrienta, y sola. Las calles de Curazao se quedaron desiertas, y ella siguió caminando hasta dar con una cantina. Por sus ventanas salía la luz de las lámparas de queroseno, también un aroma a estofado que le hizo rugir las tripas. Se acercó a la puerta que estaba cerrada, trató de alzarse porque no llegaba a la manivela, y de pronto, la puerta se abrió, y un hombre que salió por ella la golpeó tan fuertemente, que Elina cayó hacia atrás inconsciente. Ese fue el comienzo de una vida de golpes y penurias...

CAPÍTULO 1

HACIENDA DE GUADAIZA, REINO DE ESPAÑA

Lo último que esperaba Rodrigo de Velasco, era la visita inesperada del duque de Alcázar a Guadaiza. El mensajero que Alonso había enviado para anunciar su llegada, había llegado a la casa dos horas antes que el propio duque. Antes de cruzar hacia la biblioteca, el conde se quedó unos segundos observándolo. El esposo de su hija Aracena estaba de espaldas a él, pero su presencia seguía siendo imponente. Indudablemente era una persona con mucho estilo, y que no se dejaba engañar fácilmente. Además, era protector y tolerante, especialmente con su hija. Su aspiración en la vida había sido ocupar el puesto más importante en el reino, aunque eso significase vivir una vida solitaria. Pero Alonso de Lara había hecho una elección sorprendente, y que había marcado su vida para siempre: había dejado todo atrás para comenzar una nueva vida con la mujer de la que estaba profundamente enamorado. La convivencia con su hija Aracena no había menguado ni un ápice su astucia y determinación. Rodrigo a veces se decía que su yerno parecía un hombre salido de otro tiempo pues era el noble más inteligente y arrogante de cuantos había conocido, también el más pendenciero.

—¿Mi hija se encuentra bien?

Alonso se giró de golpe al escuchar la voz del conde.

Rodrigo se preguntó cómo podía ir siempre tan impecablemente vestido pues la distancia entre Silencios y Guadaiza era considerable. Las largas horas en carruaje no habían hecho mella en la pulcritud de su atuendo.

—Complicándome la existencia cada día —afirmó sin inmutarse, sobre todo porque le hablaba al padre.

El conde terminó por hacer una mueca imprecisa: antes se cortaría la lengua que mostrarle una sonrisa.

—¿Y mis nietos?

Alonso separó las piernas y las afianzó al suelo.

—Los gemelos son fáciles de controlar —respondió entrecerrando los ojos hasta reducirlos a una línea—. El mayor es el más complicado, quizás porque ha heredado demasiada sangre malagueña.

Rodrigo tuvo que girar el rostro para que su yerno no lo viera sonreír. Pasarían milenios, pero el pique entre sevillanos y malagueños seguiría siendo el pan nuestro de cada día.

—¿Cómo está María? —le preguntó a su vez Alonso.

Rodrigo hizo un gesto con la cabeza bastante elocuente.

—Lleva muy mal no poder regresar al reino, y se queja mucho de la humedad de Inglaterra, sobre todo por la edad que tiene, pero en Redtower ha encontrado cierta paz.

—Otros, por menos, han encontrado la muerte.

Rodrigo se encrespó. Se dijo que su madre había traicionado a la corona, pero su destierro era suficiente castigo, sobre todo para una mujer de edad avanzada.

—No creo que viva muchos años más.

Alonso no se esperaba esa respuesta del conde.

—Entonces me sorprende verte en tu hacienda.

—Mi lugar está aquí —contestó Rodrigo en voz baja—. Aunque viajo a menudo a Inglaterra por ella.

—Algo normal cuando tienes a una hija casada con un inglés...

Rodrigo lo interrumpió.

—Que es tu cuñado...

—Y una sobrina casada con otro inglés —Alonso terminó por sonreír de forma sarcástica—. Menos mal que la otra hija sensata se ha casado con un español...

Rodrigo lo volvió a interrumpir.

—Arrogante, pendenciero, rencoroso...

—¡Suficiente!

Alonso de Lara podía ser tan altivo como le permitía su rango, pero Rodrigo le llevaba demasiada ventaja en experiencia.

—¿Te apetece un poco de fino fresco? —le ofreció el conde en señal de paz.

El duque se lo pensó un momento.

—Un jerez estaría bien —aceptó.

Rodrigo hizo sonar la campanilla. El enjuto mayordomo llegó a la biblioteca antes de que se silenciara el sonido. El conde pidió un par de copas de jerez para los dos.

—Siéntate, por favor —lo invitó el conde.

Alonso aceptó, y caminó hacia el sillón de piel con esa apostura de hombre seguro de sí mismo.

—Gracias, aunque tenía ganas de estirar las piernas.

Rodrigo lo suponía. El camino desde Sevilla a Málaga no era muy complicado, pero la llegada hasta la ciudad montañosa de Ronda, era harina de otro costal.

—¿Qué te trae por Guadaíza?

Alonso pensó que no tenía sentido andarse por las ramas. Su visita a la hacienda del conde tenía un propósito definido.

—Han secuestrado a mi sobrina Blanca.

Rodrigo parpadeó asombrado.

—¿He oído bien? —el conde no podía creer las palabras del yerno.

—Blanca viajaba a Sevilla para concretar detalles de sus esponsales con el heredero de Marinaleda.

Rodrigo no estaba del todo de acuerdo con ese compromiso, pero mantenía silencio al respecto.

—¿Quién la ha secuestrado?

—Piratas portugueses.

Ahora estaba más asombrado todavía.

—¿Quién? —pero no hacía falta que el duque dijera nada porque Rodrigo conocía perfectamente la enemistad que mantenían Da Silva y Alonso de Lara—. ¿Qué piensas hacer?

—Ir en su busca —respondió el duque.

—¿Cuántos días lleva de ventaja? —Rodrigo se refería al pirata.

—Seis días.

Rodrigo se mesó el cabello preocupado. Seis días era demasiado tiempo para darles alcance por mar.

—¿Cómo te has enterado?

—Por el padre de Blanca.

Rodrigo miró a su yerno de forma atenta.

—¿Lord Beresford se encuentra en el reino?

Alonso se tomó un respiro por la llegada del mayordomo que sirvió el jerez en dos copas. Cuando ambos nobles se quedaron de nuevo a solas, Alonso miró a Rodrigo con un brillo indescriptible en sus ojos.

—He venido a pedir tu ayuda.

Rodrigo se quedó pensativo.

—La tienes —respondió franco.

—Creo que no sabes qué tipo de ayuda pretendo de ti.

El tono del yerno puso al suegro a la defensiva.

—Puedes disponer de mis hombres y de mis reales —le dijo sincero.

Rodrigo dejó la copa sobre la bandeja y se levantó. Caminó varios pasos por la estancia en clara muestra de que se sentía inquieto. De pronto se paró, se giró, y miró fijamente al padre de su esposa.

—Deseo que capitanees el Santa Rosa.

Rodrigo se quedó estupefacto al escucharlo.

—Tienes el Santa Rosa a tu disposición —repitió Alonso, porque con el silencio del conde supuso que no lo había escuchado.

—¿El Santa Rosa? —preguntó el conde muy sorprendido.

Alonso le había puesto ese nombre al barco en honor a su hermana.

—Sí.

—Indudablemente te has vuelto loco.

Alonso masculló por la respuesta recibida, aunque era la esperada. Sin embargo, había tenido la pequeña esperanza de convencerlo.

—Eres el mejor marino del reino, el mejor hombre de mar que conozco.

Rodrigo respiró profundamente. Esas palabras eran todo un halago viniendo del hombre más importante para la corona.

—Hace muchos años que dejé de navegar.

Era cierto. Rodrigo de Velasco y Duero había sido el más preparado y mejor marino del reino. Desde muy joven había capitaneado la fragata Armonía, la joya de la corona por su rapidez y manejo en las aguas bravas del Caribe. El conde Ayllón se había forjado una reputación intachable y merecida porque había atacado y combatido el tráfico marítimo ilegal, también porque había acudido en auxilio de los navíos de línea en innumerables ocasiones.

—Si alguien puede capitanear el Santa Rosa —Alonso hizo una pausa larga—, eres tú.

El duque había puesto en el tono admiración y respeto.

—Seis días de ventaja en tierra es superable, pero no en el mar —dijo de pronto sin apartar la mirada de Alonso—. Además, no conoces el lugar de destino del Despiadado.

Alonso inspiró fuerte y profundo.

—A mi sobrina Blanca la llevan a Nueva Providencia.

El conde lo miró perplejo.

—¿Por qué a Nueva Providencia? —preguntó—. El Caribe está lleno de guaridas de piratas y criminales.

—Por su situación estratégica, y porque es un auténtico laberinto insular. ¡Es lo que yo haría! —exclamó el duque.

Rodrigo se quedó pensativo.

—La Commonwealth de las Bahamas pertenecen al imperio británico.

Esa misma respuesta se la había ofrecido su cuñado Andrew.

—Escondites y nidos de piratas, bucaneros, y filibusteros, especialmente portugueses —contestó el duque.

—Todo el Caribe ha sido cueva de salteadores y piratas.

—¿Dónde se sentiría más seguro un pirata portugués? —le preguntó el duque al conde que seguía pensativo—. Además, en Nueva Providencia se paga muy bien por las esclavas de piel blanca y ojos claros.

Esas palabras detuvieron los pensamientos del conde. Después de unos momentos de silencio, giró el rostro hacia Alonso, y lo miró atentamente.

—Conozco un hombre preparado... —comenzó.

Alonso lo cortó.

—Eres el mejor marino del reino —insistió.

—Ni tengo la edad apropiada ni las fuerzas que se necesitan para realizar con éxito esta misión —se defendió el otro.

Alonso de Lara sabía lo difícil y duro que iba a resultar persuadir al conde de Ayllón para que aceptara la misión, pero él tenía el mejor argumento para convencerlo.

—Se lo debes a Rosa —le soltó a bocajarro.

El conde contuvo una exclamación.

—Cuida tus palabras —le aconsejó muy serio—, no sea que te arrepientas de pronunciarlas.

Alonso había cruzado una línea, pero no se arrepentía.

—El mejor marino del reino tiene la obligación y el deber de rescatar a su nieta.

Ese había sido un golpe bajo.

—Hace varios años mantuvimos una larga conversación —le recordó el conde con mirada acerada—. ¿Necesitas que te recuerde tus propias palabras? ¿O eran amenazas?

No, no hacía falta. Alonso le había asegurado que lo mataría si alguna vez le revelaba la verdad a Rosa.

—Esta situación es excepcional.

—Siempre te has opuesto a que tu hermana conozca la verdad, que soy su padre.

Conde y duque habían mantenido esa misma conversación en contadas ocasiones, y siempre con la misma respuesta por parte de Alonso: silencio.

—Que desee que encuentres a mi sobrina nada tiene que ver con la conversación que mantuvimos hace años —afirmó el duque.

Rodrigo soltó un suspiro exasperado porque la actitud de su yerno no había variado ni un ápice en todo ese tiempo. Alonso de Lara le había confesado, en una de las numerosas broncas que habían mantenido en el pasado, que él era el padre de su hermana Rosa. Y lo había dejado desarmado, sin capacidad de reacción, y, unos segundos después de la confesión, lo había amenazado. Su hermana Rosa era una Lara, y él mataría a cualquiera que osara decir lo contrario.

Tras aquella revelación, entre ambos nobles se suscitó una tregua, pero a la vista estaba de que Alonso hacía y deshacía a su antojo para mantenerla o no.

—Me prohíbes que le revele a tu hermana que soy su padre, y ahora me exiges ayuda.

Alonso sabía que su actitud podía parecer confusa y poco clara, pero estaba decidido a conseguir la ayuda del mejor marino del reino, y ese era el padre de su esposa.

—Blanca es tu nieta.

La mirada del conde se endureció.

—Decirlo no cambiará nada, sobre todo tu actitud —Rodrigo lo dijo como una advertencia.

Era cierto, se dijo Alonso. Que el conde Ayllón ayudara o no a rescatar a Blanca Beresford no cambiaría ni una línea del lugar que debía ocupar, a pesar de la sangre que Rosa y Blanca compartían con él.

—Mientras discutimos aquí tu renuencia a partir, Da Silva pone más distancia entre Blanca y nosotros.

Rodrigo terminó mascullando. Alonso de Lara era único cargando la culpa sobre los demás.

—Ya no tengo aptitudes para capitanear un barco.

Alonso entrecerró los ojos.

—No voy a aceptar una negativa.

Rodrigo sintió deseos de golpearlo. Alonso era obtuso, terco, taimado, y un montón de descalificativos más.

—Necesitas un hombre diestro y ágil —le aconsejó el conde—. Tan imprudente y temerario como tú.

Y por primera vez, Alonso se fijó en su suegro. Era un noble que provocaba respeto sólo con la mirada. Seguía siendo gallardo e incisivo, y en sus hombros se podía apreciar el peso de las batallas libradas.

—No conozco mejor marino que tú —insistió el duque.

Pero Rodrigo no escuchaba a su yerno porque tenía la mente puesta en otro lugar. Él, sí conocía a un agente de la corona que era tan ducho en el mar como él, y que tenía la juventud y la fuerza que Rodrigo ya no poseía. Además, había intentado convencer al hombre en cuestión de que saliera del escondite donde se mantenía ya demasiados años. Y el duque le había servido en bandeja una razón para que lo hiciera.

—Puedo ponerte en contacto con un hombre preparado que...

Alonso lo cortó.

—No hay mejor marino que tú —volvió a insistir.

Rodrigo dejó de mirarlo, y caminó hacia su escritorio. Tomó una hoja de papel en blanco, mojó en tinta la pluma, y rubricó un mensaje escueto de apenas tres líneas. Alonso lo miraba con mucha atención.

—¿Qué haces? —inquirió con disgusto porque le parecía asombroso que Rodrigo no quisiera asumir su responsabilidad en el rescate de su nieta.

—Necesitamos a un hombre con amplios conocimientos en el manejo de un barco tan grande y complicado como el Santa Rosa, y con el carácter templado y decidido para tratar con filibusteros.

Alonso seguía atento los movimientos de Rodrigo. Cuando el conde terminó de escribir sobre la hoja, dejó la pluma en el tintero, e hizo sonar la campanilla. Escuchó que le daba instrucciones al mayordomo, y que segundos después de entregarle el mensaje, se giraba de nuevo hacia él.

—Tendremos su respuesta en cuestión de horas.

Rodrigo conocía el lugar de residencia del hombre en cuestión.

—¿A quién va dirigido el mensaje? —le preguntó Alonso con voz ronca.

El duque creía que había desperdiciado un tiempo valioso yendo en busca del conde de Ayllón.

—He decidido ir tras la búsqueda de Blanca —aceptó Rodrigo, y el rostro del duque reflejó el inmenso alivio que sentía—. Pero no puedo hacerlo sólo pues he pasado demasiados años sin dirigir una nave, y menos en una misión tan delicada.

—¿A quién va dirigido el mensaje? —volvió a insistir el duque.

Rodrigo optó por tomar de nuevo asiento, cruzó una pierna sobre la otra, y clavó la mirada en el duque de Alcázar.

—A un hombre que me debe el favor de su vida —respondió el conde sin un parpadeo—. Y al que debes conocer de una vez —esa respuesta lo dejó todavía más confundido.

—¿Quién es ese el hombre? ¿Y por qué motivo debo conocerlo?

Rodrigo le mostró a su yerno un amago de sonrisa.

—El hombre se apellida Valiente Caballero.

Alonso parpadeó creyendo que el conde se burlaba.

—¿Estás de broma... no?

—¿Por qué diantres crees que bromeo?

Alonso alzó la barbilla.

—Porque te gusta desquiciarme —contestó soberbio.

Rodrigo soltó un suspiro largo, y le hizo un gesto con los ojos para que tomara asiento frente a él.

—Te aseguro que te interesa conocerlo...

CAPÍTULO 2

Finalmente, el duque de Alcázar no había llegado a conocer al capitán recomendado por el conde, porque en Silencios se había desatado una pequeña emergencia. En el palacio se había recibido un mensaje desde Escocia dirigido a su primogénito y heredero. Ian Malcon había sufrido un accidente, y su apoderado solicitaba la asistencia de Rodrigo de Lara y Velasco. El duque decidió partir de inmediato porque suponía que su primogénito embarcaría en el primer navío con rumbo a las Islas Británicas desoyendo los consejos de su madre, y sin esperar su regreso a Sevilla.

Alonso dejó el rescate de su sobrina Blanca en manos del conde Ayllón, también en las manos del hombre desconocido, pero del que su suegro confiaba. Y le había recalado que no importaban los reales ni las fuerzas que fueran necesarias para lograr la recuperación de Blanca.

Rodrigo mantuvo silencio, y Alonso finalmente se marchó de la hacienda de Guadaiza con rumbo a Silencios. Algo en su interior lo prevenía, pues intuía que habían comenzado para él tiempos difíciles.

Rodrigo de Velasco y Duero, conde de Ayllón, miró al invitado con ojos entrecerrados: frente así tenía a un hombre que era una copia casi exacta de Alonso de Lara. Ambos hombres compartían la misma estatura y complexión. Los dos poseían marcados rasgos aristocráticos, pero Martín tenía los ojos de su madre Eulalia, grandes e inquisidores, también tenía el cabello negro muy grueso y rizado.

—Conde... —lo saludó el invitado.

—Martín... —correspondió Rodrigo.

—Ya sabes que detesto los mensajes precipitados, y las horas tardías para recibirlos —su voz era grave y rebosaba seguridad.

Rodrigo lo invitó a tomar asiento.

—Puedo ofrecerte un café.

El invitado rechazó el ofrecimiento.

—No dispongo de todo el día.

Rodrigo sintió deseos de soltar un impropio. Martín no había cambiado en absoluto. Seguía mostrándose insolente y pendenciero.

—Necesito un capitán —le dijo el conde.

Martín optó por guardar silencio durante unos segundos.

—El reino no está en guerra —se aventuró a decir.

—Necesito un capitán de navío.

Ahora miró al conde perplejo.

—¿Un capitán necesitado de otro capitán? —estaba claro que Martín no lo comprendía.

—Desgraciadamente hace muchos años que no navego —admitió él.

—¿Y para qué necesita el conde Ayllón un segundo capitán?

—Para rescatar a la sobrina del duque de Alcázar.

Martín cruzó una pierna sobre la otra con calma.

—¿Necesita ser rescatada de su tío el duque? —preguntó con sorna.

Rodrigo apretó los labios con cierto enojo porque durante años había intentado que Martín saliera de su anonimato y le revelara la verdad a su madre: que no estaba muerto, pero no lo había logrado.

En tozudez podía competir con su hermanastro Alonso.

—El duque de Alcázar pone bajo mi mando el Santa Rosa.

Martín silbó. El Santa Rosa era uno de los mejores navíos de línea que se habían construido en el Ferrol.

—El duque es ducho en manejo de aperos —el tono de Martín era de auténtico sarcasmo.

—Como duque, su patina es insuperable —admitió el conde—, pero como marino, su pericia deja mucho que desear.

Por primera vez en presencia del conde, Martín sonrió abiertamente, y durante la siguiente hora, el invitado comenzó a demandar información sobre el secuestro de la sobrina de Alonso. Rodrigo no se guardó nada, le reveló todo cuanto sabía.

—Los secuestradores llevan demasiada ventaja —afirmó el invitado tras unos instantes de silencio.

Rodrigo se dijo que era cierto.

—Alonso lo ha dispuesto todo para que podamos partir cuanto antes a Nueva Providencia, ha ordenado al Santa Rosa que nos espere en el puerto de Málaga para no tener que desplazarnos hasta Sevilla. De ese modo ahorramos un tiempo valioso.

—Hay que dar a la muchacha por perdida —afirmó el otro rotundo.

El conde parpadeó con asombro al escucharlo.

—No pienso aceptar tal falacia —respondió severo.

Martín era un hombre de guerra, curtido en innumerables batallas, además era espía de la corona. Sabía muy bien lo que hacían los piratas con las mujeres que capturaban. Como poco la muchacha debía de estar ya muerta.

—Sabes que me asiste la razón.

Rodrigo apretó los labios hasta reducirlos a una línea fina.

—Es una heredera muy valiosa —reveló sin un parpadeo—. Da Silva lo sabe, no pondrá su seguridad en peligro —eso era al menos lo que quería creer el conde.

Al escuchar el nombre del pirata, Martín cambió de postura. La corona llevaba mucho tiempo

intentando capturarlo, pero sin éxito.

—Nueva Providencia es un nido de piratas y asesinos —continuó el invitado—, y cabe la posibilidad de que Da Silva ignore la valía de la mujer que ha capturado.

Rodrigo optó por levantarse y comenzó a caminar con las manos entrelazadas a la espalda. Llegar hasta Nueva Providencia les iba a llevar varias semanas de viaje.

—Debo hacerlo —murmuró el conde pensativo—. No tengo más opción.

Martín no perdía de vista su ir y venir. La apariencia del conde Ayllón siempre lo había impresionado, pero en ese momento lo veía algo nervioso, también preocupado.

—Me temo que piensas como yo —le dijo en voz baja—. Sabes que es prácticamente imposible que la muchacha esté viva, y que puedas localizarla.

Rodrigo tensó la espalda y cuadró los hombros.

—Nada importa lo que pensemos, iré a buscarla, y lo haré con o sin tu ayuda.

Respondió el conde con la mirada brillante y el tono duro, pero Martín no se molestó. La sobrina del duque no sería la primera mujer noble que era vejada hasta la muerte, e incluso en el mejor de los casos vendida como esclava al mejor postor. Allí donde la llevaran no importaría su nacimiento ni su nombre.

—¿Está seguro el duque de Alcázar de que es Da Silva quién ha capturado a su sobrina? —era una pregunta lógica ante la escasa información que tenían.

—En realidad me da igual el pirata que haya apresado a Blanca porque pienso buscarla hasta el último confín —confesó el conde—. Pero soy consciente de que posees información privilegiada sobre los refugios que mantiene Da Silva al otro lado del océano, y por eso me he tomado la libertad de pedir tu ayuda.

—Tengo nuevas órdenes de la corona —admitió Martín.

Rodrigo lo miró expectante.

—¿En el reino?

El hombre hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Marruecos —respondió el hombre.

Rodrigo se quedó pensativo.

—¿Es grave? —Se atrevió a preguntar.

—Desde hace un lustro Ceuta y Melilla están sufriendo constantes incursiones, principalmente de la región del Rif.

—¿Y qué ha decidido la corona?

—Cada ataque es inmediatamente contestado por nuestro ejército, pero cuando se internan en territorio marroquí, nos emboscan. La situación se repite de forma habitual.

—No has respondido a mi pregunta.

—Leopoldo O'Donnell ha exigido al sultán un castigo ejemplar para los agresores, pero el sultán no lo ha cumplido.

Rodrigo mostró en la mirada la sorpresa que la revelación le provocaba.

—¿Me estás diciendo que tu misión consistirá en invadir el sultanato?

—No, en un principio —respondió cauto.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Mi misión consiste en reforzar los fortines de Ceuta, y revisar la construcción de otros.

Rodrigo meditó en silencio durante unos minutos.

—¿Cuándo tienes previsto partir? —le preguntó el conde con apremio.

—La preparación del viaje llevará un total de seis semanas, ocho como mucho.

Rodrigo respiró aliviado.

—Entonces puedes acompañarme en el Santa Rosa.

Martín negó con un gesto.

—Llegar hasta Nueva Providencia nos llevaría demasiado tiempo —respondió pensativo—. El Santa Rosa es un barco impresionante, pero demasiado pesado.

Rodrigo lo miró sin un parpadeo.

—Con tu destreza puede ser menos tiempo.

Martín se dijo que eso no era viable.

—Es posible, pero olvidas que tengo una misión que cumplir —le recordó.

No, Rodrigo era consciente, pero Martín conocía mejor que ningún otro oficial o espía del reino la rutina de los piratas, sobre todo portugueses.

—Podrías estar de vuelta en el reino antes de lo que supones.

Martín entrecerró los ojos.

—¿Y si no encuentras a la heredera? —le preguntó.

Rodrigo tomó aire y lo soltó muy lentamente.

—Entonces traerás el Santa Rosa de regreso a Sevilla.

Martín lo observó asombrado. Sus palabras querían decir que, si no encontraban a la muchacha, el conde se quedaría al otro lado del mundo.

—¿Estás seguro? —le preguntó, aunque no hacía falta que lo hiciera porque conocía la respuesta del conde.

—Partimos a última hora de la tarde —le anunció el conde.

Dos barcos zarparon en busca de la heredera: el Santa Rosa capitaneado por el conde Ayllón,

y el Divino, en el que iba el abuelo de Blanca, el marqués de Whitam. Los dos hombres eran conscientes de la enorme distancia que los piratas habían ganado durante esos días, pero ni español ni inglés iban a cejar en su empeño de encontrar a Blanca y traerla de regreso.

CAPÍTULO 3

SANTO DOMINGO DE GUZMÁN

Rodrigo de Velasco, acompañado de lord Beresford, bajó las escaleras del Palacio de los Capitanes que pertenecía a la Capitanía General, los dos iban rumbo a la casa de Dávila que estaba situada en la misma calle de las Damas, y a una distancia de no más de cuatrocientos metros de donde se encontraba el grueso del contingente militar de la fragata Esperanza. Había sido un golpe de suerte que el barco hubiera arribado a Santo Domingo de Guzmán antes de continuar su rumbo hacia La Habana, porque él había podido hablar no sólo con el capitán, también con varios oficiales. De ellos había obtenido la información de que no habían avistados barcos piratas durante la larga travesía.

—Alquilaremos un carruaje en la calle Las Mercedes —dijo el conde.

Andrew no dijo nada, se limitó a hacer un gesto afirmativo con la cabeza.

Llevaban un par de días en la isla, y Rodrigo había podido contactar con antiguos marinos que sirvieron con él en la fragata Armonía cuando todavía era oficial del reino. Les quedaba un par de visitas que realizar antes de embarcar de nuevo en el Santa Rosa con rumbo a San Juan. Había hecho varias pesquisas por diferentes puertos, pero en ninguna de las islas se había avistado un barco pirata portugués.

—¿Nos llevará mucho tiempo llegar hasta Puerto Plata? —Rodrigo se esperaba la pregunta de Andrew.

Puerto Plata era el siguiente destino tras Santo Domingo de Guzmán.

—Antes deseo entrevistarme con Monseñor Antúnez que es el mejor captador de noticias que recorren la isla, sin importar que sean viejas o nuevas. Si algo sucede en Santo Domingo o islas colindantes, él lo sabrá seguro.

Andrew Beresford estaba impaciente, y a la vez frustrado. El auge de la piratería había terminado hacía décadas, pero todavía existían piratas que saqueaban, robaban y esclavizaban en los viajes que realizaban de uno a otro confin. Pero la búsqueda de Blanca seguía siendo infructuosa, y él se desesperaba por momentos. Con cada día que pasaba, la esperanza de encontrarla ilesa se iba desvaneciendo poco a poco.

Cuando el duque de Alcázar le informó que no acompañaría al capitán del Santa Rosa en la búsqueda de Blanca, Andrew no le preguntó los motivos, pero le dejó claro que él sí tenía pensado acompañarlo. Alonso de Lara no se opuso, y Andrew se sorprendió mucho de que fuera el conde Ayllón quien capitaneara el Santa Rosa, sobre todo porque su cuñado español no le había dicho nada al respecto. Convencer al conde de acompañarlo en el largo viaje, no le resultó difícil, pero que siguiera la ruta que él había trazado, era harina de otro costal. Rodrigo tenía su propio plano de búsqueda, y se aferró al mismo antes de salir del puerto de Málaga.

Andrew había llegado a respetar al noble español, pero Blanca era su hija, y él tenía todo el derecho de decidir al respecto.

El viaje había resultado menos largo de los esperado porque el buen tiempo había

acompañado, y él había cooperado en todo lo posible para que la travesía llegara a buen término. Se había guardado sus opiniones para debatirlas con el conde una vez estuvieron a solas, pero Andrew no logró convencerlo de que arribaran primero a las Bahamas, aunque el conde había respetado su opinión. Le había dejado claro que, si no obtenían información en Santo Domingo de Guzmán, embarcarían de nuevo, pero Rodrigo tenía el pálpito de que Antúnez sabía algo sobre la llegada de nuevos barcos, sobre todo si traían esclavos para vender.

Cuando el carruaje se detuvo en la Basílica Menor de Santa María de la Encarnación, Andrew no pudo sino sentirse admirado porque el edificio era muy característico.

—Puedes esperarme aquí —le sugirió el conde.

—No, te acompañaré —contestó el inglés.

Rodrigo lo miró fijamente.

—Prefiero que esperes en el carruaje.

De nuevo iba a negarse, pero el rostro adusto del conde detuvo sus movimientos de apearse del carruaje.

—¿Es necesario que me quede aquí? —seguía insistiendo Andrew.

—Monseñor Antúnez hablará con más diligencia si voy sólo.

Andrew supo leer entre líneas. El tal Antúnez además de religioso debía de ser espía de la corona de España, por eso la resistencia del conde Ayllón para que lo acompañara.

—Esta bien —concedió Andrew—. Esperaré en el carruaje.

Durante la siguiente hora, y dentro del oscuro habitáculo, Andrew tuvo una espera horrible. Se mesó el rubio cabello con impaciencia. Se removió inquieto porque no encontraba una postura cómoda. Pensó en su hija, y sintió una angustia atroz. Una incertidumbre malsana. Habían pasado semanas, y si no la encontraban pronto... no quería pensar en ello, no debía porque podría volverse loco.

Andrew decidió esperar al conde fuera del carruaje porque necesitaba respirar. El calor y la humedad lo agobiaban bastante, y decidió quitarse la chaqueta, el pañuelo del cuello, y el sombrero de la cabeza. Se enrolló las mangas de la camisa hasta el codo, y entonces salió hacia el exterior. De su apariencia de caballero sólo quedaba el chaleco de seda azul que lo seguía llevando abrochado hasta el último botón.

La mente de Andrew viajó hasta Inglaterra, a su bonito y confortable hogar donde esperaban su regreso tanto su esposa como el resto de la familia. La extrañaba demasiado. Rosa era la mujer más inteligente, leal, y amorosa del mundo. Pensó en el pequeño Adam, y lo que su llegada había significado para la madre. La salud de Rosa se resintió tras una neumonía sufrida el segundo invierno de su estancia en Inglaterra, y tras el parto del pequeño Adam, había empeorado considerablemente. La neumonía le había dejado secuelas respiratorias, y fatiga crónica, y la llegada del pequeño de la casa, una debilidad que no mejoraba. Rosa apenas salía de sus estancias privadas porque siempre se sentía cansada por su dificultad al respirar. Y mucho se temía Andrew que la desaparición de Blanca la iba a sumir en una depresión profunda, que sumada a su estado de salud, lo preocupaba enormemente.

«¿Dónde estás, hija mía?», se preguntó con un nudo cada vez más apretado en el corazón. «Que los Santos te protejan, que no te suceda nada malo porque ni tu madre ni yo lo resistiríamos».

Andrew regresó sobre sus pasos hasta quedarse a línea con el cochero. El enjuto hombre lo miró de soslayo.

—¿Está muy lejos Puerto Plata de Santo Domingo de Guzmán? —le preguntó en un correcto español.

—Unas diecisiete leguas más o menos —respondió el hombre.

Andrew hizo cálculos mentales de lo que tardarían en bordear la costa desde Santo Domingo de Guzmán hasta Puerto Plata. Iba a decirle algo más al cochero cuando Rodrigo dobló la esquina. En su rostro se veía ansiedad, en el de Andrew alarma extrema.

—¿Has obtenido alguna información?

El conde negó con la cabeza. Abrió la puerta del carruaje y se la sostuvo a Andrew para que entrara.

—Pero tengo un lugar y un nombre donde suelen llevar esclavos para vender.

Andrew todavía tenía la esperanza de que su hija hubiera salvado la vida y la integridad lejos de los piratas, pero intuía que se engañaba.

—¿Dónde? ¿Qué lugar? —preguntó Andrew impaciente.

Rodrigo ordenó al cochero que pusiera rumbo al puerto. Una vez que ambos estuvieron sentados, miró al inglés con atención.

—Nuestro próximo destino es Curazao —Andrew parpadeó con sorpresa—. Vamos a visitar una taberna.

—¿Una taberna? —preguntó Andrew.

—La taberna Penlyne cerca del muelle de Willemstad —Andrew le hizo un gesto para que siguiera informando—. Hay un barco que partirá en dos días con destino a Las Floridas.

—¿Y...? —lo apremió el inglés.

—El barco se llama Wildfire, y ha dejado cien esclavos en Curazao, los otros trescientos cincuenta desembarcarán en Las Floridas.

En esa frase el conde Ayllón mostraba lo que pensaba sobre la esclavitud, y la implicación de Inglaterra y otros reinos europeos en fomentarla.

—Te recuerdo que con el Acta del Comercio de Esclavos que se promulgó el 25 de marzo de 1807 en el Parlamento de Inglaterra, se abolió el comercio de esclavos —le aclaró Andrew.

Rodrigo de Velasco intensificó la mirada sobre el rostro del inglés.

—La ley puso fin al comercio de esclavos en Gran Bretaña, cierto, pero no a la esclavitud, y son dos términos muy distintos.

Lord Beresford tensó los hombros y enderezó la espalda.

—Te informo, porque es posible que lo ignores, que la esclavitud en territorio inglés no es compatible con la ley inglesa —siguió sosteniendo Andrew con la mirada fija en el rostro del español—. Por ese emotivo la Royal Navy controla los mares desde principios de siglo, y ha establecido el Escuadrón de África Occidental para patrullar la costa oeste de África —Andrew tomó aire antes de continuar—. Desde entonces ha confiscado más de mil navíos y ha liberado a más de cien mil africanos que estaban siendo transportados a bordo de ellos.

Las palabras de Andrew habían sonado duras, pues no le había gustado nada la acusación del español. Pero el conde mantuvo silencio el resto del camino.

—Entonces, ¿no vamos a Puerto Plata?

Rodrigo hizo un gesto negativo bastante elocuente.

—Sería absurdo no hacerlo cuando estamos tan cerca —le explicó al inglés de forma paciente—. Visitaremos Puerto Plata, y después pondremos rumbo a Curazao.

—Pero eso significará regresar sobre nuestros pasos —apuntó Andrew.

Era cierto. Habían atracado en varios puertos buscando información, pero no lo habían conseguido, salvo ahora.

—Unos días más no importan...

TABERNA DE LA PUNTILLA, PUERTO PLATA

Andrew Robert Beresford, y Rodrigo de Velasco y Duero, llevaban ya una decena de tabernas visitadas. El conde Ayllón había recabado información sobre un barco que acababa de atracar en el muelle viejo. Era un barco llegado desde Sevilla, pero no pertenecía a la corona ni al ejército, y Rodrigo no creía que fuera una coincidencia que dos barcos con bandera del reino de España hubieran atracado casi al mismo tiempo en Puerto Plata.

Había mucho bullicio en el puerto. Los marineros se divertían como locos y desesperados, pero era lógico. Tras semanas y meses buscando presas o huyendo dentro de las entrañas de un barco y en condiciones pésima, el sueño de ellos era llegar a tierra firme y divertirse. Estaba claro que ansiaban hacer todo aquello que no se podía hacer en un barco, que era en realidad casi todo. Si habían tenido la suerte de lograr un buen botín, únicamente pensaban en gastarlo rápidamente pues no tenían tiempo que perder, porque quizás en un futuro abordaje no sobrevivirían.

—Es increíble la cantidad de marinos extranjeros que hay en Puerto Plata siendo territorio de la corona de España —dijo Andrew mientras tomaba asiento en uno de los rincones más apartados del local.

—No todos son marinos. ¿No te parece menos significativo que todos los piratas que vemos sean ingleses y franceses? —preguntó Rodrigo.

—Menos mal que ya no trasportáis oro desde Nueva España —se burló.

Andrew había querido restar tensión al momento con una broma.

—Afortunadamente los piratas ingleses no pudieron con el sistema de flota de nuestro reino porque funcionó muy bien durante mucho tiempo: una flota de navíos mercantes protegidos por

enormes galeones de guerra que se cerraban en formación en combate cuando se aproximaba algún barco.

—No solamente han existido piratas ingleses —se defendió el otro creyendo que el conde lo atacaba.

—Sin importar de dónde, todos y cada uno buscaba apropiarse del oro español.

La corona de España había provisto de atalayas defensivas la mayoría de sus territorios para protegerse de los ataques, pero los corsarios tenían estrategias para pasar desapercibidos. La más frecuente era usar unos pequeños barcos, tipo fragatas, que sacaban en tierra y camuflaban bajo ramas para que fuese imposible divisarlas desde las galeras. Había sido extremadamente complicado hacerles frente, y, aunque la corona había sufrido ingentes pérdidas de oro y de barcos, habían podido hacerles frente.

Rodrigo continuó en sus acusaciones frente al lord inglés.

—Algunos de esos piratas, incluso estaban protegidos por reyes, nobles y empresarios poderosos que animaron y pagaron sus expediciones —el conde español tomó aire antes de continuar—. Todos, corsarios y piratas, gozaban de una libertad en alta mar que normalmente los situaba muy lejos de los ajustes de cuentas reivindicados por quienes sufrían sus ataques. Sobre todo, de la corona del reino de España.

Andrew tenía su opinión al respecto, pero no quería ofenderlo.

—Admito que el reino de España fue uno de los reinos más afectados por la piratería —le dijo Andrew para calmar la tensión entre ambos—, pero te recuerdo que aquello fue debido al reparto del botín de tierras que no dejó satisfechos a los reinos europeos que no fueron incluidos, y por eso esos reinos dieron patente de corso a numerosos piratas para que se convirtieran en corsarios a su servicio y robaran en alta mar las riquezas que trasladaban los españoles desde el mundo recién descubierto.

Rodrigo lo miró severo.

—¿Y eso era una excusa para el saqueo voraz y el robo continuado?

Andrew era consciente de lo que había sufrido el conde de Ayllón en su vida por los ingleses, aunque no hizo mella en su ánimo la admisión del inglés sobre lo ocurrido en el pasado.

—En realidad no es excusa.

—Como he mencionado antes, mi reino pudo enfrentarse y defenderse de cualquier pirata, fuese inglés o no —arguyó Rodrigo—, y gracias a nuestra gesta, pocos han sido los piratas que han muerto de viejos en sus lechos.

Andrew no quería discutir sobre las rivalidades de tiempos pasados, y por eso cambió de tema de conversación.

—Están la mayoría borrachos —dijo Andrew con desagrado—. Sería imposible encontrar a uno sólo ebrio en este lugar.

—Y en cualquier otro —respondió Rodrigo que se quedó pensativo.

Beber era lo primero que hacían los corsarios cuando llegaban a tierra: buscar el alcohol con

desesperación. Bebían todo aquello que llevara alcohol, sobre todo ron.

—Podríamos buscar en los burdeles si finalmente no encontramos nada aquí en la Puntilla.

—Este lugar es el más apropiado de todos los que hemos visitado hasta ahora —dijo de pronto el conde con los ojos entrecerrados—. Ron, mujeres y apuestas juntos —siguió Rodrigo con voz grave—. ¿Qué más se puede pedir?

Cuando los piratas llegaban a tierra con un botín, se jugaban hasta la camisa en apuestas, juegos, y mujeres.

En un segundo, el rostro de Andrew se ensombreció. Miraba hacia un punto de la taberna de forma intensa.

—Conozco a ese individuo.

Rodrigo se puso alerta, y giró el rostro en dirección a la mirada de Andrew. Ellos estaban en un rincón apartado y oscuro. Pasaban desapercibidos para el resto de clientes.

—Estuvo en Sevilla, trató de seducir a Mary...

La mirada de Rodrigo se intensificó. Había reconocido al hombre en cuestión.

—Es el capitán Lope Moreno —dijo en voz baja.

—¿Te parece su presencia aquí sospechosa?

—Es oficial del reino —respondió pensativo.

Rodrigo no perdía detalle de cada gesto y movimientos que hacía el español.

—¿Puede estar aquí cumpliendo una misión? —preguntó el inglés.

Rodrigo lo dudaba, pero no podía estar del todo seguro.

—¿Dices que trató de seducir a la hija de mi sobrina Aurora?

—Fue cuando Mary acompañó a mi hija Blanca a Sevilla para conocer en persona a su futuro esposo, el heredero de Marinaleda.

La mente de Rodrigo era un hervidero de especulaciones.

—Lope Moreno debía conocer el motivo de la llegada de ambas damas extranjeras al reino.

Rodrigo seguía pensativo porque algo no le cuadraba. ¿Qué motivaría a un oficial español a tratar de seducir a una noble extranjera que además estaba prometida? Sobre todo, a una muchacha bajo la protección del duque de Alcázar, su acérrimo enemigo.

—El capitán Lope Moreno cree que tiene una cuenta pendiente con Alonso de Lara —explicó al fin el conde sin dejar de mirar hacia el otro lado de la taberna.

—¿Una cuenta pendiente? —inquirió Andrew.

—Durante la guerra, Alonso de Lara apesó y dio muerte a su padre que luchaba en el bando carlista.

Andrew sintió deseos de silbar.

—Entonces tiene sobrados motivos para odiarlo —aseguró mirando al conde.

Rodrigo entrecerró los ojos para ocultar un brillo peligroso.

—Era un enemigo de la corona, fue justo lo que le sucedió.

Andrew comenzó a pensar a toda velocidad. ¿Por ese motivo se había acercado a Mary en Sevilla? ¿Para llegar hasta el duque? Pero no tenía sentido porque Mary no tenía ningún parentesco con Alonso de Lara, de repente, Andrew perdió el color del rostro. ¿Y si su objetivo no era Mary sino Blanca? ¿Podría tener alguna relación con los piratas que la habían apresado?

Rodrigo podía leer todas las cuestiones que se hacía lord Beresford en silencio porque él había pensado lo mismo. El acercamiento del oficial español a Mary tenía un objetivo, pero sus verdaderas intenciones quedarían ocultas a la vista de todos.

—Deberíamos interrogarle —dijo Andrew excitado porque al fin tenían un hilo donde tirar.

Rodrigo no estaba de acuerdo. Lope Moreno era un oficial entrenado con una reputación que le precedía. Si se acercaban, lo perderían.

—Vamos a seguir sus pasos —respondió el conde que giró el rostro y miró hacia otro lugar de la taberna—. Quiero descubrir qué lo trae a Puerto Plata...

CAPÍTULO 4

POSADA DE LA PELONA, PUERTO PLATA

La mujer miraba el barco con un brillo de ansiedad en sus ojos. Llevaba esperando ese momento demasiado tiempo. Era perfecto para huir: un galeón enorme con muchos lugares secretos donde esconderse. Por el tamaño sabía que podría llevarla muy lejos. Había espiado durante días al capitán del barco, y lo había seguido de un lugar a otro para cerciorarse de que no embarcaba sin ella a bordo. Ver al capitán por primera vez le había supuesto un maremoto emocional. Le pareció un hombre decidido, también generoso pues solía obsequiar a los criados de los establecimientos que visitaba con excelentes propinas, además hablaba su lengua, aunque ella no era nativa de ese lugar al que se refería a menudo como Reino de España.

Rezagada entre toneles llenos de pescado que olían a sal, lo vio hablar con un hombre rubio más joven y, aunque no podía escucharlos, sabía que lo hacían sobre dos hombres que se habían hospedado en la Pelona: su infierno particular y del que pretendía marcharse aunque le costase la vida.

Ella conocía que los dos hombres estaban presos en el interior del galeón, y que eran interrogados continuamente.

Quería marcharse de ese maldito lugar donde la habían maltratado siempre, donde había crecido como si fuera un animal, por ese motivo quería huir, marcharse muy lejos y desaparecer. Lo había planeado todo con meticulosidad, ahora sólo esperaba el momento de que los dos hombres se marcharan para poder acceder al barco, y lo haría por el cabo de amarre: treparía por la gruesa cuerda hasta la gatera del ancla, y desde allí accedería a la bodega donde podría ocultarse hasta que zarparan. Si era cuidadosa podría mantenerse escondida sin que la encontraran. Viajaría a otro lugar donde podría comenzar de nuevo. Había ahorrado unos pocos reales, con ese dinero podría alquilar una pequeña vivienda, y entonces buscaría un trabajo como cocinera o criada, además era buena con las cartas y leyendo la Buenaventura...

Cerró los ojos durante un instante, casi podía sentir la libertad, pronto se alejaría de ese lugar. Iba a ser libre, y ese barco era su única meta en esos momentos.

Rodrigo no estaba de acuerdo con Andrew de zarpar hacia Kingston. Dudaba de que allí pudieran encontrar a Blanca, aunque fuese la única isla que no habían peinado buscándola. De los dos hombres que habían apresado cuando salían de la posada, sólo uno les había facilitado información valiosa: habían recibido el encargo de seguir todos sus pasos, ignoraba el nombre del individuo que les había pagado, pero le dio una descripción de su persona, y un detalle valioso que podría ayudarlos. El hombre tenía una marcada cicatriz alrededor del cuello, como si hubieran tratado de ahorcarlo sin conseguirlo. Tanto Andrew como Rodrigo buscaron en toda la isla al hombre en cuestión, pero sin éxito.

—No podemos regresar a Sevilla —protestó Andrew mostrando su disconformidad con la decisión unilateral de Rodrigo de pasar por alto sus deseos.

—Antes haremos un alto en San Cristóbal de la Habana para avituallarnos.

Lord Beresford sentía que no debían dejar Puerto Plata, aunque no hubieran logrado ni una sola pista que los condujera hasta su hija Blanca, o hasta el hombre de la cicatriz.

—Podemos avituallarnos aquí, y quedarnos un par de días más.

Rodrigo hizo un gesto negativo. Uno de los hombres que tenía bajo su custodia, cuando había descrito al hombre que les había ordenado espiarlos, había mencionado ese lugar como punto de encuentro, y él estaba dispuesto a comprobarlo.

—Partiremos a primera hora de la mañana —afirmó sin opción a réplica, y Andrew lo entendió así, por ese motivo dejó de insistir.

—¿Regresarán los hombres a tiempo?

—Ya he dado la orden. Joaquín se encargará de traerlos.

La mayoría de los hombres que capitaneaba Rodrigo en el Santa Rosa disponían de un leve permiso. Muchos disfrutaban de las posadas y burdeles cercanos al puerto antes de embarcar de nuevo.

—Te equivocas, conde Ayllón —dijo finalmente Andrew bastante molesto—. Creo firmemente que no deberíamos movernos de Puerto Plata.

Las interminables semanas buscando a Blanca le estaban pasando factura a ambos.

—Quizás Blanca se encuentra a salvo en Inglaterra —le dijo el conde.

Andrew apretó los labios al escucharlo.

—Eso es muy improbable.

En los ojos del inglés se apreciaba una determinación que podría tornarse en locura.

—Te esperaré en el Santa Rosa —respondió el conde girando un tercio sobre sí mismo, y dirigiendo sus pasos hacia el navío.

Andrew estaba frustrado, cansado, pero no perdería la esperanza de encontrar a su hija sana y salva. Era consciente del enorme esfuerzo que hacía Rodrigo buscándola, de que los hombres estaban cansados y querían regresar con sus familias, pero él no podía dejar de insistir en su búsqueda.

Con una sensación de impotencia, comenzó a caminar hacia el Santa Rosa. Ayudaría en los preparativos antes de que zarparan.

Ya navegaban por mar abierto. Rodrigo se encontraba mirando unos mapas de navegación antes de escribir el parte diario en el cuaderno de bitácoras. Llevaban demasiado tiempo buscando de forma infructuosa, e intuía que los dos hombres hechos prisioneros sabían más de lo que decían, pero ni las amenazas ni el castigo físico habían surtido el efecto deseado de que hablaran de una vez. Ahora sabía que temían más al hombre que los había contratado que a él mismo.

Antes de comenzar a escribir, agudizó el oído, algo le había llamado la atención.

—¡No!

Una voz se elevó por encima de las otras.

Parecía la voz de una mujer. ¡Era la voz de una mujer! Rodrigo se levantó de la silla como un resorte. Dejó la pluma mojada en tinta sobre el papel, y salió de su camarote con paso rápido. ¿Qué diablos hacía una mujer a bordo del Santa Rosa?, se preguntó. Otro grito rasgó el aire sacando a Rodrigo bruscamente de sus pensamientos. Con sus sentidos alerta, se dirigió raudo hacia el lugar donde creía haber oído el agudo grito. En lo alto de la barandilla de babor descubrió a la propietaria que lanzaba improperios. Incluso a esa distancia podía ver su rostro macilento y su cuerpo encorvado bajo la capucha de la túnica remendada y oscura que vestía. Parecía que dos marineros pretendían atraparla, la indignación llenó su pecho, subió a su garganta, y ensanchó las aletas de su nariz. Los dos marineros no iban a ayudarla, sino que la amedrentaban con sacudidas para que soltara un saco de arpillera que intentaban arrebatarle de las manos, y que ella se empeñaba en defender aún a costa de caerse por la borda. En dos largas zancadas cubrió la distancia que lo separaba de ellos.

—¡Deteneos! —gritó a pleno pulmón.

El duro sonido de su voz hizo que las tres personas implicadas cesasen por un momento su forcejeo y lo mirasen. Rodrigo vio el miedo en los ojos abiertos de la mujer, y la sorpresa en la de sus hombres.

—Es un polizón —contestó uno de los marineros.

Rodrigo pensó que era una anciana. Observó su larga capa desgastada bajo la cual apenas veía su rostro, también veía unos mechones grasientos de cabellos sucios que asomaban por el borde de la capucha.

—¡Bajadla, y no le hagáis daño! —ordenó tajante.

—¡Cuidado, capitán! —el aviso llegó demasiado tarde.

Lo siguiente que percibió el conde fue el movimiento de algo rígido que terminó estrellándose contra su cabeza. El fuerte golpe inesperado lo hizo caer de rodillas, el dolor recorrió veloz su cuerpo y lo invadió por completo. Un segundo después, cayó inconsciente al suelo.

Rodrigo despertó con un terrible dolor de cabeza. Se tocó la nuca, y se tocó la protuberancia que el golpe le había causado. Le habían dado varios puntos, así que asumió que la herida era bastante profunda. Trató de reincorporarse y lanzó un gruñido molesto. Se sentía como si le hubiera pasado un carruaje por encima.

—Tómatelo con calma.

Era la voz de Andrew.

—¿Me ha golpeado un mástil? —preguntó aclarándose la voz.

Y, de pronto, recordó el motivo que lo había impulsado a salir hacia el exterior cuando fue fuertemente golpeado.

—¿Dónde está la anciana? ¿Qué hace en el Santa Rosa?

Rodrigo acababa de poner los pies en el suelo de madera, y sintió un ligero mareo.

—El contraмаestre la mantiene encerrada en su camarote porque es la estancia que está más alejado del resto de camarotes de los hombres. Aunque por su olor, dudo de que alguno se le acerque.

Rodrigo miró al inglés.

—¿Has intentado hablar con ella?

Andrew hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Supuse que deseabas ese privilegio, y por eso me mantuve al margen de las decisiones que tomó Joaquín.

El golpe inesperado lo había dejado noqueado, aunque ignoraba por cuántas horas.

—Los hombres han reparado la sujeción de la cangreja —Rodrigo lo miró vacío porque todavía le costaba fijar la vista—. Fue lo que te golpeó.

—¿Puedes creerte que estoy mareado?

—El golpe fue bastante fuerte, te han dado varios puntos de sutura.

—Tengo que hablar con la anciana.

Los ojos de Andrew brillaron al escucharlo.

—¿Qué piensas hacer con ella?

Rodrigo lo miró asombrado por su pregunta.

—¿Piensas que voy a lanzarla por la borda?

—Es un polizón —respondió Andrew.

Rodrigo, al ver su rostro burlón, supuso que estaba bromeando.

—Iré a hablar con ella, indagaré, después la dejaremos en San Cristóbal de la Habana.

De repente, Rodrigo se percató de que el Santa Rosa apenas se movía.

—¿Hemos dejado de navegar?

Lord Beresford hizo un encogimiento de hombros bastante elocuente.

—Joaquín te lo explicará mucho mejor que yo...

Cuando la puerta del camarote del contraмаestre se abrió para Rodrigo, un tufo insoportable le impregnó las fosas nasales, y que aunado al malestar que ya sentía por el golpe, le provocó una arcada.

—¿Qué hace en el Santa Rosa? —le preguntó directo.

La anciana se movió, y el mal olor se hizo más fuerte, Rodrigo supo que salía de la áspera túnica con la que se cubría. Mechones grasientos de cabello se pegaban al basto tejido, y ella se cuidaba mucho de alzar la cabeza para mirarlo de frente porque con ese movimiento le impedía verla bien.

—Huir de un infierno —contestó con voz aguda.

La mujer miró al hombre de forma subrepticia. Era de pelo castaño que ya plateaba en las sienes, no podía precisar su edad porque su cuerpo se veía fuerte y ágil en los movimientos. Lo observó desde la intimidad que le proporcionaba la capucha. Era más alto y corpulento que la mayoría de hombres que había conocido, y tenía ese porte distinguido que tan bien reconocía en los hombres de reales.

La mirada del capitán era demasiado inquisidora.

—¿De quién huye?

La oyó suspirar con fuerza.

—Del infierno —reiteró.

Cuando Rodrigo dio un paso hacia ella, la mujer se desplazó. De verdad que olía terriblemente mal.

—Necesita un buen baño, después continuaremos esta conversación.

—Temo por mi vida —dijo la anciana.

—Nadie en el Santa Rosa le hará daño, se lo aseguro.

Rodrigo dio las órdenes oportunas para que llevaran una bañera con agua y jabón al camarote. Andrew ofreció generosamente ropa limpia que pertenecía a su hija Blanca. Como esperaba rescatarla pronto, había sido previsor y por eso guardaba varias mudas para ella en el camarote ocuparía en el Santa Rosa cuando la rescatara.

Pero los hombres del barco murmuraban entre ellos porque consideraban a la mujer una bruja, y por eso quisieron lanzarla por la borda del barco. Joaquín, el contra maestre, le dio una explicación detallada de dónde la habían encontrado, pero que hedía de tal forma que los hombres no quisieron arrimarse a ella. Y le habló de lo que le había contado uno de los marineros que había visitado diversas tabernas. La mujer era una bruja y estaba maldita.

Rodrigo no era un hombre supersticioso, y así se lo dijo al contra maestre, pero Joaquín le recordó que la mayoría de marineros sí lo eran. Viendo el rostro adusto del capitán, también le explicó los problemas que estaban teniendo con algunas de las velas, y mencionó como de pasada, que los hombres culpaban a la mujer. Rodrigo se puso de inmediato a inspeccionarlo todo para tratar de solucionarlo.

Andrew seguía maravillado de la capacidad de mando del conde Ayllón. Ahora los hombres no murmuraban, sino que obedecían. Verlo manejar un barco tan grande le provocaba completa admiración.

Cuando Rodrigo lo tuvo todo bajo control, regresó al camarote del contra maestre pues había llegado la hora del interrogatorio. Y la sorpresa llegó cuando la mujer, tras desprenderse de las ropas que hedían, y de lavarse concienzudamente, se presentó ante el capitán con un vestido de tejido fresco que pertenecía a otra mujer. Bajo la espesa mugre que le había servido de disfraz, había una mujer de cabello oscuro, de piel dorada y grandes ojos azules.

Nada lo había preparado para la explosión de color que encontró en la mirada de ella, y el

tiempo se detuvo entre dos latidos. Rodrigo no fue consciente de que contenía el aliento, pero Andrew sí, y la reacción le preocupó y sorprendió a la vez. El impasible conde se había quedado mudo.

Elina tenía un brillo de lo más extraño en la mirada.

Dos ojos de miel líquida la observaban con mucha atención y la pusieron nerviosa, pero tenía su explicación muy bien ensayada.

—No eres una anciana —era una conclusión obvia.

—Gracias por este hermoso vestido —respondió la mujer mirando al hombre rubio y de ojos azules que la miraba curioso.

—Pertenece a mi hija Blanca —se adelantó Andrew que sentía mucho interés por la mujer polizón que se había colado en el Santa Rosa.

—¿Su hija está en el barco? —preguntó osada.

En los días que había espiando la nave, no había visto ninguna mujer a bordo.

—Seguimos buscándola —respondió Andrew.

No hizo falta que dijera nada más. La venta de esclavas era algo muy habitual para los esclavistas holandeses y americanos en esas latitudes.

—¿De qué huye? —volvió a repetir Rodrigo que ya se había recuperado de la sorpresa.

—De una vida de esclavitud.

—¿En Puerto Plata? —quiso saber Andrew.

La mujer hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Me han comprado y vendido en demasiados lugares para recordarlos todos.

—¿La capturaron los piratas? —le preguntó Rodrigo.

La mujer mostró un sentimiento de verdadera pena que lo conmovió. Rodrigo se encontró carraspeando bastante incómodo.

—Era una niña cuando el barco que nos llevaba hacia una nueva vida en Boston, fue interceptado por piratas holandeses. Terminé en una isla que no hablaba esta lengua —ella se refería al español—. Meses después, me llevaron a otra isla donde se hablaba portugués, después a otra, y finalmente terminé en Puerto Plata.

—Entonces, ¿cómo puede acordarse de todo eso? —le preguntó Rodrigo.

—Guardo el diario de mi madre —explicó la mujer—. Era lo que pretendía proteger cuando sus hombres me descubrieron, y quisieron hacerse con mis pertenencias.

—¿Dónde pensaba huir?

Rodrigo vio en el brillo de sus ojos una determinación que no había visto nunca en una mujer.

—Tan lejos como este barco me llevara.

—¿No desea regresar con su familia? —inquirió de pronto Andrew.

A la mujer se le llenaron los ojos de lágrimas. Ella tenía sólo cinco años cuando fue apresada y vendida como esclava. Había pasado de un amo a otro hasta que terminó como criada en la Posada de la Pelona.

—Ya no tengo familia.

—¿Está segura? —le preguntó Rodrigo observando su reacción.

—Todas mi familia viajaba, según el diario de mi madre, en el buque Rosslare que zarpó de la ciudad de Cobh en Irlanda.

Andrew escuchaba atentamente la respuesta de ella. Rodrigo estaba callado, sabía como marino que durante las guerras napoleónicas la ciudad de Cobh se había convertido en un puerto estratégico para Inglaterra en su enfrentamiento contra Francia y sus aliados.

—Los piratas intercedieron el Rosslare y capturaron a todos los pasajeros —continuó ella.

—¿Cuál es su nombre, mujer? —le preguntó Rodrigo en voz baja.

—En la Posada de la Pelona me llamaban Elena, pero el nombre que me dio mi padre es Elina O'Brien.

La mujer pronunció su nombre con auténtica emoción. Había olvidado muchas cosas de su infancia, pero, no, su verdadero nombre.

—Te llevaremos hasta San Cristóbal de la Habana —le explicó Rodrigo.

En los bonitos ojos azules de la mujer se podía leer la decepción que sentía al conocer su cercano destino.

—Yo quería viajar hasta el otro lado del mar.

Andrew la miró perplejo.

—Es un viaje demasiado largo, y el Santa Rosa no es un barco para mujeres —cortó Rodrigo que ya se daba la vuelta.

Andrew y el conmaestre estaban plantados tras él.

—Pero lleva nombre de mujer, por eso lo elegí —confesó ella rápido. Aunque omitió un detalle importante, ver los ojos dorados del capitán la había decidido.

Rodrigo se giró nuevamente hacia ella.

—La dejaremos en San Cristóbal de la Habana —reiteró firme y sin admitir una protesta—. Hasta entonces se cuidará de salir de la estancia que acomodaré para usted.

Y a eso se dedicó Rodrigo durante las siguientes horas. Ordenó vaciar el pequeño camarote donde guardaban los cereales y las frutas. A él nunca le había gustado conservar el alimento más necesario en las bodegas del barco por las ratas y por la humedad. Esa estancia la ocuparían ahora los dos grumetes. Como el Santa Rosa era un galeón de segunda clase, había elegido el camarote de ellos para destinarlo a la mujer polizón.

No se había dado cuenta de que lord Beresford lo seguía mientras impartía órdenes.

—La información de O'Brien puede sernos de mucha ayuda para encontrar a mi hija.

Rodrigo se quedó parado un instante y lo miró.

—Es posible, lord Beresford, es posible...

Pero Andrew sabía que el conde tomaría las decisiones que él considerara oportunas.

CAPÍTULO 5

Finalmente, el Santa Rosa tuvo que hacer una parada en Kingston como había sugerido Andrew. A él no le apetecía en absoluto estar en territorio inglés, pero tenían que hacer reparaciones en la nave. Seguían teniendo problemas con algunas velas, y Rodrigo decidió sustituirlas. No podía arriesgarse a cruzar el océano con algunas en tan mal estado que no resistirían la más mínima ventisca. Rodrigo sabía que esa isla era un nido de piratas protegidos por la corona de Inglaterra, pues constituía un lugar perfectamente situado entre las líneas marítimas que unían el reino de España con Panamá. Además, la bahía tenía las dimensiones idóneas para resguardar un gran número de barcos y al mismo tiempo permitirles realizar el carenado y otras labores de mantenimiento. Kingston había crecido exponencialmente hasta convertirse en la segunda ciudad más grande y el puerto con mayor tráfico de las colonias británicas.

Rodrigo era consciente que lord Beresford era garantía segura para que no le sucediera nada al Santa Rosa mientras estuviera anclado en puerto inglés, pero era desconfiado por naturaleza.

—¿Estaremos mucho tiempo aquí? —la voz era de la mujer polizón.

Rodrigo se giró hacia ella. No le gustaba en absoluto que estuviera en cubierta, pero entendía que no podía estar recluida de forma indefinida en el estrecho camarote que le había asignado.

—Ya han traído las velas nuevas —le informó—, cuando estén colocadas, zarparemos.

La mujer de cabellos negros que no llevaba recogidos, se giró hacia el puerto donde había una docena de barcos anclados. Ninguno llevaba bandera o enseña, cosa que la sorprendió pues podrían ser de cualquier lugar del mundo.

—Desde niña, he oído hablar sobre este lugar.

Y entonces la mujer entonó una canción que hablaba sobre el vino y las mujeres que hacían menguar las riquezas de los piratas hasta tal punto que algunos de ellos llegaban a la mendicidad. En la canción, Elina enumeró que solían gastarse hasta tres mil piezas de a ocho en una noche, incluso un pirata dio quinientas piezas a una prostituta sólo por verla desnuda. Pero cuando advirtió el rostro de piedra del capitán, dejó de cantar de repente.

—Es una tonadilla que cantaban las mozas de la taberna.

A Rodrigo no le cabía la menor duda, pero la mujer tenía una bonita voz.

—Es mejor que no salga a cubierta, al menos hasta que hayamos zarpado.

Pero ella quería estar con el capitán español. Le gustaba mirar la tonalidad de oro de sus ojos, la seriedad de su boca bien cincelada. La postura de su cuerpo que también dominaba. Ella había visto a muchos hombres diferentes, y de distintos lugares, pero ninguno la había mirado como lo había hecho él, y estaba emocionada de verdad.

—Necesitaba un poco de sol —respondió a su orden de mantenerse recluida—, y me gusta hablar con usted.

Rodrigo observó atento como iba la reparación de las velas, y como no hacía falta en cubierta,

le ofreció el brazo a la mujer para que lo acompañara al camarote de oficiales. Allí podrían conversar de forma tranquila hasta la llegada de Andrew que era el encargado de entretenerla. El esposo de Rosa de Lara había decidido acercarse a comandancia, también a ofrecerle sus saludos y respetos al gobernador. Estaba seguro de que no tardaría mucho.

Cuando se percató de que la mujer no aceptaba su brazo, parpadeó.

—Es un gesto de cortesía.

Ella no había visto ninguno.

—Dónde yo he vivido, no existen gestos de cortesía.

Y, por primera vez, Rodrigo miró a la mujer tan intensamente, que logró lo impensable para ella: que ardiera por el rubor.

—Me horroriza tal cosa —dijo después de una pausa larga—. ¿Por qué me mira como si me conociera? —quiso saber.

—Porque siento que lo conozco de toda la vida —respondió sincera.

Como la mujer había rechazado su brazo, comenzó a caminar, ella lo siguió con paso suave. En su escrutinio anterior, Rodrigo se había percatado de lo bien que le sentaba el vestido de Blanca. Era más alta, más esbelta, y el color de la tela resaltaba el azul de sus ojos. Eran como dos noches estrelladas.

Una vez en el interior del amplio y agradable camarote de oficiales, le ofreció un brandy que ella rechazó. La vio caminar por la estancia observándolo todo con atención. Se paró justo frente al tablero de ajedrez y observó las piezas blancas y negras de forma atenta.

—Es un juego de reyes —le dijo Rodrigo mientras tomaba asiento.

Ella seguía de pie. Había visto al inglés jugando en cubierta con el contraamaestre. Le pareció extraño algunos movimientos, sobre todo el que estaba tallado como un caballo porque no se parecía a los movimientos de las otras piezas.

—¿Le gustaría aprender?

Elina se giró hacia el capitán, y sonrió agradecida.

—¿Podría jugar sola? ¿O es necesario un adversario?

Rodrigo sabía que ella estaba valorando poder jugar en su camarote mientras navegaban. En verdad, cada día sin nada que hacer en un barco, podía ser monótono, y sumamente aburrido. Rodrigo caminó hasta donde estaba ella de pie.

—Lo notorio de este juego, es anticiparse a los movimientos del oponente, y para desarrollar esta habilidad, se puede jugar sólo.

—Interesante —respondió Elina.

Rodrigo la invitó a hacer el primer movimiento, y, en ese simple acto, sucedió algo realmente increíble. Ninguno de los dos fue consciente del transcurrir del tiempo. La mujer repetía cada movimiento del conde, y Rodrigo se encontró como si jugara contra sí mismo.

—¿Por qué está esta pieza puede moverse a voluntad?

—Porque es la reina —contestó mirándola—. La pieza más importante del ajedrez.

Elina se quedó pensativa durante unos instantes.

—¿Más que el rey?

—Su capacidad de moverse tanto en filas y columnas como en diagonales, la hacen una pieza muy peligrosa. Ninguna otra pieza tiene tanta movilidad como la reina.

—Es fascinante.

—Es la pieza de mayor valor absoluto del juego.

Rodrigo podía leer en el iris de sus ojos azules lo interesada que estaba en su explicación. Repetía sus mismos movimientos, y estaba seguro de que los memorizaba.

—Me ha dicho el conmaestre que... —Andrew se quedó parado en la estancia de oficiales viendo al conde Ayllón y a la polizona jugar una partida de ajedrez.

Rodrigo dejó de mirar el tablero, y se percató de lo tarde que era. ¿Cuánto tiempo habrían estado Elina y él enfrascados en el juego?

—Te has retrasado —contestó suave porque no era una crítica.

Andrew entró por completo a la sala, y cerró la puerta tras de sí.

—Ni te imaginas lo que ha pasado —estaba claro que Andrew se veía emocionalmente alterado.

Rodrigo se encontró mirándolo con atención.

—Mi hermano Christopher ha logrado que se envíen despachos oficiales a todos los territorios de ultramar de Gran Bretaña. El embajador confiaba que yo solicitara información en alguno de esos puertos.

Rodrigo no entendía a que se refería lord Beresford.

—¿Y lo hiciste en Kingston?

El noble asintió.

—En Comandancia, pero me dijeron que el gobernador era el que guardaba los despachos llegados de Londres.

Estaba claro que pertenecer a la delegación diplomática tenía sus ventajas, se dijo Rodrigo.

—¿Y eso significa?

—Mi padre ha encontrado a Blanca, y han llegado a Sevilla —los hombros de Rodrigo se relajaron de puro alivio al conocer la noticia—. No tengo más información, pero ahora sé que están bien.

—Pondremos rumbo a La Habana, y después partiremos hacia España.

Andrew negaba con la cabeza.

—Eso nos retrasará un par de semanas.

Rodrigo entrelazó las manos a la espalda y afianzó los pies al suelo en un claro gesto de

marinero avezado.

—Tenemos que dejar a la señorita O'Brien en...

Andrew lo cortó.

—¡No! —exclamó firme—. Una vez que zarpeamos, lo haremos directamente hacia España.

—No podemos llevar una mujer a bordo durante el regreso —expresó el conde en un tono firme.

Andrew estaba impaciente por volver, y no quería que nada ni nadie entorpeciera el regreso. Miró a la mujer callada que los observaba con atención.

—No podemos dejarla a su suerte —argumentó convincente.

—No pensaba hacer tal cosa —se defendió el conde—. Pensaba dejarla en el convento de San Agustín.

—¡Pero yo no quiero quedarme en un convento!

Andrew giró el rostro para mirarla.

—¿Qué tiene pensado hacer si la dejamos en territorio español de ultramar? —le preguntó ansioso.

Rodrigo no sabía hacia dónde quería llegar el inglés.

—He ahorrado unos reales, puedo alquilar una habitación en un lugar respetable, y buscar un trabajo decente, pero no deseo hacerlo en estas islas llenas de piratas y malnacidos.

—¿Qué tipo de trabajo puede realizar? —insistió Andrew.

—Soy buena en la cocina —alegó la mujer—, y mejor con la aguja.

—¿Sabe coser? —le preguntó el inglés.

—Sobre todo heridas.

Andrew se giró entonces hacia el conde, y clavó la mirada celeste en el rostro cincelado del español.

—Pienso contratarla para Wolburn Manon.

Rodrigo lo miró serio.

—¿Piensas llevarla a Inglaterra? —le preguntó atónito.

Andrew asintió rápido. Rodrigo le pidió entonces a Elina que los dejara a solas porque necesitaba hablar con lord Beresford. Ella lo complació. Durante la siguiente hora se suscitó una discusión entre inglés y español sobre la mujer polizón. Andrew, muy enfadado, había amenazado con quedarse él también en La Habana, y Rodrigo masculló entre dientes por su terquedad, pero Andrew estaba decidido: si Rodrigo decidía contravenir sus deseos, abandonaría el Santa Rosa.

Finalmente, Rodrigo cedió, y se marchó con cajas destempladas para darle instrucciones al contramaestre. El barco zarpó de Kingston con rumbo a España, pero durante los dos siguientes días, Rodrigo se mantuvo alejado del inglés. Él, no había querido llevar a la mujer en el barco

toda la travesía, porque le provocaba inquietud. Algo se le removía por dentro cada vez que lo miraba, y Rodrigo no quería ahondar en el tema de lo que le hacía sentir esa mirada azul.

CAPÍTULO 6

Andrew miraba el sereno y apacible mar turquesa. El buen tiempo los acompañaba desde que habían salido del puerto de Kingston. Sabía que el conde estaba enojado con él, su distanciamiento voluntario así lo mostraba, pero él estaba ansioso de regresar a Sevilla donde se encontraba su hija Blanca.

Se inclinó sobre la barandilla del Santa Rosa, y miró la espuma del mar. Le parecía un movimiento hipnótico.

—Gracias, lord Beresford.

El mencionado se giró hacia la voz. La mujer polizón estaba plantada a su lado. No la había oído llegar.

—¿Por qué?

—Por la oportunidad que me brinda de comenzar de nuevo.

Andrew se había precipitado al ofrecerle un trabajo, pero sus ansias por partir lo habían empujado.

—Tendrá que aprender inglés —le sugirió tranquilo—. Aunque mi esposa e hijos hablan su lengua.

Ella no necesitaba aprenderlo porque era su lengua de la niñez.

—¿Qué trabajo tendré que realizar en Wolburn Manon? —Andrew se percató que la mujer tenía una memoria privilegiada—. ¿Su hogar está cerca de la casa del capitán? —inquirió tras unos segundos.

Ahora tenía claro que la mujer quería sonsacarle información sobre Rodrigo. ¿Sólo él se había dado cuenta de lo que le interesaba el conde?

—Rodrigo vive la mayor parte del tiempo en su hacienda en el sur del reino de España —contestó—, pero visita a menudo Inglaterra porque en Redtower vive su madre.

—¿Por qué la madre vive en otro reino diferente al de su hijo?

Y entonces Andrew pasó a explicarle los motivos que mantenían a María lejos de España. También le contó que la única sobrina del conde, a la que había educado personalmente, estaba casada con un inglés. También le explicó que una de sus hijas gemelas se había casado con el hermano del esposo de su sobrina, y que había descubierto su paternidad cuando ya eran adultas...

Elina se confundía con tanta información.

—Parece que el capitán tiene una familia amplia.

Andrew sonrió al escucharla.

—Es increíble cómo hemos terminado cinco familias tan diferentes emparentadas.

Como ella quería saber, Andrew la complació. Y le habló sobre las dos familias inglesas, los Beresford y los Penword que a su vez estaban emparentadas con otra escocesa, los McGregor, y

de qué forma el destino o la vida los había unido a dos familias españolas, los Velasco y los Lara.

—Debe de ser maravilloso tener una familia tan numerosa y variopinta.

Andrew estaba de acuerdo con ella.

—No siempre fue tan maravilloso.

Y entonces le relató los duelos, las rivalidades, y un sinfín de sucesos que los habían enfrentado durante años.

—Hábleme sobre el capitán —le pidió ella de pronto.

Andrew entrecerró los ojos ante la petición inusual.

—No debe hacerse ilusiones con Rodrigo —le aconsejó muy serio.

Elina entrecerró los ojos para ocultar un brillo de lo más extraño, y a Andrew le recordó por un momento a Eulalia, la aya gitana de su hermana Aurora. La vio girar la cabeza hacia el puente de mando, y clavar sus bonitos ojos azules en el conde que impartía órdenes sin apartar las manos del timón. Conocía, por el propio Joaquín, que los hombres del Santa Rosa la consideraban una bruja, también escuchó relatos de su vida en la posada de La Pelona. ¿Cómo había sobrevivido a todo ese infortunio?

—No me hago ilusiones —respondió varios minutos después—, es el destino escrito el que me ha llevado a su lado.

Andrew se hacía cantidad de preguntas sobre ella.

—El destino en ocasiones se muestra como un auténtico mongrelo.

Ahora la escuchó suspirar de forma suave. Elina O'Brien, vestida con las ropas de su hija, y aseada como una dama, no parecía una sirvienta de taberna. Tenía un rostro hermoso, una figura agraciada, y demasiado interés por el conde español.

—El capitán, ¿nunca se ha casado? —le preguntó muy interesada.

Andrew resopló.

—Pienso que ya conoce la respuesta.

—¿Ha estado enamorado?

Andrew se veía bastante incómodo.

—No puedo responder a esa pregunta —respondió tuteándola por primera vez—. Porque no me corresponde.

Elina había crecido entre golpes, entre necesidades y ausencia total de afecto, pero ella había visto en sus sueños esos ojos dorados. Por eso, cuando vio llegar al hombre a la Posada de la Pelona, creyó reconocerlo. Sus instintos se pusieron alerta, se le disparó la adrenalina, y supo que su destino era él. Todos la acusaban de bruja porque tenía una intuición muy desarrollada, quizás por el hambre, quizás por la soledad de todos esos años, pero esa intuición le hizo seguirlo durante el tiempo que estuvo en la isla, y entonces supo que había llegado el momento de huir de todo y de embarcar en el barco que tenía un nombre tan bonito y apropiado: Santa Rosa.

—Veo su resplandor...

Andrew había aprendido, gracias a la gitana Eulalia, a no desconfiar de personas con habilidades especiales. Estaba claro que la mujer irlandesa polizón del Santa Rosa, poseía un don, o quizás una maldición. ¿Sería la responsable de los problemas que habían tenido con los aparejos del barco?

—¿A qué se refiere? —le preguntó después de un momento.

—El capitán tiene un resplandor brillante y limpio, por eso sé que es una persona de absoluta confianza —le explicó pensativa—. ¿Ve a aquél marinero de allí, el que está atando los cabos? —Andrew se encontró siguiendo la mirada de ella—. Tiene un resplandor gris muy oscuro, esa persona tiene intenciones poco claras.

Ahora estaba todavía más convencido de que Elina O'Brien era una persona con la misma perspicacia que la gitana Eulalia.

—¿Y cuál es el color de mi resplandor? —quiso saber Andrew en un tono de broma—, porque imagino que yo también la tengo.

La mujer lo miró con una sonrisa.

—Su resplandor es rosado.

Andrew parpadeó confundido.

—Y eso significa...

—Ese color de resplandor habla de equilibrio, de sensibilidad. De fortaleza para sacrificarlo todo y lograr los sueños más ansiados.

Andrew se mostró complacido. Entonces giró el rostro, y clavó la mirada en el contramaestre Joaquín.

—¿Qué color de resplandor tiene el contramaestre? —le preguntó suspicaz.

Elina miró al hombre de estatura mediana y de semblante enjuto.

—Azulado —reveló tras unos momentos—. Es un hombre que sabe tomar decisiones, posee mucha capacidad de aguante.

Y durante la siguiente hora, Andrew le fue señalando a marineros y oficiales de cubierta, y ella los fue mirando uno a uno y narrándole sus deducciones.

Rodrigo seguía anotando en el cuaderno de bitácora. Si el buen tiempo seguía acompañándoles, llegarían más pronto de lo esperado. De repente, dejó la pluma en suspenso, y fijó la mirada en un punto indeterminado de la estancia. Se alegraba de veras de que el marqués de Whitam hubiera encontrado a su nieta, de que Blanca estuviera a salvo en Sevilla, pero había descubierto que ya no quería navegar más. Cuando era un joven intrépido, no le importaba pasar largos periodos en alta mar, pero en la actualidad, quería disfrutar de la tranquilidad de su hacienda. Pensó en su madre María, y se descorazonó un poco. Por ella hacía largos viajes a Redtower, y le molestaba de veras que la reina siguiera tan obtusa después de tantos años. Él le

había prometido lealtad, se lo había demostrado con creces, pero la sentencia sobre su madre seguía siendo firme e inapelable.

Rodrigo pensó en sus hijas gemelas, en Isabel y Aracena, en los hijos de ambas: Rodrigo, Daniel, Andrés, Mary, Beth, y Logan, y luego pensó en Rosa. En incontables ocasiones había sentido la necesidad de contarle la verdad, pero había hecho una promesa. Era tan hija suya como Aracena e Isabel, pero por el duque de Alcázar, debía callar esa verdad que le quemaba en los intestinos. De nuevo pensó en su primer nieto, en Rodrigo, y soltó un suspiro largo pues sería por herencia duque de Alcázar, y conde de Ayllón por su parte, y meditó en la gran responsabilidad que tendría el muchacho, bueno, ya no tan muchacho.

Pensó en sus amantes, en Isabelle, en Ana... y se sintió desazonado. A la primera la había amado con todas sus fuerzas, con la segunda tuvo desencuentros que desencadenaron en el embarazo inesperado de Rosa. Y Rodrigo lamentaba con todo su corazón no haber visto crecer a sus hijas. En ocasiones maldecía a Isabelle y a Ana, porque las dos le habían obsequiado con lo más preciado para un hombre, prole, pero le habían ocultado la verdad y la posibilidad de ser el padre que se merecían.

Rodrigo estaba cansado, y este último viaje por mar se lo había mostrado. Cuando una gota de tinta cayó al cuaderno desde la punta de la pluma, pensó en dejar lo que estaba haciendo. Necesitaba tomar aire fresco, salir a cubierta, aunque se tropezara con Andrew. Él no era hombre de guardar rencor, y ya se le había pasado el enfado que le provocó la discusión mantenida por la mujer polizón. Aunque se alegraba de que la responsabilidad sobre ella cayera en el inglés con la promesa de trabajo que le había dado. Colocó la pluma en el tintero, echó arena sobre la gota de tinta, sopló, y cerró el cuaderno.

Con grandes pasos salió del camarote, saludó al grumete: un chaval de dieciséis años hijo de un barón de Toledo. El chico se desvivía por aprender. También saludó al segundo de abordaje, al alférez Julián, y a dos marineros que conversaban tranquilamente en su periodo de descanso. Cuando salió a la luz, tuvo que parpadear porque el sol lo deslumbró.

En la barandilla de babor vio a Andrew que conversaba atentamente con la mujer que se había colado subrepticamente en el Santa Rosa. Y viéndola vestida de seda y con el largo cabello negro suelto, se dijo que no parecía una polizón. Algunos marineros la miraban de soslayo cuando cruzaban a su lado, pero no era admiración lo que había en sus ojos sino precaución. ¿De verdad esa mujer indefensa les provocaba temor? Pudo observarla durante un rato largo, la distancia que mantenía de ellos se lo permitía, y aunque no podía escuchar lo que conversaban, tenía muy claro que Andrew era un relator excelente, y sabía cómo entretener a una mujer. De repente, ella giró el rostro hacia él, y le sostuvo la mirada sin un parpadeo. Algo en el interior de Rodrigo se removió. ¿Qué tenía esa mirada azul que lo descentraba? La sensación era que lo conocía, pero eso era imposible. Andrew también giró el rostro, lo vio, y alzó la mano para saludarlo.

Rodrigo se encontró caminando hacia ellos.

CAPÍTULO 7

—Buenos días, capitán.

Rodrigo se giró hacia la dulce voz. Elina se había cambiado de ropa y, al verla tan cómoda con el nuevo vestido, mucho se temía el conde que la mujer terminaría apropiándose de todo el vestuario que Andrew había llevado al barco para su hija Blanca. No obstante, si algo distinguía a los Beresford de entre otras muchas cualidades, era la generosidad.

—Buenos días, Elina.

La esbelta mujer se apoyó en la barandilla, y cerró los ojos. Le gustaba sentir en el rostro la calidez del sol. Estuvieron un tiempo prolongado sin decirse nada, cada uno mirando un punto en el horizonte, y disfrutando del suave balanceo del barco. Elina comenzó a cantar en voz baja, se veía contenta, y Rodrigo se sorprendió escuchándola porque le gustaba oírla. Y la escuchó cantar en español, francés, inglés, portugués y holandés. Cuando su mente asimiló la enorme habilidad que poseía, se giró perplejo hacia ella.

—¿Conoces todas esas lenguas que cantas?

Ella se balanceaba al sonido de su canción. Después de un minuto largo miró al conde y le sonrió.

—Sí.

Él, había esperado que fuera una canción aprendida de memoria.

—¿Cómo es posible? ¿Sabes escribir esas lenguas?

Ahora la mujer hizo un gesto negativo con la cabeza bastante gracioso. Cada movimiento que hacía, le parecía a él encantador. Rodrigo se dijo que debía de ser las semanas que llevaba navegando, pero lo cierto era que le atraía de una forma intensa, y que se negaba a sí mismo.

—Sólo sé leer en español e inglés, aunque no lo escribo —confesó un poco avergonzada porque conocía que el capitán era un hombre muy instruido, o eso le había dicho lord Beresford.

Como la miraba muy atento, ella volvió a sonreír, y el estómago del conde sufrió una sacudida. Después, el corazón le latió de forma apresurada. Estaba claro que la presencia de Elina le provocaba caos a sus emociones.

—Estuve cinco años en una isla donde se hablaba holandés —le explicó muy seria—. Me vendieron nuevamente, y me llevaron a otra donde se hablaba portugués, allí estuve cuatro años. Me volvieron a vender y me llevaron a otra isla donde se hablaba francés, y allí estuve tres años. La última vez que me vendieron me llevaron a una isla donde se hablaba español, y allí me encontré.

Él no la había encontrado sino a la inversa: ella se había encontrado con el Santa Rosa.

—¿Y el inglés?

Elina soltó un suspiro largo pero muy suave.

—Hasta los cinco años fue mi lengua materna. No lo olvidé, porque muchos de los hombres

que pisaban las islas donde me encontraba, lo hablaban, fue imposible olvidarlo.

Rodrigo había hecho cálculos mentales. Elina había llegado a Curazao con cinco años, y estuvo otros cinco allí, otros cuatro que estuvo en territorio portugués, más otros tres en territorio francés, eso sumaban...

Ella interpretó perfectamente su mirada.

—Cuando llegué a Puerto Plata tenía diecisiete años —le explicó—, y he pasado quince largos años en la Posada de la Pelona.

Elina le dejó creer que era una de las criadas que servían las mesas, y se guardó que en realidad era la adivinadora que leía las cartas del tarot a los clientes.

—Así que tienes treinta y dos —ella asintió solemne—. Pareces mayor, pero no tomes mis palabras como descortesía porque nada está más lejos de mi intención.

¿Como no iba a parecer mayor con todas las adversidades que había padecido? Se preguntó el conde. ¡La habían vendido hasta cuatro veces! Se le había ido la juventud entre bestias que la habrían torturado, vejado...

Elina leía perfectamente la mirada del hombre, e interpretó muy bien lo que pensaba. Todo lo que cruzaba por su cabeza, se reflejaba en su rostro.

—Cada vez que un amo me compraba, trataba de forzarme —le dijo sin medias tintas—, pero al no conseguirlo me golpeaba, aunque yo prefería todas esas palizas que sufrir el calvario que padecían esas pobres niñas esclavas como yo, y que eran usadas y otra vez vendidas.

Rodrigo desvió la mirada de ella porque se sentía turbado. Lo que le contaba sobre su vida, no lo escandalizaba, todo lo contrario, lo admiraba.

—Siento de verdad su infortunio.

—Nada hace temer más a un hombre que la propia muerte, o la brujería de una mujer —Rodrigo seguía sin poder pronunciar palabra—. Y una santera portuguesa me ofreció los medios para forjarme una reputación en la ciudad. Era muy niña entonces para comprender el hermoso regalo que me hacía entonces.

—¿Una santera portuguesa?

—Fue la que me reveló que mi resplandor tiene un tono verdoso —Rodrigo la miró sin comprender—. Las personas con una natural habilidad para sanar, suelen tener el aura verde. Soy muy buena curando el mal de ojo.

Rodrigo estaba sin habla, y como conocía a otra persona con las mismas habilidades que Elina, no se burló.

—Muchos enfermos requerían mi presencia porque aseguraban que estar en presencia de una persona con esta aura les ayudaba a sanar, y a estar serenos. —Rodrigo se mantuvo callado, pero escuchaba atentamente—. Veo que no le sorprende lo que le cuento.

—Eso es porque me recuerda a alguien.

—La santera también me animó a desarrollar otras habilidades además de la sanación, y por

eso me defiende hablando en varias lenguas, pero sólo pude aprender a leer un poco en español e inglés, aunque no lo escribo.

A Rodrigo no le gustaba el derrotero que estaba tomando la conversación porque le recordó demasiado a Eulalia y sus premoniciones. La gitana había creado no pocos problemas a la casa Velasco.

—Siempre es una ventaja poder escribir. Podrías aprender —la tuteó por primera vez.

—¿En el Santa Rosa? —preguntó entusiasmada.

—Lord Beresford estaría encantado, o uno de los grumetes ya que disponen de más tiempo —le dijo Rodrigo—. Si algo tenemos de sobra mientras regresamos, es tiempo.

Ella se quedó pensativa.

—¿Conoce la historia de los Diddycoy? —le preguntó ella.

Rodrigo la miró con duda. Algo conocía sobre la historia de los Diddycoy por el aya de su sobrina que estaba muy al tanto de la historia de sus ancestros.

—¿Eres gitana? Porque no lo pareces —la pregunta era casi una afirmación.

Elina hizo un gesto bastante elocuente.

—Diddycoy es un término romaní para designar al hijo de un romaní y un no romaní; los gitanos llaman así a los nómadas irlandeses, y mi madre cuenta en su diario, que su abuela romaní se casó con su abuelo irlandés. No soy gitana, pero sí corre sangre romaní por mis venas.

—Conozco a una gitana, se llama Eulalia, y estaría encantada de conocerte si fuese posible.

Elina se quedó pensativa al escucharlo, pero ya no hablaron más sobre el tema. Rodrigo se disculpó con ella, y caminó hacia el puente a la llamada del contramaestre. El oficial acababa de mirar por el catalejo, y parecía que había visto algo en el horizonte.

Andrew sustituyó a Rodrigo como acompañante de Elina.

—Me pareció que disfrutabas de la compañía del capitán —le dijo Andrew después de unos momentos en silencio.

A Elina se le rieron los huesos. Era pensar en ese apuesto español, y sentía como si cientos de mariposas le aletearan por todo el cuerpo.

—Hemos hablado sobre mi esclavitud, sobre mi resplandor, mis orígenes, y sobre la posibilidad de aprender a escribir.

Andrew la miró perplejo.

—¿Deseas aprender a leer y escribir?

Elina soltó un suspiro suave.

—Puedo leer un poco en español e inglés —repitió—, pero no sé escribir esas dos lenguas, si bien el capitán me ha animado a hacerlo.

—Rodrigo suele ser un hombre bastante reservado.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Qué quiere decir con eso, lord Beresford?

Andrew se dijo que Elina había vivido un verdadero infierno, y sin embargo tenía una candidez insospechada.

—Me refería a que Rodrigo suele ser un hombre callado, sobre todo con sus asuntos privados.

La mujer meditó en esas palabras. A ella no le había parecido un hombre reservado.

—El capitán ha sufrido tanto o más que yo.

Andrew lo dudaba de verdad.

—Eso es poco menos que imposible —rebató en un tono firme y mirándola perplejo—. Por muchos reveses que haya sufrido Rodrigo a lo largo de su vida, nada puede equiparse a la esclavitud.

La mujer meditó en las palabras del hombre.

—¿Sabe, lord Beresford? Hay muchos tipos de esclavitud —Andrew admitió que era cierto—. Cuando algunas mujeres y hombres venían a la Posada de la Pelona a que les leyera la Buenaventura, pude comprobar que algunos eran muy desdichados.

Andrew no podía sino admirarla. Ella había perdido a toda su familia. La habían esclavizado, y seguramente había vivido cosas horribles. ¿Cómo podía compadecerse de otros?

—Y, tú, ¿no te sentías desdichada, Elina?

—Mucho —confesó directa—. Pero yo poseía algo que ellos no tenían.

Andrew estaba muy interesado por su respuesta.

—¿Qué tenías?

—Mi poderoso resplandor —Andrew se dijo que tendría que haberlo imaginado—. Al conde no parece que le agrade mucho las sanaciones y las premoniciones, pues he tenido la impresión de que le ha molestado que lo mencionara.

—Conoce a una persona con una habilidad muy especial que le ha dado más de un disgusto.

—¿Esa persona es Eulalia?

—Así que te ha hablado sobre ella —Andrew estaba sorprendido porque el conde no era dado a mostrarse abierto con desconocidos.

Elina hizo un gesto afirmativo.

—Es gitana, según me ha dicho —le reveló—. Yo tengo una parte de sangre romaní —confesó ufana. Andrew alzó las cejas con curiosidad porque la mujer se veía en verdad interesada por contárselo—. La abuela de mi madre era de allí, y se casó con mi abuelo irlandés —le explicó casi emocionada.

A Andrew lo había imaginado.

—Por eso tienes un sexto sentido.

Elina lo miró un poco confusa.

—¿Un sexto sentido? —preguntó a su vez.

Andrew pensó en las palabras más apropiadas para responderle.

—Me refiero a la capacidad de percibir de manera intuitiva lo que de usual pasa inadvertido para el resto. —A ella se le iluminaron los ojos al comprender—. Popularmente el sexto sentido se asocia con la clarividencia, la premonición, la intuición... —concluyó él.

Elina se quedó pensativa durante un rato largo.

—Es maravilloso ponerle palabras a todos esos sentidos —dijo Elina finalmente.

—No son sentidos —le aclaró él.

Elina no pensaba igual.

—Pero es un hecho que mi sexto sentido me ha llevado hasta el capitán del Santa Rosa —susurró muy seria.

Andrew no podía tomarla en serio. Elina era una mujer bonita, inteligente, sabía mantener una conversación fluida, y además cuidaba sus expresiones, algo impensable en una persona que había vivido toda su vida bajo el yugo de la esclavitud. De verdad que se sentía admirado. No hacía gestos bruscos con las manos, ni su risa era aguda. Miraba de frente con una limpieza cristalina que atraía de verdad.

—Creo que te estás obsesionando con el capitán Velasco.

Andrew la vio suspirar y entrecerrar los ojos. Como si ella sola disfrutara de un secreto que no podía compartir con nadie.

—Es él —respondió casi en un susurro.

Andrew no la había entendido.

—¿Qué? —preguntó con interés.

Elina giró el rostro y miró al inglés con una sonrisa amplia y franca.

—Es él, el hombre de mis sueños...

CAPÍTULO 8

Andrew seguía en el camarote de oficiales observando con atención al conde Ayllón. Rodrigo se encontraba trazando una línea en un mapa naval bastante antigua, así que dedujo que pertenecía a su colección privada.

—Si alguna vez te decides a venderlos, puedes ganar una fortuna.

Dijo de pronto antes de tomar el último sorbo de brandy. El conde sacó otra carta naval que estaba envuelta en papel de seda. Las mantenía cuidadosamente bien enrolladas en una carpeta de piel especial para mapas.

—Se podrían encuadernar en un volumen con tapas de lujo grabadas en oro —insistió el inglés.

—¿Y para qué quiero tener mis cartas de navegación encuadernadas?

Rodrigo seguía inmerso en la tarea de conducir la embarcación a destino de forma eficiente y responsable. Andrew se dijo que era una verdadera experiencia observar la agilidad y la concentración del conde. Por eso mismo consideraba que la navegación era un arte porque se necesitaba mucha destreza para sortear los peligros de la navegación, y se dijo que también era pura ciencia, porque se necesitaban conocimientos físicos, matemáticos, e incluso astronómicos para llevar una nave desde un punto a otro del mundo.

—Al no tener que desenrollarlas, se estropearían mucho menos.

Rodrigo apartó la mirada dorada del mapa y giró el rostro para mirar a Andrew. El inglés estaba tan aburrido, que jugaba con la copa de brandy vacía que sostenía entre las manos.

—Hace mucho tiempo que no utilizo estas cartas de navegación.

Era cierto. Rodrigo había dejado de navegar para la corona hacía décadas.

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó el inglés como de pasada, pero interesado de verdad —. Otra tormenta como la de ayer, y nos vamos al fondo del mar.

El conde sonrió al escucharlo. En la mañana del día anterior se había desatado una tormenta de fuerte granizo y rachas de viento elevadas que balancearon la nave de izquierda a derecha. Muchos toneles y aparejos terminaron cayendo por la borda, pero el rostro del capitán no se había alterado ni lo más mínimo. Los hombres le echaron la culpa a la mujer del mal tiempo, y por eso Andrew estaba deseando llegar a tierra pues mucho se temía que terminarían lanzándola por la borda.

—Mañana por la tarde alcanzaremos el estrecho de Gibraltar.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Andrew.

El conde podía comprender su apremio.

—Imagino lo deseoso que estás de ver sana y salva a tu hija.

—Nunca he estado tanto tiempo alejado de tierra —respondió el inglés.

—El mar es muy duro para quien no tiene madera de marino —contestó sin mirarlo.

Y entonces Andrew pensó en su sobrino Roderick, hijo de su hermana Aurora. El muchacho no tenía madera de marino, y sin embargo su padre lo había obligado a embarcar. Ahora podía entender mucho mejor el enfado y la frustración del muchacho.

—¿Te quedarás en Sevilla cuando llegemos?

Rodrigo hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Tengo que ir a la villa de Madrid —reveló pero con la mirada puesta en las líneas de navegación.

Andrew entendía que pretendía obtener información sobre los marinos españoles que habían visto en una de las islas. El conde quería asegurarse de que la corona conocía el viaje de ellos.

—¿Y cuándo regresarás a Inglaterra? —insistió el inglés.

Rodrigo no le contestó de inmediato porque se encontraba trazando una media línea con un compás de bronce.

—Tengo pensado viajar allí en diciembre —explicó en voz baja.

Andrew se dijo que todavía faltaban varios meses para las festividades navideñas.

—A menos que mi madre requiera mi presencia.

—María debe de extrañar mucho su reino.

La madre del conde no llevaba muy bien la humedad y el frío de Inglaterra, pero había hecho una elección en el pasado, y debía asumir las consecuencias en el presente.

—Todavía espero que la corona se pronuncie con un indulto real.

—Si tu yerno se posicionara... —Andrew no terminó la frase.

Rodrigo dejó lo que estaba haciendo, y se giró hacia Andrew.

—No existe en todo el reino un hombre más fiel a la corona que el duque de Alcázar —casi susurró—. Mi madre cometió traición, y por eso nunca se posicionará a favor de ella.

—Sino por ella... por ti, porque no hay hombre más leal que tú —lo aduló Andrew—. Y eres el abuelo de sus hijos.

Rodrigo no quería seguir hablando sobre su yerno, y decidió cambiar de tema.

—¿Hoy no entretienes a la polizón del Santa Rosa? —le preguntó con humor y sin segundas intenciones.

—Ahhh, pues resulta que la polizón no es tan buena marinera como había creído —contestó con tono ligero—. Creo que debe de seguir todavía mareada por la tormenta que sufrimos ayer.

Rodrigo llevaba varios días sin verla porque se había dedicado en cuerpo y alma a completar algunas de sus cartas de navegación inacabadas.

—No ha sido sólo Elina quien ha sufrido los rigores del mal tiempo, sobre todo la marejada —contestó con voz neutra—, algunos hombres también se han sentido afectados por la fuerte

tempestad. —Que el conde estuviera al tanto de la tripulación, incrementaba la admiración que sentía Andrew—. Afortunadamente, los que faltaban se han reincorporado a su puesto, y pronto llegaremos a destino.

—¿Nos has notado nada extraño en Elina? —las palabras de Andrew no lograron la atención del conde—. Creo que se siente atraída por ti.

Ahora sí captó su interés.

—¿Deseas estropearme la parte final del viaje? —le advirtió con la mirada que no siguiera por ahí.

—Sí que lo has notado. —Andrew sonreía de oreja a oreja—. Y por eso te mantienes escondido en el camarote de oficiales.

—¿Te sientes tan aburrido que imaginas inciertos?

—No son figuraciones mías.

—¿Pretendes aburrirme con tus conclusiones?

—Eso es poco menos que imposible —farfulló el inglés—. Pero es bien cierto que Elina se siente muy atraída por ti.

—Pues de ser cierto, lo lamento por ella.

Andrew sentía la necesidad de chincharlo, como solía decir su hermana Aurora, y siguió con su ataque para desquiciar al templado capitán.

—Te mereces ser feliz —le dijo de pronto.

Rodrigo se quedó con la boca abierta.

—¿Quién dice que no lo soy?

Andrew podría enumerarle a un montón de gente, sobre todo de su propia familia.

—Es una mujer hermosa —eso era indudable, se dijo el conde.

—¿Te parece que me sobra el tiempo para perderlo con estas tonterías?

Andrew se dijo que el conde sabía ponerlo en su sitio.

—Eres un hombre maduro, apuesto, e inteligente.

—Gracias —respondió el otro con sorna.

—Y te mereces una mujer que te ame.

El conde resopló y volvió a la tarea de las cartas navales pues ya le aburría el tema y quería concluirlo.

—¿Es porque ha sido esclava? —preguntó sarcástico—. ¿Por qué no tiene linaje ni rancio abolengo?

—Esa palabra es cosecha de mi sobrina Aurora, ¿verdad?

Andrew rompió a reír porque era cierto. Su hermana poseía un rico y variado vocabulario además de expresivo.

—Es que me gusta como te mira...

Rodrigo se reincorporó y se giró hacia Andrew.

—No vas a detenerte, ¿verdad? —el inglés hizo un gesto muy elocuente con la cabeza—. No me hagas perder el tiempo, Andrew —le pidió sincero.

—Bueno, pero no le rompas el corazón.

Rodrigo alzó la mirada incrédula al techo de la nave.

—No me mueve ningún interés para romperle el corazón a nadie.

—A nadie no, a Elina —insistió el otro terco.

—Está claro que te ha subyugado —terminó el conde, pero Andrew estaba soberanamente aburrido para dejarlo estar.

—Ya me subyugó Eulalia —el conde resopló más fuerte todavía al escucharlo—. Siento cierta debilidad por las mujeres que saben leer las cartas y predecir el futuro.

—Andrew, estoy ocupado —respondió el conde.

—A fe mía que serías capaz de agarrar una cubeta, un paño, y limpiarías la cubierta de proa a popa con tal de no seguir escuchándome.

Estaba claro que Andrew se sentía molesto.

—A punto estoy de delegar semejante heroicidad en un hombre de tu talante.

Andrew puso cara de circunstancia.

—Yo no fregaría la cubierta de este barco ni aunque mi vida dependiera de ello.

Ahora fue Rodrigo el que sonrió.

—Pues si sigues incordiándome —le advirtió el conde—, te aseguré que te haré limpiar cada sección de la nave.

—¿Harías eso a un lord? —le preguntó incrédulo.

Rodrigo se quedó unos instantes pensativo.

—En el mar no sirven los títulos ni el linaje —respondió de pronto muy serio—. Cada hombre es importante y necesario.

Andrew se mostró un poco turbado porque el conde había malinterpretado sus palabras.

—Elina también debe conocer esa regla marítima.

Rodrigo se mostró desconcertado.

—¿Qué regla?

—En un barco, un hombre es sólo un hombre.

Era indudable que Andrew había tergiversado sus palabras anteriores.

—Salvo el capitán —respondió Rodrigo muy serio.

Andrew soltó un suspiro al mismo tiempo que se levantaba.

—Ahí está el quid de la cuestión —dijo sin mirarlo—. Que ella te ve como el hombre que eres.

Si eso era un enigma, Andrew había acertado al decírselo porque lo había dejado confuso e intrigado.

CAPÍTULO 9

PALACIO DE LOS SILENCIOS, SEVILLA, REINO DE ESPAÑA

John Beresford, marqués de Whitam, miraba al duque de Alcázar con respeto y hastío en el mismo porcentaje. Acababan de mantener una fuerte discusión. Alonso de Lara había logrado con artimañas, que el capitán Lope Moreno fuera arrestado y entregado a la casa Lara a pesar de las protestas que él había esgrimido. John había visitado la embajada inglesa en la villa de Madrid, y había solicitado información acerca del detenido, pero la corona de España ya le había transmitido al gobierno de Su Majestad que se mantuvieran al margen.

—Pienso armar tanto revuelo en mi reino, que se tambaleará el tuyo.

La voz de John sacó al duque de Alcázar de su abstracción. Dejó la carta que estaba leyendo sobre el escritorio, y lo miró.

—¿Desoirás los consejos de la corona? —le preguntó el duque.

—No he recibido consejos sino órdenes, y los Beresford no cumplen órdenes salvo las propias.

Eso lo había dejado John muy claro, se dijo el duque.

—Cuando haya terminado con León de Hidalgo, podrás hacer con él lo que desees.

—No me conformo sólo con el hijo —reveló John.

Alonso echó la espalda hacia atrás, y clavó la mirada en el noble inglés. John Beresford disfrutaba de la hospitalidad de Silencios gracias a su generosidad, pero tenía que atarlo en corto. Arrancarle la verdad a Lope Moreno no le había costado mucho, pero cuando le reveló quién estaba detrás del intento de asesinato de Blanca, Alonso se había quedado petrificado. Y se juró que el pomposo prometido tenía los días contados, él mismo se había encargado de agilizar los trámites para su arresto. Que su padre fuese un noble tan importante, era un obstáculo a salvar, pero él estaba decidido a acabar con su vida de la misma forma que el muy desgraciado había tratado de acabar con la de Blanca.

—El padre no tiene nada que ver con las decisiones del hijo —alegó Alonso con voz marcial.

—No cejaré en mi empeño de reducir ese ducado a ruinas —amenazó el marqués.

Alonso no sólo le había arrancado la información a Lope Moreno con sus puños, también al imberbe del heredero de Marinaleda, y no le había costado ni la mitad de golpes que prodigó al capitán. Él mismo habría acabado con su vida si no fuera por la amistad que todavía mantenía con el padre. Un padre que no sabía absolutamente nada del complot que había urdido su hijo y heredero para deshacerse de una prometida no deseada.

—No permitiré ninguna intrusión extranjera en este asunto —le advirtió el duque.

—Ese desgraciado casi logra que maten a mi nieta —le dijo el abuelo.

—La casa Marinaleda será castigada de forma ejemplar —le informó Alonso por si acaso lo dudaba.

—No me conformaré sólo con la prisión del sujeto —protestó John.

—Hidalgo es un grande del reino —le recordó el duque—. Y que Blanca esté casada sin el conocimiento y aprobación de la corona, es un atenuante muy persuasivo.

John se encontró apretando los dientes. La defensa del prometido era espuria, pero la corona la estaba valorando. Como Blanca no se encontraba en el reino, no podía hablar en su favor ni desmentir las graves acusaciones que el hombre había vertido sobre ella al acusarla de romper el acuerdo, prometerse a un extranjero, y huir.

Antes de que Alonso pudiera decir algo, el mayordomo entró en la estancia y entregó a su señor una carta que acababa de traer un mensajero. El duque lo tomó rápido, desdobló la hoja, y leyó el contenido.

—El Santa Rosa ha atracado en el puerto.

John se quedó durante unos instantes sin saber qué decir.

—¿Andrew está aquí en Sevilla? —pudo susurrar al fin.

—Que preparen mi carruaje —le ordenó el duque al mayordomo.

El sirviente salió en silencio y, cuando Alonso vio la alarma en los ojos del marqués ante la llegada inesperada de su hijo, entendió muy bien su viacrucis: Andrew Beresford desconocía las artimañas que había usado su padre para alejar a su hija de Silencios. Y en modo alguno se alegró porque la intervención de ese hombre había trastocado todos sus planes. Pero no pudo decir nada porque en ese preciso momento el conde de Ayllón hizo su entrada estelar en la sala sin esperar a ser anunciado. Andrew Beresford lo seguía de cerca, y tras los hombres, una mujer que lo miraba todo con profundo interés.

—¡Hijo! —exclamó el marqués.

Los tres miraron expectantes el saludo de ambos ingleses.

—Conde Ayllón —lo saludo Alonso.

—Su Excelencia —correspondió Rodrigo.

—Acabo de dar la orden para que preparen mi carruaje.

—Andrew no quiso esperar, y tomamos un carruaje de alquiler nada más pisar tierra —contestó Rodrigo.

Después del abrazo entre padre e hijo, John le ofreció sus respetos al conde, también a la mujer que sólo tenía ojos en la cara. Instantes después, Rodrigo relató el viaje, los pormenores, los problemas, y algunos detalles que se guardó para conversarlos a solas con el duque.

—¿Dónde está Blanca? —preguntó Andrew extrañado.

Si su hija estaba en Silencios, ¿por qué motivo no venía a su encuentro?

—Hijo, ahora te explico...

John se veía un poco turbado pues desconocía la reacción de su hijo menor cuando le revelara los últimos acontecimientos.

—Estoy deseoso de escuchar la explicación —las palabras del duque habían sonado irónicas, y Rodrigo se encontró entrecerrando los ojos.

Durante unos segundos, un silencio incómodo se instaló en la gran sala. Andrew esperaba, pero John no quería hablar con su hijo delante de tantos observadores.

—Yo soy Elina O'Brien —dijo la mujer de pronto—. Su Excelencia.

Elina hizo una reverencia tan profunda y tan falta de gracia, que se pisó el ruedo del vestido y a punto estuvo de caer de bruces delante de todos. Estaba claro como el agua que no había hecho una reverencia en su vida. Ante lo que le pareció una pantomima, el duque giró el rostro y clavó la mirada en el conde.

—¿Qué hace ella aquí? —estaba claro que Alonso no pensaba darle a la mujer ni la más mínima muestra de hospitalidad.

—Es una larga historia —contestó el conde—. Pero Elina es asunto de lord Beresford.

Alonso alzó las cejas y lo miró sarcástico. Un segundo después tocó la campanilla para llamar al mayordomo. Cuando el hombre vestido con librea hizo su aparición, las órdenes del duque fueron taxativas.

—Llévala a las dependencias del servicio, que espere allí.

Elina iba a discutir la orden, pero la mirada del capitán la silenció. El duque le pareció sumamente antipático, sobre todo porque desconocía quién era ella.

—Yo la acompañaré —se ofreció el conde resignado.

Alonso miró a su suegro perplejo.

—¡Tenemos que hablar! —exclamó en un tono de voz alto.

—Regreso enseguida.

No esperó un comentario más. Se giró hacia la mujer, le ofreció el brazo, y la sacó de la estancia con paso ligero. Alonso de Lara se sentía atónito por ese comportamiento tan caballeroso con una mujer de baja clase social. Le había bastado una mirada para catalogarla.

—¿Puedo hablar a solas con mi hijo? —le preguntó el marqués de Whitam.

Alonso dejó de mirar la puerta por la que había salido su suegro y la desconocida, para clavar la mirada en ambos ingleses.

—¿Se supone que debo abandonar mi propio salón? —les preguntó irritado por los últimos acontecimientos.

—Desde luego que eres único mostrando tu carácter irascible —protestó Andrew—. Y luego hablan de la flema inglesa —susurró con voz baja, pero el duque lo había escuchado.

Alonso les ofreció un sonido que más parecía un gruñido. ¿Acaso esos extranjeros desconocían lo que había supuesto para él las argucias que habían empleado con Blanca para alejarla de Silencios?

—Iremos a la biblioteca —sugirió Andrew a su padre—. Con el permiso de Su Excelencia.

Los dos ingleses se marcharon sin decir nada más. Y Alonso pensó que todo el mundo andaba por Silencios como si fuera su propia casa. Se quedó esperando el regreso del suegro.

Elina seguía cogida del brazo del conde, pero a ella le gustaba llamarlo capitán.

—Nunca he conocido a un hombre tan antipático como ese duque.

Rodrigo estaba de acuerdo con Elina: Alonso era el hombre más iracundo de todos, pero era el padre de sus nietos.

—Su resplandor es muy fuerte —dijo a continuación—, tanto, que ciega.

Rodrigo terminó mostrando una leve sonrisa.

—Su Excelencia ha tenido una infancia complicada.

Rodrigo debía dejar muy claro las diferencias de clase entre ella y el resto. Como Elina era la protegida de Andrew, no podían tratarla como una sirvienta hasta que lo fuera realmente. Su destino estaba en manos de los Beresford. Cuando llegaron a las dependencias del servicio, Rodrigo la dejó en manos de la cocinera.

—Acompañeme, señor —le dijo el mayordomo que los había seguido a ambos por la casa—. Lo llevaré de nuevo con Su Excelencia.

Elina se resistía a dejar el brazo del conde. El palacio la intimidaba, y la mirada de la cocinera todavía más.

—¿Volveré a verlo? —le preguntó ella.

Rodrigo no estaba seguro porque pensaba salir hacia la villa de Madrid de inmediato.

—Es posible que volvamos a vernos en Wolburn Manon, en Inglaterra —respondió el conde—. Hasta pronto, Elina, y buen viaje —se despidió.

Rodrigo ya se daba la vuelta cuando la mano de ella se posó en su brazo para detenerlo.

—Le esperan malas noticias —le dijo de pronto.

Rodrigo sentía deseos de maldecir la posible clarividencia de ella.

—Siempre espero malas noticias —contestó.

Ella seguía sin soltarlo.

—Una de sus hijas está enferma de gravedad, tiene que regresar pronto para estar con ella —le advirtió.

—Mis hijas gozan de buena salud —respondió incómodo.

Elina hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Es la otra hija quien lo necesita...

Los ojos de Rodrigo parpadearon por la sorpresa. ¿Cómo sabía ella el parentesco que lo unía a Rosa de Lara? ¿Acaso Andrew lo sabía y se lo había contado? Eso era poco menos que imposible. Nadie salvo Alonso, Eulalia, y él mismo, conocían que Rosa era su hija.

—Por eso el reflejo del duque es tan fuerte, porque el de su hermana se debilita.

—¡Tonterías! —exclamó el conde soltando la mano de ella de su brazo, al hacerlo, un latigazo lo sacudió de pies a cabeza.

Se quedó momentáneamente aturdido.

—Puedo ser de gran ayuda —le ofreció.

Ahora la miró perplejo. ¿Era una treta para que él la llevara a Inglaterra?

—Elina —la llamó con voz suave—. Mantente alejada de mi familia.

No le dio opción a responderle. Rodrigo la dejó de pie en la cocina y con la mirada de la cocinera clavada en ella. Durante varios segundos la mujer no dijo nada, se quedó mirando la marcha del capitán acompañado del mayordomo. Cuando los perdió de vista, se giró hacia el centro de la estancia que olía a mantequilla caliente. Por la mirada y el silencio de la cocinera, Elina supo que había observado con atención el intercambio de palabras entre ella y el conde, y que estaba sorprendida por su audacia. Carraspeó, y dio un paso al frente.

—El capitán todavía no lo sabe, pero es mi destino...

CAPÍTULO 10

La advertencia de Elina había dejado a Rodrigo intranquilo, por eso aceptó el jerez que Alonso le ofreció. Los dos tomaron asiento en la parte más alejada de la puerta, y muy cerca de la ventana. Tras unos momentos en completo silencio, el conde le relató al duque las vicisitudes del viaje, y su intención de ir hasta la villa de Madrid para informar a la corona sobre el barco español avistado en territorios de ultramar. Alonso le explicó después todo lo sucedido desde el regreso de John Beresford a Sevilla en el Divino, también la manipulación de los acontecimientos para alejar a Blanca de Sevilla.

—¿Qué piensa hacer la corona con León de Hidalgo? —preguntó el conde.

Alonso tomó aire antes de responder.

—Que blanca se haya casado en secreto con un extranjero sin mi autorización, no me ha dejado en una posición muy favorable.

Rodrigo entendía que Alonso quería tomarse la justicia por su mano.

—John no tenía que haber intervenido —dijo pensativo.

—Está claro como el agua que vio una oportunidad para atar a Blanca a Inglaterra en detrimento de los intereses de la casa Lara.

Rodrigo optó por levantarse y caminar hasta colocarse frente a la ventana y de espaldas al duque.

—No hace falta que te aclare que Roderick Clayton Penword es mejor partido que León de Hidalgo —le recordó el conde.

Alonso se encontró apretando los dientes.

—Todo este maquiavélico asunto lo veo como un complot contra mi persona —respondió el duque envarado.

Rodrigo terminó por suspirar. En verdad todo se había complicado mucho.

—Y en represalia no vas a permitir que Inglaterra reclame al infame heredero.

No, Alonso no pensaba permitirlo. John le había asegurado que iba a armar tanto alboroto desde Inglaterra, que se resentiría la propia monarquía española, pero a él le daba exactamente igual.

—Pagó por asesinar a Blanca, ¿puedes creerlo? Algo que jamás voy olvidar —continuó el duque con voz de hielo—. Nadie pone en peligro a mi familia y vive para contarlo.

Para Rodrigo ahora estaba claro los intentos de Lope Moreno para acercarse a Blanca, de esa forma se aseguraba la venganza sobre el duque. Y que el imberbe León de Hidalgo lo hubiera sobornado para que la asesinara, lo podría considerar un extra a sus intereses.

—Lope no ha olvidado que fuiste el ejecutor de su padre.

Los ojos del duque llamearon.

—Olvidas que era un maldito traidor —respondió el otro en uno tono duro—. Como el hijo.

La condena en firme y con un castigo ejemplar como se merecía el canalla, ya no sería posible por la intervención de John Beresford.

—Blanca quería ingresar en un convento hasta que la corona se pronunciara —reveló el duque—, pero Beresford actuó a mis espaldas para impedirlo, y malogró el castigo ejemplar que yo deseaba.

Rodrigo trataba de digerir que Blanca estaba casada con Roderick, que el heredero de Marinaleda era el inductor del complot para asesinarla, y que Lope Moreno había movido los asuntos para lograrlo.

—Voy a llegar hasta el fondo de este asunto —confesó el duque con mirada peligrosa—, y no voy a conformarme.

—El rey Fernando abolió la horca —le recordó el conde—, pero que no te soliviantes esa circunstancia, porque pasará el resto de su vida en prisión.

—El rey abolió la horca, es cierto —admitió el duque—, y por eso dispuso que se ejecute a todos los condenados a muerte con el garrote. Es lo mínimo que espero para ese desgraciado.

Rodrigo no tenía la menor duda de que lograría una condena ejemplarizante.

—Ya no tiene sentido que parta hacia la villa de Madrid —murmuró el conde en voz baja—. Puesto que la corona conoce todos los movimientos de Lope, creo que me marcharé a mi hogar.

—La corona está al tanto de todo, y está haciendo sus propias averiguaciones —corroboró Alonso.

Arrancarle la verdad a Lope no le debía de haber resultado fácil al duque porque el oficial era un hombre entrenado para resistir.

—Lamento la intervención inoportuna de John —reiteró Rodrigo.

—Más lo lamento yo porque me ha privado de mostrar al desgraciado como lo que es.

Tras esa declaración, los dos nobles se quedaron callados. Uno miraba tras los cristales, el otro tenía los ojos clavados en un punto indeterminado de la sala. Alonso aprovechó para pedir al mayordomo café para los dos.

—¿Cuándo regresa Aracena? —le preguntó Rodrigo.

Alonso chirrió los dientes. Ya le había enviado tres mensajes, pero ni la esposa ni el primogénito habían osado contestarle.

—Les he dado cuatro semanas más de plazo, cuando se cumpla, tendrán que regresar.

Rodrigo dejó su lugar frente a la ventana, y tomó de nuevo asiento.

—Entonces vaticino que tendrás que ir tú a por ellos.

Alonso chasqueó la lengua irritado.

—¿Quién es la mujer?

El conde acababa de llevarse la taza caliente a los labios. Dudó sobre contarle la verdad a su

yerno, o suavizarla un tanto. Decidió mostrarse franco.

—Se metió de polizón en el Santa Rosa.

Tras ver la cara del duque, Rodrigo dejó la taza sobre la mesita, y comenzó a explicarle todo, también, el problema que habían tenido con los aparejos de la nave.

—El Santa Rosa es un barco muy preparado —se defendió el otro que percibió una queja en las palabras del suegro.

Rodrigo no le había mencionado los pormenores como una crítica.

—Las velas de un barco se deterioran por muchas razones, pero los principales desgastes los ocasionan las malas condiciones de invernaje.

—Pienso despedir al calafate.

—Antes de zarpar tendría que haber verificado si había pequeños fallos o desgastes en las costuras, cortes, roces, o pequeñas rasgaduras en el tejido —explicó Rodrigo sosteniéndole la mirada—. Como las velas estaban recogidas y zarpamos con tanto apremio, no pude fijarme en las zonas de mayor roce y tensión cómo el área del puño de driza, o la baluma.

—Ya sabes que te pagaré el coste de su reemplazo.

Rodrigo sonrió con humor. Los reales eran lo de menos. El tiempo que habían perdido sí que era irremplazable.

—¿Qué vas a hacer con la mujer? —insistió Alonso.

—La mujer no es responsabilidad mía —contestó desviando la mirada—. Lord Beresford le ha prometido trabajo en Inglaterra.

—¿Qué oficio puede desempeñar una mujer como ella?

Rodrigo ignoraba si Alonso se mostraba ofensivo adrede.

—Ya te he mencionado que no es un asunto que me concierna.

—Como capitán del Santa Rosa, todos y cada uno de los pasajeros del barco son tu responsabilidad.

Rodrigo intuía hacía dónde lo quería dirigir Alonso: admitir que la mujer le interesaba, pero no era cierto.

—Podrías ofrecerle un puesto de adivinadora en Silencios —le dijo para molestarlo, y lo consiguió—. Dice que posee habilidades especiales para leer la Buenaventura.

Lo vio abrir la boca al recibir su sugerencia.

—Cada mirada que lanza, es un preludio de problemas —respondió el duque. Rodrigo soltó una carcajada—. No sabes cómo me recuerda a Eulalia, y sólo por eso, la quiero lo más lejos de Silencios.

Rodrigo iba a decir algo cuando el mayordomo lo interrumpió. Le traía un mensaje urgente. El conde lo tomó con cierto desazón, desdobló la hoja y leyó el contenido.

—¿Malas noticias? —quiso saber el duque.

—El mensaje es de mi sobrina Aurora, mi madre ha empeorado.

Alonso no sentía simpatía por María porque la consideraba una traidora, pero entendía que era la abuela de su esposa, y le debía respeto.

—Tengo que marcharme —dijo con voz baja.

—¿Irás a Guadaiza antes de partir?

Rodrigo se levantó del sillón y se masajeó el cuello.

—Debo hacerlo—contestó—. Ignoro el tiempo que estaré en Inglaterra, y debo dejarlo todo arreglado para la próxima cosecha.

Alonso se levantó también.

—Dile a tu hija que regrese a Silencios de inmediato —era más una orden que una petición.

—Aracena tiene criterio propio —contestó el padre—, y regresará cuando lo estime oportuno.

Alonso insistió.

—Con el asunto de Hidalgo, yo no puedo dejar el reino, por eso espero que le transmitas mi mensaje de urgencia a mi esposa.

—Lo haré...

Cuando Andrew Beresford supo de la marcha inminente del conde, fue a su encuentro porque debía de hacerle un encargo. Él tenía que quedarse en silencios hasta que su padre resolviera el asunto del heredero de Marinaleda, porque no se fiaba del duque de Alcázar. Andrew estaba deseoso de marchar a Inglaterra, pero no podía dejarlo sólo, y menos en la compañía del irascible duque español.

Le entregó un par de cartas a Rodrigo para que se las hiciera llegar a su hija Blanca, y a su esposa. También le pidió que llevara consigo a Elina. Rodrigo protestó con energía porque antes tenía que hacer una parada en su propiedad de Guadaiza, pero Andrew insistió. Rodrigo alegó que la mujer retrasaría su viaje, aunque de poco sirvió su opinión. Lord Beresford se mostró persuasivo, insistente. Le recordó que Elina no podía quedarse en Silencios como invitada del duque, y él no podía regresar todavía, por eso le confiaba al conde su cuidado y las instrucciones para que la atendieran en Wolburn Manon hasta que él pudiera cumplir su promesa.

A regañadientes, pero sabiéndose vencido, Rodrigo aceptó acompañar a la mujer a Inglaterra, y cuidarla durante el viaje.

El carruaje ducal era muy confortable, y Rodrigo estaba agradecido de que su yerno se lo hubiera prestado para el viaje a Guadaiza. Antes de partir de Silencios, había enviado a un hombre de su confianza para que se adelantara y comprara dos pasajes a Dover pues tenía pensado zarpar desde Santander. Siempre que podía, Rodrigo evitaba navegar sorteando la costa portuguesa. El viaje desde el norte del reino era mucho menos peligroso. Cuando llegaron a la hacienda, Elina soltó un suspiro de placer. Rodrigo la ayudó a bajar del carruaje, y, como siempre

le ocurría cada vez que la tocaba, una descarga le recorrió por el brazo y le llegó directamente al corazón. No quería ser brusco con ella, pero tenía que limitar los contactos al mínimo.

Una vez en el interior de la vivienda, Elina giró sobre sí misma observándolo todo.

—Es precioso...

Rodrigo pudo con los ojos de ella su hogar.

—Conserva el espíritu que le dio mi abuelo, pero tuvimos que reformar algunas zonas, por eso incluí en unas de ellas arcos con reminiscencia mudéjar, y en otras me inspiré en la Alhambra.

—¿Por qué necesitaba reconstrucción? —quiso saber la mujer.

—Algunas zonas de la hacienda fueron quemadas y destruidas por soldados de Napoleón durante la guerra —explicó Rodrigo.

Cuando el conde terminó de hablar, el rostro de Elina se ensombreció. Podía percibir su dolor, porque había perdido mucho en la contienda.

—Silencios es un lugar poderoso, pero no inspira el mismo sentimiento de hogar que Guadaiza —le dijo ella sincera.

—Silencios es demasiado grande —respondió el conde mientras la precedía hacia el salón.

—Los Velasco, ¿siempre han vivido aquí en Guadaiza?

Rodrigo hizo un gesto negativo con la cabeza.

—En la villa de Madrid se encuentra el Palacio de Ayllón que pertenece a mi familia.

—¿Y no le gusta vivir en Madrid?

—Me gusta vivir tan alejado de la corte como me sea posible —respondió el conde —a Elina le parecía cuanto menos intrigante que un noble dijera algo así—. Y desde que mi madre vive en Inglaterra, no suelo instalarme en Madrid salvo en ocasiones —concluyó Rodrigo.

A Elina le interesaba todo sobre él. Le parecía un hombre de lo más intrigante. Viéndole dar instrucciones al mayordomo, pudo observarlo detenidamente. Lo percibía como un hombre responsable de sus actos y palabras. Parecía que vivía cargando el peso de los Velasco, de sus victorias y fracasos, de los errores, de los pecados, de las decisiones.

—Partiremos en un par de días a Inglaterra —le dijo girándose hacia ella.

—¿En barco?

—No todo el viaje —le aclaró—. Iremos en carruaje hacia la villa de Madrid donde haremos un alto, después continuaremos hacia la ciudad de Santander, desde allí cogeremos el barco que nos llevará hasta Inglaterra.

A Elina le parecía todo muy emocionante porque jamás habría imaginado que podría pasar tantos días junto al capitán. Estar a su lado se había convertido en lo más importante de su existencia. Quería conocerlo en todos los sentidos, pero tenía que derribar las barreras con las que el noble se protegía.

Rodrigo se despidió de ella, y la instó a seguir al mayordomo que la llevaría a la estancia de

invitados. Ella no protestó porque estaba deseosa de recorrer la propiedad. El lugar le mostraría detalles importantes sobre la personalidad del hombre que era su destino.

Rodrigo de Velasco y Duero no lo sabía todavía, pero se iba a enamorar profundamente de ella.

CAPÍTULO 11

Elina se despertó un poco desorientada. En la noche anterior el capitán no cenó con ella porque le había surgido un asunto importante con el capataz. La cocinera le dijo que era habitual en él comer con los jornaleros si el trabajo se complicaba, y aunque Elina no había conocido a muchos nobles, intuía que ese era un rasgo que diferenciaba a Rodrigo del resto. Ahora, desayunando sola en el hermoso comedor de Guadaiza, seguía pensando en la forma de alcanzar su corazón. Sabía que no le era indiferente, que se sentía atraído por ella, pero los años de soledad que se había autoimpuesto él, se erigían como un muro inexpugnable. La propiedad se encontraba en un entorno muy bonito, y se notaba que la casa estaba llena de amor.

Elina suspiro suavemente.

Amor era lo que le había faltado a ella toda su vida. Sin embargo, a pesar de las dificultades vividas, Elina no era una mujer rencorosa ni amargada, quizás porque sabía que su destino no estaba en las islas en las que había vivido, sino al lado del hombre que la había cautivado completamente.

Un carraspeo en la puerta del comedor sacó a Elina de sus pensamientos. Cuando giró el rostro hacia allí, el mayordomo precedía a un hombre que le desencajó las ideas. Sin saber quién era él, supo que era pariente del duque de Alcázar porque era casi un calco de él.

—Tomaré un café mientras espero al conde —dijo el visitante.

Elina lo siguió con los ojos mientras tomaba asiento frente a ella. No se presentó, pero no hacía falta.

—Soy Elina —le dijo con una sonrisa.

—Y yo soy Martín.

No se dijeron los apellidos porque ninguno de los dos necesitaba conocerlos. El hombre clavó sus ojos oscuros en los claros de ella, y le sonrió, entonces pareció como si el comedor se hubiera llenado de luz.

—He conocido a tu hermano —dijo ella después de unos momentos.

El tuteo parecía natural entre ambos.

—¿Y por qué supones que es mi hermano? —le preguntó con humor.

—Por el parecido, por la cercanía de edad, y porque puedo intuir cosas que el resto de los mortales no puede —Elina no lo dijo con presunción.

Martín no pudo contestarle porque el mayordomo traía una jarra con café caliente. Le puso una taza, y se la sirvió. Cuando se quedaron de nuevo a solas, el silencio se interpuso entre los dos que se examinaban mutuamente.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó un tiempo después—. Tienes un acento muy bonito.

Elina sonrió ampliamente, y Martín quedó deslumbrado. No era una jovencita, pero era una mujer realmente hermosa. De figura agraciada y un cabello espectacular, pero sus ojos eran dos

gemas talladas que lo traspasaban todo, incluso el alma.

—Soy de Irlanda —contestó tras un par de minutos.

—En Irlanda no se habla esta lengua —respondió él.

Elina amplió la sonrisa todavía más.

—Eres un hombre muy perspicaz —contestó serena.

Martín tomó un sorbo de su café, y ella lo contempló atenta. No percibía su reflejo como el resto, y se preguntó el motivo.

—Me gustaría conocer tu historia mientras esperamos a Rodrigo.

—Mi historia no es tan interesante como la tuya —contraatacó la mujer sin dejar de mirarlo.

Pero el escrutinio de Elina no lo puso nervioso, todo lo contrario, despertó el interés de Martín.

—¿Me estás analizando? —le preguntó unos segundos después cuando la vio entrecerrar los ojos.

—No percibo tu reflejo —contestó franca—. No me ha pasado nunca.

Martín se terminó su café.

—Yo sí percibo el tuyo.

Fue escucharlo y Elina abrió los ojos como platos.

—¿Eres romaní? —preguntó esperanzada.

Martín ladeó la cabeza en un gesto de indiferencia.

—Algo de esa sangre corre por mis venas —lo escuchó confesar—. Mi madre es gitana.

Todo un mundo de posibilidades se abrió ante ella.

—Pero tu hermano no. ¿Qué se me escapa? —preguntó a su vez.

Pero Martín ya no le contestó porque el conde hizo su entrada en el comedor precedido por el mayordomo.

—Veo que ya os habéis presentado —dijo Rodrigo al mismo tiempo que tomaba asiento.

—Algunas personas no necesitan presentación —contestó Martín refiriéndose a ella.

Los dos hombres se enfrascaron en una conversación trivial que la excluía a ella, pero a Elina no le importó porque así podía seguir observando al invitado tan excepcional que había llegado a Guadaiza. Tiempo después, los dos se disculparon con ella, y se marcharon a otra estancia de la casa. Tenían asuntos personales que tratar, y Elina se dijo que aprovecharía el momento para recorrer la bonita propiedad.

Martín puso a Rodrigo al tanto de los asuntos de la corona.

—Zarpo en unas semanas hacia Cuba —reveló Martín.

Rodrigo lo miró perplejo.

—¿Qué sucede?

—Estados Unidos desea ampliar su comercio y las inversiones en Cuba, y la corona cree necesario aplicar unas normas comerciales con la intención de desalentar las relaciones comerciales entre Cuba y Estados Unidos.

—¿Qué teme la corona?

Martín se quedó un momento callado.

—La corona cree que la inversión de dinero de Estados Unidos puede dar lugar a la anexión física de la isla.

Rodrigo parpadeó asombrado.

—¿La corona teme una guerra entre ambos?

Martín hizo un gesto afirmativo.

—Washington está promoviendo disturbios contrarios al reino.

El conde se dijo que cuando un frente se abría ante el reino y se controlaba, otro ocupaba su lugar.

—Entiendo que la corona se prepare para lo peor —dedujo el conde pensativo—. Si tuviera unos cuantos años menos, te acompañaría.

—¿Y por qué no lo haces?

Rodrigo medio sonrió.

—Por vario motivos, uno de ellos es que ya le he dado a la corona más servicio del que merece —contestó sarcástico—, y porque mi madre está muy enferma y me necesita.

—Entonces, ¿regresas a Inglaterra? —el conde hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. ¿Y la mujer?

—¿Elina? —preguntó a su vez el conde—. La acompañaré hasta Wolburn Manon pues lord Beresford ha decidido contratar sus servicios.

Rodrigo no le explicó más.

—Es una mujer especial —le dijo Martín.

Aunque se reservó la intención que tenía ella de formar parte de la vida del conde. No hizo falta que se lo dijera Elina con palabras, le había bastado ver cómo lo miraba, y cómo se le iluminaba el alma al hacerlo.

—Tienes que a hablar con tu madre —Rodrigo cambió de conversación porque no quería seguir hablando de Elina, aunque parecía que todos tenían la necesidad de hacerlo.

—Ya conoces mi respuesta —contestó Martín—, y no voy a cambiarla.

—Si los asuntos se complican en Cuba, puede que no regreses al reino.

Martín lo sabía. Trabajaba para la corona, y muchos de esos trabajos que realizaba, conllevaban un peligro extremo.

—Ya lloró mi muerte hace muchos años, es mi deseo que no lo haga una segunda vez —afirmó Martín.

—Si me veo en la necesidad de revelárselo, lo haré —contestó el noble.

Martín apretó los labios. El conde de Ayllón seguía insistiendo para que le confesara a Eulalia que era su hijo, también lo hostigaba para que lo hiciera con el duque de Alcázar, pero Martín había escogido una vida peligrosa, solitaria, y era mucho mejor mantenerse en el anonimato.

Martín y Rodrigo siguieron hablando durante dos horas, y cuando se despidieron, Martín sujetó la mano del conde un tiempo prolongado al mismo tiempo que lo miraba fijamente a los ojos.

—Lleva cuidado con la extranjera —le aconsejó de forma inesperada.

Rodrigo soltó un largo suspiro.

—¿Atentará contra mi vida? —preguntó con humor.

Martín hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Mucho más arriesgado, se adueñará de tu corazón.

Rodrigo estaba cansado de las premoniciones de Eulalia, de Elina, y ahora las de Martín.

—Mi corazón está a buen recaudo —presumió el conde.

Martín le soltó la mano, y le sonrió.

—Ella está convencida de que eres el hombre de su vida, lo pude leer en su mirada.

Rodrigo entrecerró los ojos para ocultar el sobresalto que esa afirmación le provocó.

—¡Maldita sea, Martín! —exclamó enfadado—. Parece que habéis creado un complot a costa de Elina y de mi persona —explotó finalmente.

Martín soltó una carcajada llena de humor.

—Que conste que te lo he advertido.

—No tengo edad para estas tonterías —farfulló el conde dando la conversación por terminada.

Pero el viaje hacia Inglaterra no había preparado a Rodrigo para el despliegue de encanto que Elina tejió sobre él. Mantuvieron conversaciones trascendentales sobre el futuro, sobre la familia, los amigos. Sin darse cuenta, Rodrigo terminó revelándole partes muy íntimas sobre su vida, sus errores, y conectó espiritualmente con ella de una forma que no había logrado con nadie. Elina lo escuchaba, le sonreía, y el corazón de Rodrigo se fue derritiendo poco a poco como mantequilla al fuego. Luego le tocó el turno a ella, y desgranó sus desgracias, le contó sus ambiciones sobre lograr una familia de verdad. Ninguno de los dos se daba cuenta, pero el resto de pasajeros en el barco los miraban admirados creyendo que eran dos personas que se amaban y se respetaban el uno al otro.

Cada vez que cruzaban miradas, la vida se estremecía.

Rodrigo comenzaba a sentir una atracción muy real hacia ella, y los deseos de besarla lo acuciaban por dentro porque aumentaban con cada día que pasaba. Controlarse no le había

costado tanto en toda su vida. Sin embargo, y pese a las alarmas que se desataban dentro de él, Rodrigo disfrutó de la compañía de ella durante todo el viaje.

CAPÍTULO 12

REDTOWER, INGLATERRA

Lady Penword, duquesa de Arun, miró el rostro macilento de su abuela María, y su preocupación aumentó exponencialmente. La pulmonía no remitía, y en cada inspiración, parecía que se le iba un soplo de vida. Su aya Eulalia tenía el rostro compungido, quizás porque intuía lo que venía a continuación. El doctor terminó de examinarla, se giró hacia ella, e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Hay que prepararse —le dijo con voz muy seria.

Aurora estalló en llanto. El duque de Arun abrazó a su esposa por los hombros para consolarla. La duquesa estaba arropada por sus hijos mayores, incluso esperaba, de un momento a otro, la visita de su hija Mary y de su esposo Ian a Crimson Hill, y por eso había decidido trasladar a su abuela a la casa familiar, pero el médico lo había desaconsejado. Ella no quería que muriera en Redtower sola porque Rodrigo no estaba en Inglaterra.

—He vuelto a enviarle otro mensaje a mi tío —dijo la duquesa con voz angustiada—. Pero no sé si llegará a tiempo.

—Al menos sabemos que el Santa Rosa llegó a Sevilla.

—Pero Rodrigo no llegará a tiempo —contestó Aurora en un tono de angustia que no pudo ocultar.

Justin se sentía impotente. La edad avanzada de María agravaba la enfermedad que padecía.

—Tienes que llevarte a los niños a Crimson Hill —le dijo Aurora a su esposo.

El duque miró a su prole, y alzó las cejas. Salvo la pequeña Beatrice, todos sus hijos deseaban quedarse en Redtower junto a la madre.

—No vamos a dejarte sola —afirmó Justin.

Aurora estalló de nuevo en llanto. María no había vuelto al reino de España porque la corona no se lo había permitido. Había sido desterrada por traición. La condesa viuda había conspirado contra la corona, y se había librado de la ejecución gracias a su hijo que había rendido durante décadas fiel servicio al reino.

Justin, al ver la mirada decidida de su esposa, finalmente capituló, pero fue Eulalia la que intervino.

—Vamos, mis excelencias, dejemos descansar a la abuela —las palabras de Eulalia le provocaron a ella un sentimiento extraño—. He preparado empanadillas de boniato.

Devlin, Michael, y Victor, se apresuraron a salir de las estancias privadas de la condesa viuda. Roderick, el primogénito, y Andrew, se resistían a marcharse.

La hija de Andrew Beresford y esposa de Roderick se posicionó a su lado para ofrecerle consuelo.

—Marchad vosotros también —les ordenó Aurora—. Yo me quedaré con ella hasta que

Eulalia me reemplace.

Blanca miró a su suegra, y el corazón se le encogió. Veía tanta pena en su rostro que no sabía cómo ofrecerle consuelo, sobre todo porque su madre Rosa también estaba muy enferma, y por eso conocía el sentimiento de desamparo que la embargaba. Ella estaba deseando que su padre llegara pronto pues lo necesitaban.

—Vamos, Blanca, obedezcamos a mi madre —la apremió Roderick.

Justin se resistía a marcharse, pero tenía que hacerlo porque en Crimson Hill estaba la pequeña Beatrice esperándolos.

—Vamos, Andrew, probemos esas ricas empanadillas que ha horneado Eulalia.

De repente, Aurora se quedó a solas con su abuela, y entonces pudo dar rienda a la angustia que sentía. María nunca había llevado muy bien el frío y la humedad de Inglaterra. Acostumbrada a los días soleados y calurosos del sur de España, el frío inglés la había medrado en salud. En un viaje a Escocia para visitar a su bisnieta Mary, sufrió los rigores del mal tiempo escocés, y su precaria salud se resintió todavía más. Un simple resfriado se complicó tiempo después en una pulmonía. Y Aurora recordaba perfectamente que una neumonía se había llevado a su querido suegro. La duquesa se acercó al lecho y se sentó en el borde, tomó entre sus manos la de su abuela, y se la llevó al pecho donde sentía un nudo que le impedía respirar. La mano de María estaba muy caliente, y como su respiración era entrecortada, el doctor había decidido suministrarle un poco de láudano para mantenerla en quietud.

Aurora pensó en el tiempo que había pasado en Inglaterra. La familia que había encontrado, también lo que había perdido. Aunque Justin y ella hacían un par de viajes al reino de España, ella extrañaba mucho el sol de Andalucía, su clima cálido y seco. Era muy feliz en Crimson Hill pues tenía una familia maravillosa, un esposo que la adoraba, y una vida plena y satisfactoria, pero lamentaba profundamente que su abuela no hubiera podido volver a su reino, porque de haber regresado, no habría enfermado.

Cerró los ojos, y lanzó una plegaria por ella.

Blanca estaba muy seria, y, aunque era habitual en ella mantenerse en ese estado de concentración, Roderick la miraba preocupado. Que Rosa y María estuvieran enfermas de la misma dolencia, lo consideraba él un mal presagio.

—¿Deseas que hablemos? —la animó.

El padre de Roderick se había marchado con el resto de sus hermanos hacia las cocinas de Redtower, y por eso podían disfrutar de un poco de intimidad.

Blanca hizo un gesto negativo.

—Todo mejorará, ya lo verás —trató de animarla.

Blanca se paseaba de un lado a otro de la estancia.

—No podré quedarme en Redtower mucho más tiempo —dijo después de un momento largo.

Roderick la entendía. El estado de María era muy precario, pero su esposa tenía a su madre

también enferma, y su deber era estar con ella.

—Aquí tampoco podemos hacer nada —murmuró el marido en voz baja.

Blanca se giró hacia él, y clavó sus bonitos ojos celestes en su esposo.

—Tu madre cree que María no pasará de esta noche.

Sí, Roderick también había escuchado la conclusión de su madre.

—Es ley de vida, Blanca —respondió él resignado.

Blanca se giró entonces hacía la ventana, y se quedó mirando el exterior.

—No puedo perderla, Roderick.

La frase la había dicho con una profunda angustia. El esposo aprovechó ese momento para acercarse a ella y estrecharla junto a su pecho. No había nada en el mundo que le gustara más que mantener a su esposa entre sus brazos.

—Dios no lo permitirá pues Rosa es valiente y luchadora.

El esposo la escuchó gemir y contener las lágrimas.

—Eres un gran consuelo para mí —le dijo con amor.

—Pero necesitas a tu padre —terminó por ella.

Roderick era muy comprensivo. Se amaban con locura, pero había momentos en la vida de una mujer en los que la presencia de un padre era imprescindible.

—Estoy seguro de que llegará muy pronto —le dijo él.

Blanca sentía deseos de llorar, pero contuvo las lágrimas. Era muy buena controlando sus emociones. De repente, un enorme revuelo se desató en Redtower. Los hermanos menores de Roderick corrían por el amplio vestíbulo hacia el exterior de la torre. Los dos escucharon un carruaje que se detenía.

—¡Mi padre! —exclamó Blanca emocionada.

—Es posible —contestó el esposo.

Los dos se encontraron haciendo lo mismo que los hermanos menores de Roderick: correr hacia el vestíbulo. Pero el deseo de Blanca no se cumplió porque el hombre que bajaba en ese momento del carruaje era el conde Ayllón, y le tendía la mano a una mujer muy guapa.

—¡Tío! ¡Tío! —exclamaron varios Penword.

El conde se encontró sonriendo y abrazando a sus sobrinos. La mujer se quedó parada observando el momento emotivo.

—¡Diantres, cómo me alegro de verte! —exclamó el duque de Arun que caminó directamente hacia él.

Ambos nobles se estrecharon en un abrazo.

—¿Cómo está mi madre? —preguntó el conde.

Justin hizo un gesto negativo, y entonces reparó en la mujer.

—Os presento a Elina —dijo el recién llegado de forma escueta, y en ese momento los ojos del conde repararon en Blanca que tenía el rostro visiblemente angustiado—. Traigo una carta de tu padre para ti, y otra para tu madre —le anunció al mismo tiempo que se sacaba los sobres doblados del bolsillo interior de la levita.

La muchacha lo miró con alivio, y tomó las cartas con ansia. Uno a uno fueron entrando a la torre, los últimos en hacerlo fueron el duque y el conde. Delante de ellos caminaba Elina que lo miraba todo con atención.

—¿Dónde se encuentra mi sobrina? —preguntó Rodrigo.

Pero Justin no pudo responder porque en ese momento Eulalia hizo su aparición. No miraba a nadie salvo a la mujer extranjera que tenía la mirada puesta en un cuadro del enorme vestíbulo. Rodrigo se quedó parado al ver caminar a la gitana hacia Elina como si no repararía en nadie más, y entonces, Elina giró el rostro y la vio. ¿Se le habían iluminado los ojos? Se preguntó Rodrigo. Seguramente lo había imaginado.

—¿Qué sucede? —preguntó Justin que no entendía la miradas de ambas mujeres—. ¿Se conocen? —preguntó perplejo.

Rodrigo negó con la cabeza. Eulalia había llegado hasta donde estaba Elina quieta, e hizo algo completamente inesperado, alzó la mano derecha y le acarició el rostro con el dorso de los dedos. Después soltó un suspiro largo.

—¿Tu, entiendes algo? —insistió el duque.

—Soy Elina O'Brien —se presentó la mujer en español pero con un acento encantador.

—Y yo soy Eulalia Montoya —correspondió la otra.

—Si se han presentado, ¿por qué se miran como si se conocieran de toda la vida? —le preguntó Blanca a su esposo.

A la duquesa de Arun le habían informado de la llegada del conde, y bajó las escaleras a toda velocidad. Cuando llegó al vestíbulo se lanzó a los brazos de su tío. No miró a nadie más. Tras el abrazo, lo arrastró consigo para llevarlo con María, entonces, Justin decidió que había llegado la hora de marcharse a Crimson Hill con su prole. Ahora que el conde estaba de regreso en Redtower para retomar el control de la situación, él podía batirse en retirada. Si finalmente ocurría lo inevitable, regresarían a Redtower. Blanca y Roderick decidieron marcharse también a Wolburn Manon con Rosa.

Eulalia le pidió a la extranjera que la acompañara, y juntas caminaron hacia la biblioteca. La gitana quería saciar su curiosidad sobre ella. Le pidió al mayordomo que les trajera un refrigerio, y la invitó a tomar asiento frente a ella.

—Sé reconocer a una igual —dijo de pronto Eulalia—, pero tú no eres como yo.

La extranjera sonrió.

—¿Y cómo soy? —le preguntó cándida.

El mayordomo ya traía una bandeja con limonada de vino y unas empanadillas que ella misma había cocinado. Eulalia le dio las gracias, y el hombre se fue tan silencioso como había llegado.

—Cuéntame tu historia —le pidió Eulalia, y Elina la complació.

Rodrigo miraba a su madre, y el mundo se le cayó encima. Veía en su rostro la sombra de la muerte, y sintió una pena infinita. Su sobrina Aurora le explicó las conclusiones del médico, también sus recomendaciones.

—Le ha administrado un poco de láudano para relajarla.

Por ese motivo estaba tan quieta se dijo Rodrigo.

—Me alegro de haber llegado a tiempo —confesó un segundo después.

—No soportaré que se vaya —confirmó la duquesa.

Rodrigo dejó la mano de su madre de nuevo en el lecho, y se giró hacia su sobrina.

—A todos nos llega el momento de irnos.

Aurora rompió a llorar.

—Es culpa de la corona —masculló dolida—. Si no la hubieran desterrado en este frío lugar, seguiría con salud en nuestra hacienda de Guadaiza.

Rodrigo no pensaba igual. Era cierto que el clima era más benigno en Andalucía, pero María ya tenía una edad avanzada.

—Ha tenido una vida plena, también satisfactoria —siguió diciendo el hijo—, y dejará un importante legado.

Aurora lo miró desabrida. Nadie estaba preparado para la muerte de un ser querido sin importar la edad.

—¿Cómo está Rosa? —le preguntó el conde a su sobrina.

Aurora tragó con fuerza mientras trataba de controlarse.

—Se le ha complicado la neumonía, como a María —contestó triste.

Rodrigo lamentaba de veras esa noticia. Andrew seguía en Sevilla ignorando el estado de salud de su esposa.

—Enviaré un mensaje urgente a lord Beresford para que regrese cuanto antes. Su familia lo necesita aquí —reveló el conde.

—¿Y por qué motivo no ha regresado contigo? —le preguntó la sobrina.

—Después te contaré, ahora tengo que hablar con Eulalia, y pedir que lleven a nuestra invitada a Wolburn Manon. Quizás pueda marcharse con Roderick y Blanca.

—¿Qué invitada? —preguntó Aurora.

Había estado tan pendiente de la llegada de su tío, que no había reparado en nadie más.

—Es una larga historia —aceptó decirle.

Aurora entrecerró los ojos. Su tío le había dado ya dos evasivas.

—Verdaderamente no me importaría escuchar una historia diferente.

—Ven, te la presentaré.

CAPÍTULO 13

Eulalia no podía creer la historia tan intensa que acababa de desgranarle Elina. Eran años de padecimiento, de necesidad, y su corazón se ablando de simpatía y ternura hacia ella.

—Todavía no me explico cómo has logrado sobrevivir a ese infierno.

Elina bajó los párpado algo turbada. Había tenido que aprender a defenderse por sí misma, a plantarle cara a la adversidad, pero ello la había convertido en la mujer que era en la actualidad.

—La parte más difícil fue cuando me compraron unos cultivadores de algodón —le relató en voz baja—. Sufrí años de palizas hacinada en una sucia y estrecha habitación que compartía con otras tres mujeres. Subsistí con raciones mínimas de papas y maíz. Fui contantemente insultada, humillada, y cada día nos amenazaban con una ejecución sumaria que lograba aterrorizarnos —continuó—. Esa fue la etapa más dura de mi esclavitud.

—¿Cuándo descubriste tu singularidad?

Elina pasó a relatarle que volvieron a comprarla y que terminó en una isla donde hablaban portugués, y que allí fue donde conoció a una santera que le abrió los ojos sobre su particular habilidad, y que le mostró un mundo completamente nuevo.

—Eras muy pequeña cuando te raptaron, ¿cómo puedes recordar tanto sobre tu familia? ¿Tus orígenes? —le preguntó la gitana.

—Logré salvar el diario de mi madre —confesó con orgullo—. No pude salvarla a ella, pero llevé conmigo su diario.

Eulalia estaba maravillada.

—¿Me permitirías leerlo?

A Elina le extrañó la pregunta, pero Eulalia quería conocer a qué familia o clan pertenecía, y leyendo el diario de su madre podría averiguarlo. La gitana hizo un gesto de frustración que le recordó a Elina otra persona.

Se fijó en sus ojos grandes y almendrados, en sus gruesos labios rojos, y en el color tostado de su piel. De repente, sintió una sacudida, ahogó una exclamación, y se llevó la mano a la boca. ¡El parecido era innegable!

—He conocido a tu hijo en Guadaiza —le reveló después de unos minutos en silencio—. Es un hombre muy apuesto, y bastante intimidante.

Eulalia sufrió un sobresalto al escucharla. En el momento que la había visto en el vestíbulo de Redtower, había percibido su singularidad. Su resplandor era muy fuerte, y por eso no se tomó a broma sus palabras. Aún así hizo acopio de cautela mientras se le aceleraban los latidos en el corazón.

—No tengo hijos —le reveló.

Los ojos de Elina se empequeñecieron, y su rostro mostró la confusión que esa afirmación le provocaba. Eulalia era una experta en leer emociones en el rostro, y supo que la mujer no le había

dicho una falacia porque veía en su cara la verdad.

¡Toda ella era sinceridad!

—¿Por qué piensas que la persona que has visto en Guadaiza es mi hijo? —hizo la pregunta muy despacio cuando toda ella sentía deseos de gritar a todo pulmón.

No era posible. Ella había perdido a su bebé antes de alumbrarlo. ¿Por qué motivo Elina creía lo contrario?

—Porque tiene tus ojos —le reveló convencida de lo que decía—, y porque...

—¡Elina, no! —gritó el conde desde la puerta.

Rodrigo y Aurora habían llegado en el mismo momento que la invitada mencionaba lo imposible.

El rostro de Eulalia se puso blanco como la cera. Tras asimilar la respuesta de Elina, miró al conde, después miró a la invitada con los ojos llenos de confusión y el alma en suspenso.

—¡Por Dios! ¿Qué ocurre? —exclamó y preguntó la duquesa al ver el rostro descompuesto de Eulalia, y la tensión en el cuerpo de su tío.

—¡Lo desconocías! —susurró Elina llena de incredulidad—. ¡Oh, Dios mío, lo lamento!

Eulalia tragó con fuerza, y poco a poco fue recuperando el ritmo de la respiración. Los ojos se le habían empañado por las lágrimas, y el corazón se le llenó de ira. Se levantó de golpe y se encaró con el conde.

—¡Desmíentela! —le urgió enfadada.

Aurora estaba perpleja por la conversación que tenía lugar delante de ella, sobre todo porque no entendía nada.

—¡Que la desmientas! —gritó la gitana más fuerte.

Rodrigo soltó un suspiro largo. Ya no tenía sentido negar la verdad.

—No puedo —admitió al fin.

Tras unos segundos de absoluto caos emocional, Eulalia cayó al suelo desmayada por la impresión recibida.

Rodrigo sentía que había perdido el control sobre todo. Él, tenía que haber advertido a Elina sobre Martín, sobre todo cuando éste llegó a Guadaiza para informarle de su próximo viaje a Cuba, pero lo había creído innecesario. Ahora todo se había complicado, aunque en el fondo se alegraba porque ya estaba cansado de guardar secretos. El desmayo de Eulalia le había brindado la oportunidad de ordenar sus pensamientos, y de elaborar una buena explicación para darle, aunque él desconocía quién había separado al hijo de la madre, sobre todo, los motivos.

Su sobrina Aurora entró a la biblioteca con el rostro todavía demudado por los últimos acontecimientos.

—No desea verte —le soltó de golpe—. Y me ha ordenado que te diga que te vayas al infierno

—Rodrigo se dijo que era lo mínimo que se merecía.

Le había pedido a su sobrina, que cuando Eulalia despertara, le comunicara su intención de hablar con ella, pero la gitana se había negado rotundamente. Primero tenía que asimilar la asombrosa noticia, digerirla, y después pediría las oportunas explicaciones.

—¿Te puedes creer que me ha echado de su lado con cajas destempladas? —en la voz de la duquesa había más incredulidad que enojo.

—Debe de estar haciéndose un montón de preguntas —murmuró el conde con un hilo de voz, pero la sobrina lo había escuchado.

—Yo te habría roto un jarrón en la cabeza antes de desmayarme —lo censuró la sobrina sin dejar de mirarlo.

Rodrigo tenía los hombros hundidos, y el semblante demacrado.

—La verdad es que estoy cansado de tantos secretos.

La duquesa hizo algo característico en ella, resopló de forma muy poco elegante.

—Eso no era un secreto, era una infamia —replicó seca.

Como madre, Aurora no podía comprender el motivo para que alguien le ocultara a Eulalia que su hijo vivía. Le parecía cuanto menos monstruoso.

—¿Y quién es esa extraña mujer que ha logrado destapar la caja de Pandora? —preguntó molesta porque esa desconocida sabía más sobre Eulalia que ella misma.

—Una polizón que se coló en el Santa Rosa, y que ha llegado a nuestras vidas para ponerlas del revés —contestó sin mirarla.

Aurora miró a su tío porque acababa de soltar un verdadero jeroglífico.

—Pues no me ha dado la impresión de que sea una polizón vestida de sedas y con aires de marquesa, sobre todo porque te come con la mirada.

Rodrigo giró el rostro y clavó la mirada en su sobrina. Los años vividos como duquesa no le habían refinado las aristas rebeldes de su carácter, ni había suavizado la mordacidad de su lengua.

—Sigues igual de insolente que cuando tenías dieciocho años.

Aurora hizo como si no lo hubiera escuchado.

—¿Puedes creerte que Eulalia no quiere estar con nadie salvo con ella?

—Elina posee su misma sensibilidad —respondió el conde—, y ahora es la única cara amiga que siente que tiene, sobre todo después de mostrarle la verdad.

Aurora bufó contrariada. El conde la miró con una advertencia.

—Menos mal que no está Su Excelencia para ver tus continuas groserías sonoras.

—Como si no las disfrutara a diario —replicó molesta.

El conde hizo un gesto con la cabeza para que se contuviera. Pasarían mil años, pero su sobrina seguiría tan lenguaraz como siempre... como Eulalia, la mujer que la había criado como si

fuera su propia hija.

—¿Por qué motivo la abuela nunca mencionó nada al respecto?

Eso mismo se preguntaba el conde. Su madre María debía de conocer que el hijo de Eulalia seguía vivo, y había mantenido silencio. ¿Qué se escondía tras esa acción censurable?

—Cuando se recupere —dijo Rodrigo—, le preguntaré al respecto.

El corazón de Aurora se aligeró la escuchar que su abuela podría mejorar.

—Eulalia, una vez me dijo, pero hace ya muchos años, que yo era como la hija que había perdido —mencionó Aurora pensativa—, por eso siempre creí que lo que había concebido Eulalia era una niña y no un varón.

—Según me contó mi hermana Inés, la paliza le provocó el parto.

Aurora se quedó pensativa.

—Entonces, ¿la tumba que hay en el cementerio familiar está vacía?

Rodrigo no tenía esa respuesta porque él se encontraba luchando en la guerra contra Napoleón por aquel entonces. Cuando acabó la contienda y pudo regresar a su hogar, Eulalia ya se encontraba allí llorando la pérdida de su bebé y arropada por Inés.

—Has de admitir que todo este asunto se presenta turbio —concluyó la duquesa que se giró hacia la ventana sin saber muy bien qué posición tomar al respecto.

Rodrigo seguía en la misma posición.

—Si yo hubiera estado en Guadaiza cuando mi hermana encontró a Eulalia, todo habría sido muy diferente.

Aurora seguía pensativa.

—¿Por qué motivo la abuela mantendría silencio por tanto tiempo?

Rodrigo se hacía la misma pregunta.

—Pues aquí estamos los dos —dijo de pronto Rodrigo—, esperando unas respuestas, y la única persona que puede responderlas, está debatiéndose entre la vida y la muerte.

—Quizás no sepamos nunca qué sucedió realmente —susurró Aurora sin dejar de mirar a través de la ventana de la biblioteca.

—Yo estoy cansado de secretos —reiteró Rodrigo con voz cansada.

Esas palabra captaron la atención de la sobrina que se giró hacia él con los ojos entrecerrados.

—¿De qué secretos hablas? —preguntó curiosa.

Rodrigo hizo una mueca con los labios que se asemejaba a una sonrisa, pero que en realidad no lo era.

—Como si te los fuera a contar a ti...

Esa respuesta por parte de su tío la molestó.

—¿Estás acusándome de ser cotilla? —le preguntó en un tono elevado—. ¿De no saber guardar un secreto? —Rodrigo quería darse un baño y tomarse un descanso antes de enfrentar a Eulalia.

—Puedes presumir de muchos defectos como liante, cizañera, entrometida, pero no el de chismosa.

—¡Vaya! Te lo agradezco —respondió la mujer sarcástica.

Y entonces Aurora reparó en el semblante cansado de su tío, en su postura de derrota, y se compadeció de él.

—Necesitas descansar —sus palabras eran una constatación de realidad.

—La verdad es que estoy agotado.

Aurora se dijo que su tío acababa de regresar de un viaje muy largo, y había tenido que enfrentar la enfermedad de su madre, y la revelación de un secreto de tal magnitud que podían temblar los muros de Redtower.

—Date un baño, y toma un descanso, te haré llamar si Eulalia cambia de opinión y decide conversar contigo.

Rodrigo no le ofreció una respuesta. Giró sobre sus propios pies en dirección a la puerta, y con grandes zancadas se dirigió hacia allí. Aurora siguió plantada en la biblioteca con la mente bullendo de especulaciones, pero hasta que Eulalia no dijera nada al respecto, a ella sólo le quedaba esperar.

Una vez que estuvo bañado y vestido con ropas limpias, Rodrigo se dedicó a la meditación, a analizar minuciosamente los últimos acontecimientos, pues siempre le ayudaban a tomar las mejores decisiones. Pensó en Martín, y en su negativa a conocer a su madre. Pensó en Eulalia, y lamentó de veras el silencio sobre algo tan importante en su vida como la vida de su propia carne. Pensó en su hija Rosa, en el secreto de su concepción, y que lo implicaba tan íntimamente y lo mantenía atado de pies y manos. Rodrigo había decidido romper el compromiso entre su madre y él porque no la amaba, porque se había enamorado de otra, y porque Ana Blanca se merecía un hombre que la amara de verdad.

Pensó en su madre María, y en las decisiones que había tomado de forma arbitraria, porque sus acciones lo habían perjudicado seriamente al tener que tomar partido para salvar su vida. María estaba viva porque él había accedido a los requerimientos de la corona. Durante años, las sospechas sobre él lo habían mantenido entre la espada y la pared, apenas podía moverse sin que lo vigilaran, pero todo eso había quedado atrás. Ahora que estaba en Redtower pendiente de la evolución de su madre, y a punto de enfrentar la crisis desatada con Eulalia, el viaje para buscar a Blanca se le antojaba muy lejano.

Pensativo vertió un poco de brandy en una copa, caminó hasta el diván y tomó asiento. Con ademanes muy lentos, se llevó el fino cristal a los labios para beber un poco. Necesita templar el cuerpo porque seguía desangelado desde que Elina reveló lo que nunca debería de haberse confesado. Pensó en ella, y el estómago se le encogió. No le era indiferente, era una mujer muy hermosa tanto de apariencia como de corazón, con una personalidad arrolladora, y de la que

tendría que mantenerse alejado.

Con ese último pensamiento, cerró los ojos, y se recostó hacia atrás.

CAPÍTULO 14

Eulalia seguía acostada en su lecho con los ojos cerrados. No tenía ni fuerzas para reincorporarse. Aunque les había dejado muy claro a todos que no quería que la molestaran, dudaba de que la obedecieran. Necesitaba masticar y digerir la sorprendente noticia... no, la infame noticia.

Sentía un profundo dolor que la doblegaba. Le habían mentido, y se preguntó el motivo. Pensó en Inés, la dulce Inés a la que había querido y tratado como a una hermana. Con ella había llorado, sufrido, lamentado, y ella, ella había sido ese apoyo físico y emocional que tanto necesitaba. Eulalia pensó en María: la recta, severa, e intransigente viuda de Ayllón. Ahora, rememorando el pasado, sabía quién estaba detrás del descalabro de su vida. Sólo ella podía actuar a voluntad, disponer sobre los demás: decidir sobre una gitana apaleada hasta la muerte y abandonada a su suerte.

Eulalia tenía que enfrentarla. Pedirle cuentas, sobre todo estando su muerte tan cercana. María no podía irse de esta vida sin exponer las razones para su comportamiento. Sin explicarle el motivo que tuvo para apartar a una madre de su hijo.

Con ese propósito en mente. Eulalia hizo acopio de valor y se reincorporó del lecho. Le temblaban las piernas, le dolía el corazón, pero si María dejaba este mundo en las próximas horas, al menos la obligaría a dar la cara y ofrecer sus razones.

Todo en Redtower estaba en silencio. Desconocía dónde se encontraba Aurora, el conde, y la invitada inesperada. Eulalia abrió con cuidado la puerta de su alcoba, y se dirigió con paso seguro hacia los aposentos de la viuda. Afortunadamente, la duquesa no se encontraba con ella. Caminó despacio hasta situarse en el lado derecho de la cama. La anciana respiraba con dificultad, y tenía el rostro macilento. Ella había tratado de ayudarla con diversas tisanas pero que no habían resultado efectivas. María de Velasco tenía muy dañados los pulmones, y su muerte estaba muy próxima.

Eulalia se acertó un poco más hasta que sus muslos dieron con el colchón, y María abrió los ojos.

—Estas aquí... —pudo decir con voz temblorosa.

La luz en la estancia era cálida. En la chimenea ardían los troncos de leña y la mantenían caliente, por eso María pudo ver el brillo peligroso en los ojos oscuros de la gitana.

—Lo sé —dijo Eulalia de pronto.

No hacían falta más palabras. Todo el cuerpo de la mujer que estaba de pie, hablaba sobre felonías, traición, despecho. Y el rostro de la enferma revelaba todo lo contrario: resignación, sufrimiento, y profundos remordimientos.

—¿Cómo...? —no pudo continuar pues parecía que le pesaban las palabras—. ¿¡Cómo pudiste!? —la acusó de pronto.

María medio se reincorporó, y del interior de su pecho brotó un sonido sibilante, pero Eulalia no se compadeció de ella.

—Era lo correcto —declaró María.

—¡Era infame! —respondió dolida.

—Tu gente te quería muerta —reveló María que había logrado reincorporarse un poco.

Si fuera en otro momento, Eulalia le habría colocado un cojín tras la espalda, pero estaba demasiado resentida para hacerlo.

—¿Cuál fue mi pecado, María?

—Entregarte al duque de Lara: un hombre prohibido para ti.

Los ojos de Eulalia se entrecerraron para contener el llanto.

—¡Lo amaba! —confesó veraz—. Y, él, a mí —se vanaglorió.

—Era un amor imposible —le recordó María.

—¿Por qué no pertenezco a la nobleza? —quiso saber.

María de Velasco siempre se había erigido por los principios, sobre todo de clase, pero con Eulalia la había movido otros intereses.

—Porque no eras de su misma clase, y porque tu gente no lo habría permitido.

Esa respuesta descolocó a Eulalia, aunque ya la conocía.

—Ana Blanca de Guzmán y Sainteny no hizo feliz a Alonso Miguel, se casó despechada porque tu hijo la abandonó —le trajo a colación.

María tosió y se quejó por el esfuerzo.

—No la abandonó, deshizo el compromiso —la corrigió.

Las manos de Eulalia se crisparon.

—Al menos uno de los Velasco es íntegro en sus acciones —replicó amargada—, no como la madre.

—Habías deshonrado a tu clan —continuó María—, y Joaquín Moreno vino a pedirme ayuda —los ojos de Eulalia se agrandaron por la sorpresa la escucharla—. Pretendía que mi hijo hablara con el duque de Lara para que intercediera por ti.

—¿Mi primo de Lora del Río?

—El mismo —admitió María—. Uno de sus hombres me traía el correo que yo entregaba a los disidentes de la corona. Por eso se atrevió a contarme lo que sucedía.

—¿Por qué acudió a ti? —quiso saber Eulalia.

—Porque quería usar a tu hijo como moneda de cambio si un día lo apresaban —confesó la noble—. Pero si tu padre te mataba, todo se malograría.

Eulalia ahogó un sollozo.

—Mi padre tuvo la muerte que se mereció —murmuró casi sin voz, y con la mirada brillante por las lágrimas—. Me mantuvo encerrada más de cinco meses —reveló Eulalia—. Pero pude escapar.

Logró escapar, pero por poco tiempo. Días después la encontraron, y su padre le dio tal paliza, que se le adelantó el parto. Eulalia quedó malherida en una zanja, abandonada, y con la vida pendiente de un hilo. Gracias a Inés de Velasco que dio con ella y la auxilió pudo salvar la vida, pero no el hijo que esperaba, o eso había creído siempre.

—Cuando me rescató mi niña Inés —Eulalia siempre se refería a ella de esa forma cariñosa—. ¿Conocías quién era el padre del hijo que esperaba? ¡Dime! —la urgió. María hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. ¡Y aún así me lo arrebataste!

—Hice lo correcto.

—¿Arrancarme a mi hijo de mis entrañas? —gritó como loca.

María respiraba con dificultad.

—Te mantuve oculta y segura bajo el amparo de la casa Velasco, ¿lo has olvidado? —Eulalia rompió a llorar—. Y no voy a arrepentirme por ello.

Y Eulalia vio en los ojos de la mujer nulo arrepentimiento. Ella había pasado una vida llorando a un infante muerto, pero que no lo estaba. Y el despecho burbujeó en su interior hasta eclosionar en el cielo de su boca.

—¡Yo te maldigo! —María se espanto al escucharla—. ¡Maldigo toda tu vida en nombre del dolor que me has causado, te maldigo a ti!

—¡Eulalia! —exclamó María atónita—. ¡Te salve la vida!

—Tendría que estar muerta porque así no sufriría esta infamia.

—No sabes lo que dices —María se refería a la maldición que había lanzado.

Eulalia seguía llorando. Se negaba a secarse las lágrimas que las sentía ácidas descender por sus mejillas. Se dio la vuelta para marcharse porque no podía seguir escuchando felonías, pero antes de alcanzar la puerta, se detuvo, se giró un tercio, y miró a la enferma.

—El hijo que parí, ¿sabe que estoy viva? —le preguntó con un hilo de voz.

María se negaba a contestarle, por eso Eulalia dio media vuelta y regresó al lecho de la enferma.

—¿Lo sabe? —le reclamó con voz aguda.

María se rindió al fin.

—Sí.

Fue escucharla, y Eulalia lanzó un grito que hizo temblar las paredes de la habitación. ¡Su hijo vivía! Y jamás se había puesto en contacto con ella. ¿podía un dolor así de profundo romperle el corazón? Porque lo sentía roto en miles de pedazos.

—Voy a revelarte un secreto —Eulalia se inclinó hacia el oído de María, y le susurró unas palabras que la dejaron petrificada.

—¡No! ¡No! —exclamó la anciana.

Los ojos de Eulalia apuñalaban.

—¡Vas a estar maldita por toda la eternidad! —exclamó con los ojos inyectados en sangre—. Aunque para lograrlo tenga que sacrificarme...

Ya no dijo nada más. La gitana giró sobre sus pasos y abandonó la estancia de la condesa viuda sin mirar atrás. Minutos después llegó Aurora seguida de Rodrigo. Ambos acudían prestos tras escuchar los gritos, pero Eulalia ya no estaba con María.

—¿Qué gritos son esos? —bramó Rodrigo.

—¡Abuela!, ¿qué sucede? —quiso saber la duquesa.

María se ahogaba. La discusión mantenida con la gitana le había quitado las pocas fuerzas que todavía tenía. Se dejó caer hacia atrás, y cerró los ojos, pero antes de hacerlo, clavó la mirada en su hijo.

—Eulalia... ¡busca a Eulalia! —logro decir.

Rodrigo llegó hasta la cama de su madre, y la observó preocupado. Tenía el rostro enrojecido, y los puños apretados.

—Tiene que venir... tiene que deshacerlo —siguió diciendo la mujer.

Para Aurora y Rodrigo estaba claro que María desvariaba. La duquesa le tocó la frente, y percibió que ardía.

—Le ha subido la fiebre —se lamentó Aurora—. Voy a enviar un mensaje al doctor.

María tenía los ojos cerrados, pero murmuraba algo en voz baja. Rodrigo entendió que pedía un crucifijo.

—Ha llegado el momento de llamar al sacerdote —afirmó el hijo al mismo tiempo que obedecía las palabras de su madre.

Abrió el cajón de la mesilla, sacó el crucifijo que guardaba, y se lo puso entre las manos. María lo sujetó con devoción, y, Aurora, al ver el gesto de la anciana, estalló en llanto.

CAPÍTULO 15

Durante las siguientes horas, ni Rodrigo ni Aurora pensaron en Eulalia pues los dos la creían encerrada en sus aposentos. El doctor llegó acompañado del sacerdote, pero parecía que María se resistía a morir. En la habitación de la condesa viuda se percibía la presencia de la muerte, y Rodrigo aceptó que se le diera la extremaunción.

Aurora no había dejado de llorar, y por eso el conde tomó la decisión de avisar al duque de Arun del fatal desenlace. Justo cuando terminó de escribir el último de los mensajes, Elina tocó la puerta de su despacho, y entró sin esperar a ser invitada.

—Eulalia me ha arrancado la promesa de entregarles algo —dijo la mujer de pronto.

Rodrigo tuvo que respirar profundo porque el tono de Elina era de alarma.

—¿Una promesa?

La mujer caminaba hacia él con una carta en la mano.

—Le ha dejado esto...

El conde se resistía a tomar la misiva. Todo en Redtower se había desbocado.

—¿Por qué no me lo entrega ella personalmente? —le preguntó.

Rodrigo creía que Elina conocía la respuesta. Pero un segundo después rasgó el sobre y leyó el contenido. Acto seguido, el conde lanzó una maldición.

—¿Es grave? —preguntó la mujer.

Rodrigo observó sus bonitos ojos azules que brillaban de entendimiento, y supo que la mujer conocía el contenido, o que lo sospechaba.

—Es un mensaje de despedida —respondió el hombre.

Un segundo después caminó con grandes zancadas hacia los aposentos de Eulalia, pero ella no estaba en el interior. Elina lo había seguido en la carrera. El conde llevaba en la mano derecha el mensaje arrugado de Eulalia, y ni se había dado cuenta. Las puertas del ropero estaban abiertas de par en par, y, la ropa que se había quitado, la había colocado sobre los pies de la cama. En el ropero sólo faltaba una única prenda: su vestido de novia. El que nunca había utilizado, el que guardaba con absoluta adoración porque era un recuerdo muy preciado para ella. El hermoso vestido que le había obsequiado el duque de Alcázar para la boda de ambos. Eulalia se había vestido con la prenda, y Rodrigo creyó entender lo que eso significaba.

—¿La has visto salir de Redtower?

Elina negó con la cabeza. Rodrigo llamó al mayordomo con voz atronadora al mismo tiempo que salía de la alcoba de Eulalia. El mayordomo acudió presto.

—Que ensillen mi caballo de inmediato —le ordenó al sirviente.

Aurora, al escuchar los gritos de su tío, salió de la habitación de su abuela hacia el corredor como alma que lleva el diablo.

—¿Qué sucede? —preguntó la sobrina.

Pero Rodrigo no contestó. Le entregó el mensaje arrugado al mismo tiempo que salía en dirección a las cuerdas tan rápido como le permitieron los pies. Aurora leyó la misiva, y se llevó la mano a la boca. La letra desigual era la de Eulalia que había escrito la nota deprisa, y sin meditar su contenido. En ella se despedía de Rodrigo, y lamentaba el silencio de María porque le había provocado un dolor insufrible.

—También ha dejado una carta para usted...

A la voz de Elina, Aurora levantó la mirada de la carta que seguía sosteniendo.

—¿Te las ha dado antes de irse? —le preguntó.

Ante el silencio de Elina, Aunque Aurora imaginó que sí. La mujer se había quedado pensativa.

Cuando Eulalia buscó a Elina en la biblioteca, donde la doncella le había anunciado que se encontraba, se había quedado durante un largo rato mirándola sin decir nada. La irlandesa hojeaba un volumen de la estantería que estaba escrito en holandés, y la gitana se preguntó si entendería su contenido. Cuando la otra se percató al fin de su presencia, Eulalia caminó directamente hacia ella y le entregó tres sobres. Le pidió la promesa de entregarlos sin hacer ningún comentario. Elina había percibido que algo muy grave ocurría, pero antes de poder decir nada, Eulalia le hizo un gesto negativo con la cabeza para que guardara silencio. Le dijo que sabía quién era, y lo importante que iba a ser en la familia Velasco, que velaría por todos con la misma pasión que lo había hecho ella. Después de pronunciar la última frase, Eulalia se dio media vuelta y caminó hacia las estancias superiores de la torre, por ese motivo, Elina no sospechó que pensaba marcharse de la torre.

Escuchó el gemido de angustia de la duquesa, y regresó de golpe de sus pensamientos porque se había quedado ensimismada.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la noble.

Elina hizo lo único que se le ocurrió cuando la vio estallar en llanto: abrazarla. Por la reacción del conde y de la sobrina, imaginó que lo que contenían ambos mensajes era una completa declaración de intenciones. Cuando Aurora se recuperó lo suficiente, se percató de la mujer que le ofrecía consuelo. Era hermosa, y tenía una mirada inteligente.

—¿Sabes el contenido del mensaje que acabo de leer? —le preguntó de pronto.

Elina afirmó con la cabeza.

—Eulalia no me dijo nada al respecto, pero se despidió de mí con la mirada —le reveló.

Aurora pensaba a toda velocidad. Su tío ya había salido en busca de Eulalia, y confiaba que la encontrase pronto.

—Tengo que enviar un mensaje a Scotland Yard —susurró llorando de nuevo—. Hay que alertar al resto de la familia de su repentina marcha.

Su abuela se moría, y su aya, la mujer que quería con toda su alma, le anunciaba en una carta que se iba para siempre. ¿Cómo podía dejarlos en un momento tan necesario?

—¡Pero no lo entiendo! —exclamó la duquesa—. Ahora sabe que su hijo vive, ¿cómo puede pensar siquiera en marcharse para siempre?

Elina podría imaginar el tormento interior que sufriría la mujer por el silencio infame que habían guardado todos.

—Necesita un poco de tónico para que le calme los nervios —le dijo Elina sin dejar de mirar el aristocrático rostro.

Aurora se cubrió la cara con las manos. Tenía que ir a la policía, y dar la voz de alarma en Crimson Hill. Sus hijos mayores podrían ayudar a Rodrigo a buscarla.

—¿Por qué, aya? —preguntó a nadie en particular—. ¿Por qué?

Ninguna de las dos mujeres podían llegar a sospechar, que inmersa de dolor por el descubrimiento, Eulalia había convocado una maldición, y para que se hiciera efectiva y fuese eterna, debía ofrecer un sacrificio: lo que más estimase en la vida. En el caso de la gitana, era ella misma.

—Eulalia busca paz para su tormento —susurró Elina sufriendo una revelación.

Aurora la miró asombrada.

—¿Marchándose para siempre? —preguntó a su vez—. ¿Dejándonos atrás?

Aurora no podía ni imaginar las verdaderas intenciones de Eulalia.

—Su dolor es demasiado intenso pues se siente vilmente traicionada por aquellos que ama —reveló Elina con sabiduría—. Cree no poder enfrentarse a ello.

—Tengo que ir a Crimson Hill —dijo Aurora sin saber realmente qué hacer.

¡Cuánto necesitaba a su esposo!

—No sería prudente que dejara a su abuela sola en sus últimos momentos —le aconsejó la invitada.

Con la impulsividad que la caracterizaba, Aurora maldijo violentamente, y sin preocuparle que la escucharan.

—Pero tengo que dar el aviso.

—Yo iré por usted —se ofreció Elina—. Avisaré a su familia de lo que sucede aquí. Su esposo sabrá cómo actuar.

Aurora respiró aliviada. Ella podría seguir en Redtower sin abandonar a su abuela, Justin se encargaría de todo, como siempre hacía. Sí, Justin la encontraría, la traería de vuelta. De los hombros de Aurora se fue parte del gran peso que la oprimía.

—Le daré instrucciones al cochero —dijo de pronto la duquesa.

—Puedo prepararle una tisana para los nervios —repitió Elina.

Pero Aurora negó. Tenía muchas cosas que hacer, y debía mantener la mente despierta.

—Escribiré una nota para que se la des a mi esposo...

Rodrigo se pasó las siguientes cuatro horas buscando a Eulalia desesperadamente. Primero la buscó en la Catedral de San Miguel Arcángel creyendo que la encontraría rezando, pero no la encontró allí. Imaginó que la hallaría en el balneario de Brighton, pero se equivocó. La buscó en los muelles de Pier, pero su búsqueda resultó inútil aunque siguió insistiendo a pesar del agotamiento del semental que montaba. Llegó hasta el barrio de pescadores en Fishbourne, pero todo fue inútil. Cansado, preocupado, y lleno de ansiedad, decidió regresar a Redtower. Él sólo no podía cubrir tanto territorio, aunque seguiría intentándolo, pero necesitaba ayuda. Mientras azuzaba la montura, Rodrigo pensó en la angustia que sentiría Eulalia tras descubrir la verdad, y el conde lamentó de veras su silencio cómplice. Él, tenía la obligación de revelarles a una madre que su hijo estaba vivo, pero no lo hizo, y, con su omisión, ayudó a perpetuar el sufrimiento de una mujer que había sido muy importante para los Velasco. Pensó en su madre, en todos los secretos que guardaba. Pensó en su sobrina Aurora, en sus hijas, y también pensó en Elina.

Rodrigo quería paz, la necesitaba, pero antes de alcanzarla, tendría que dar a conocer todos y cada uno de los secretos que guardaba. Se sentía agotado de mantenerlos, de alimentarlos con el silencio, pero se dijo que ya no podía más. Los silencios prometidos traían desgracias, los últimos acontecimientos así lo mostraban, pero él necesitaba sacarlos de su interior, exponerlos, y que cada uno expiara sus culpas.

Con el cuerpo tenso como la cuerda de una guitarra, con un terrible dolor de cabeza, y con el agotamiento saliendo por cada poro de su piel, Rodrigo introdujo la montura en las cuabras de Redtower. Dos mozos de cuadra salieron prestos a ocuparse del semental, y él les entregó las riendas sin pronunciar palabra.

Había llegado la hora de dar aviso a la policía, y de informar al resto de la familia. Rodrigo confiaba que su madre siguiera viva para que él pudiera despedirse de ella. Había intentado localizar a Eulalia, pero mucho se temía que si ella no deseaba que la encontrarán, no lo harían.

El conde se sorprendió de ver tanto movimiento en el interior de la torre, y cuando puso un pie en la biblioteca, Justin se giró hacia él con rostro sombrío. Lo acompañaban dos policías uniformados.

—Estamos organizando una batida —le informó de pronto.

El conde tenía el cabello revuelto y el mentón apretado.

—La he buscado en todos sus lugares preferidos, pero no he podido dar con ella —Rodrigo hizo una pausa significativa al mismo tiempo que se quitaba la capa y los guantes—. Nos lleva demasiadas horas de ventaja.

Justin entendía muy bien la tribulación del conde. Eulalia era como un miembro más de la familia Velasco, y su partida los había sumido a todos en una verdadera angustia.

Durante los siguientes minutos, un agente fue tomando nota y haciendo preguntas sobre las costumbres de la gitana que Rodrigo respondió con prontitud. Cuando terminó, Justin se plantó frente a él.

—Ve a descansar un poco —le aconsejó—. Estás agotado. Yo me ocuparé de todo hasta que recuperes un poco de fuerzas.

En realidad estaba al punto del desvanecimiento, pero Rodrigo no podría pegar ojo teniendo a su madre a las puertas de la muerte, y a Eulalia desaparecida.

—Voy a ver a mi madre —dijo con gesto pausado.

Justin entendió que el conde no pensaba descansar aunque en su rostro se podía apreciar el agotamiento físico y emocional, pero no dijo nada.

—Rodrigo —lo llamó de pronto Justin—. No he sabido responder a los agentes si falta algo valioso en las pertenencias de Eulalia.

El conde destensó los hombros y se masajó el cuello en un acto mecánico.

—Sólo falta su vestido de novia —reveló de pronto.

El duque lo miró perplejo. ¿Eulalia se había llevado un vestido en lugar de sus pertenencias más valiosas? ¿Y de novia? Se preguntó.

—¿Se ha llevado un sólo vestido? —inquirió el duque sorprendido.

Rodrigo no quería dar explicaciones, pero no le quedó más remedio.

—Es costumbre entre los gitanos, que cuando una mujer de su clan fallece, la entierran con su vestido de novia.

Justin parpadeó atónito.

—Pero Eulalia no ha estado casada —argumentó el duque.

Y de pronto su cerebro captó el significado de lo que Rodrigo había dicho.

—No hablas en serio —de verdad que estaba estupefacto.

Rodrigo lo miró fijamente.

—No quiero ni considerarlo —confesó—. Sólo tengo una sospecha, y rezo con toda mi alma para que me equivoque.

Rodrigo ya no dijo nada más. Se giró sobre sus pasos y caminó hacia la planta superior. Subió los escalones de dos en dos sumido en pensamientos profundos que no quería compartir con nadie. Iba a quitarse la ropa y ponerse algo más cómodo antes de ver a su madre. Intuía que la noche iba a ser muy larga. Justo cuando cerró la puerta de su alcoba, percibió la presencia de Elina, y lo desconcertó. ¿Qué hacía en sus aposentos privados? Como la estancia estaba poco iluminada, no la había visto hasta que se movió.

La mujer dejó de mirar tras la ventana y caminó hacia él. Llevaba un batín de terciopelo azul sobre un camisón que, a primera vista, parecía demasiado ligero. Supo que eran prendas de Eulalia. ¿Se las habría prestado la gitana? Ambas mujeres poseían una figura similar, aunque Elina era un poco más esbelta.

—Tengo que ofrecerle una disculpa —comenzó ella.

Rodrigo dejó la levita sobre los pies de la cama. El rostro de la mujer se veía atribulado.

—Podías haber esperado hasta mañana.

Elina negó con la cabeza, y caminó varios pasos hacia él.

—El pesar no me permite descansar. Lo he intentado, pero sólo puedo dar vueltas en el lecho.

Por ese motivo ella estaba con la ropa de dormir en su alcoba. Recordó que cuando terminó de hablar con el duque de Arun, el carrillón de la biblioteca marcaba la una de la madrugada.

—La culpa fue mía al no prevenirte.

Elina dio varios pasos más hacia él.

—Estoy en verdad arrepentida de lo que he ocasionado —ofreció sincera—. Me siento terriblemente atribulada. A veces intuyo las cosas, los veo muy nítidos frente a mis ojos, pero en el caso del hijo de Eulalia, no percibí que la madre desconocía que estaba vivo.

En la voz de Elina había verdadera angustia.

—Ya no tiene sentido lamentarse —respondió el conde.

La mujer vio que el labio inferior de Rodrigo temblaba, y supo que el hombre estaba muy afectado por todo lo sucedido. Ella podía aliviar su carga, y por eso se plantó a un escaso paso de él. Alzó la mano derecha, y la puso sobre la áspera mejilla.

La caricia fue para Rodrigo como un estallido. Todo convergió en su interior para romperlo en cientos de pedazos. Cerró los ojos, y lanzó un suspiro largo.

—Deje salir el dolor —le aconsejó ella.

Elina hizo algo inesperado, se aferró a él. Con sus brazos no pudo abarcar la totalidad del torso duro, pero Rodrigo aceptó la caricia. Sin ser consciente, una de sus manos abrazó la cintura estrecha de ella, y la otra sujetó su nuca. El conde dejó descansar la barbilla en la coronilla de Elina. Respiró su aroma dulce, percibió la sedosidad de su cabello, y cerró los ojos como si con ese gesto pudiera olvidarse de todo.

¿Por qué sentía tal alivio al abrazarla? De repente, la estrechó muy fuerte entre sus brazos, y fue como si algo inexplicable lo sacudiera de los pies a la cabeza y le sacara de encima la tensión que se acumulaba en sus músculos. Sintió que el nudo en el interior de su garganta disminuía.

—Me llenas de tanta paz —susurró sin abrir los ojos.

Era hermoso lo que Elina le hacía sentir. Por primeva vez en muchos años, Rodrigo se dejó llevar por sus sentimientos. Su mano dejó de sujetarla por la cabeza para agarrar su barbilla, le alzó el rostro, inclinó la cabeza, y la besó. Primero suave, después insistente y, cuando ella le devolvió el beso, profundizó y exigió una respuesta más acorde a la necesidad que sentía.

Rodrigo ya no recordaba cuando fue la última vez que una mujer le despertó ese instinto de posesión. Se había negado así mismo el deseo que sentía por Elina durante el tiempo de navegación, pero la enfermedad de su madre, y la desaparición voluntaria de Eulalia, habían desatado sus demonios interiores y habían convergido en una explosión que lo dejaba todo expuesto. Sobre todo su vulnerabilidad.

El largo beso cambió de intensidad pues Elina actuaba sobre él y sus sentimientos como un exorcismo necesario. Rodrigo no era consciente de que la llevaba hacia el lecho, de que la recostaba, y de que se tumbaba junto a ella. Sus manos cobraron vida propia y se entregaron a la tarea de acariciarla porque necesitaba sentirla. Desató el lazo que cerraba su bata, y comenzó una

lenta exploración por la piel de ella.

Elina estaba rendida bajo las expertas manos, encendida en una pasión como nunca había sentido por nadie.

El camisón ligero que vestía Elina le permitió un mejor acceso a su piel. No le costó esfuerzo abrir los lazos y acariciar la piel satinada. Rodrigo acarició la turgencia de sus senos, la suavidad de su estómago ondulante, y el vértice entre sus piernas que se abrieron para él sin una protesta.

Y la deseó como no había deseado nada en el mundo. Estaba obnubilado por su aroma, embriagado por su sabor y, de repente, cuando estaba a punto de cometer un error imperdonable, escuchó los golpes en la puerta de su alcoba. Abrió los ojos, y fue consciente de lo que había estado a punto de hacer.

—Salgo en un momento —respondió con voz henchida de deseo.

Pero el conde no contó con la impulsividad de su sobrina que abrió la puerta de improviso para llevarse la mayor sorpresa de su vida. Rodrigo estaba acostado en el lecho con la invitada, y su mano estaba... estaba...

Aurora cerró los ojos.

—¡Joder, Rodrigo! —tras Aurora se encontraba Justin que cerró la puerta de la alcoba violentamente.

Tras la madera, Rodrigo los oyó discutir. El duque le recriminaba a su esposa que hubiera entrado a la alcoba sin esperar el permiso del conde. Aurora le respondió que estaban casi de luto, y que las formalidades sobraban. Por el frufú de las faldas de ella, y los insultos bajos, supo que Justin se llevaba a su esposa casi a la fuerza, y con la aparente negativa de ella.

Había olvidado que Redtower estaba lleno de gente. Maldijo con fuerza su debilidad, le bajó el camisón a Elina para tapar su parcial desnudez, y se levantó del lecho con los ojos brillantes de arrepentimiento.

—Yo lo deseaba —respondió Elina aunque Rodrigo no había preguntado.

Para él estaba claro que ambos se deseaban. Eran adultos, no existían impedimentos para amarse, salvo...

—Por favor, vístete —le ordenó Rodrigo—. Debo hablar con el sacerdote.

CAPÍTULO 16

Aurora se paseaba como una fiera enjaulada. Que su tío, el recto y honorable conde de Ayllón estuviera acariciando íntimamente a una completa desconocida, le desencajaba las ideas.

¿Qué diantres le ocurría a Rodrigo para actuar así?

—Deja de pasearte de esa forma o formarás un surco en el suelo.

La voz de Justin la trajo de nuevo al presente.

—Mi abuela casi está de cuerpo presente, y mi tío se enreda con una pelandusca. ¡Si no lo veo no lo creo! Casi se me hiela la sangre en las venas al verlos.

El duque tosió porque Rodrigo estaba plantado en el marco de la puerta abierta. Miraba a su sobrina de una forma indescifrable.

—Justin, necesito un padrino.

Aurora se giró hacia la voz de su tío.

—¿Un padrino? ¿Por qué motivo? —quiso saber ella.

Justin optó por levantarse del sillón de piel.

—Por supuesto —aceptó.

Y, como ambos hombres esperaban, la duquesa estalló.

—¿No vas a darme una explicación sobre tu comportamiento? —le preguntó directa.

Rodrigo lamentó el espectáculo orquestado, pero había tomado una decisión. Como hombre honorable, sabía cuál era su deber.

—A ti sería la última persona a quien daría una explicación sobre mis actos.

La sobrina lo miró atónita por su respuesta.

—El sacerdote ha aceptado officiar la boda —le dijo a Justin.

Aurora lo miró con la boca abierta. ¿Pensaba casarse... casarse con ella? ¡Dios del cielo que se había vuelto loco!

—¡Tío! —exclamó espantada—. Tal sacrificio es innecesario.

Justin decidió intervenir.

—Es mejor que nos guardemos nuestras opiniones —le aconsejó sujetándola del brazo.

Y esas palabras actuaron como pólvora seca en su ánimo caliente.

—¡Madre de Dios! —exclamó violentada—. ¡Lo dice en serio! —esas palabras iban dirigidas a Justin—. Por favor, querido, déjanos a solas.

Justin no pensaba hacerlo ni bajo amenaza de muerte. Estaba claro que Rodrigo necesitaba un apoyo varón en ese momento, y él estaba dispuesto a ofrecérselo.

—Creo que ha llegado la hora de sentar la cabeza —bromeó Rodrigo sin un ápice de humor en la voz.

Como Justin tiraba de su esposa y ella se resistía, no le quedó más remedio que sujetarla más fuerte.

Aurora lo taladró con la mirada.

—Que me sueltes —le ordenó.

—¿Para hacer un dislate? —le preguntó él.

—Ya está decidido —afirmó Rodrigo tratando de calmar a su sobrina.

Los dos esposos vieron cómo se marchaba sin decir nada más.

—No voy a permitirlo —dijo enfurecida—. Pienso sacarle los ojos a esa aprovechada.

—Es lo correcto —contestó Justin.

Aurora apenas podía creerlo.

—¿Cómo puede ser lo correcto que mi tío se case con una completa desconocida?

Justin la miró con una ceja alzada.

—¿Te pareció ver en su lecho a dos desconocidos? —las mejillas de Aurora se pusieron coloradas—. Llevan días, semanas, meses conociéndose, e ignoramos que alberga el corazón de ambos.

Aurora no podía pronunciar palabra. Para ella estaba claro que la tal Elina bebía los vientos por su tío, pero ignoraba qué sentía Rodrigo al respecto.

—¿Que no es nadie, Justin! —exclamó escandalizada—. Que no puede ser la próxima condesa de Ayllón —afirmó rotunda.

Justin pensaba de forma muy diferente. Durante los años que conocía a Rodrigo, jamás le había conocido una aventura o un simple desliz. Era un hombre de la cabeza a los pies, y por eso dudaba mucho que lo que había visto en la alcoba de él careciera de importancia. Era cierto que la muchacha no tenía título ni herencia, pero esa circunstancia no tenía importancia cuando existía amor de verdad. ¿Olvidaba Aurora que su hermano Christopher se había casado con una plebeya?

—¿Y si tu tío la ama? —le preguntó de pronto.

Esa posibilidad la había descartado ella.

—Si no fuese suficiente motivo para oponerse a esta boda su falta de linaje, está su juventud. Mi tío podría ser su padre.

Justin hizo un gesto bastante cómico.

—Rodrigo es un hombre vigoroso.

Aurora lo miró estupefacta.

—¿Mi tío es abuelo de varios nietos! —recalcó la palabra.

Justin rodeó los hombros de su esposa porque la veía afligida.

—Rodrigo tuvo a sus hijas demasiado joven —le recordó—. Y creo que se ha ganado el derecho a se feliz.

La duquesa se apartó un poco para mirar a su esposo mejor.

—¿Piensas que es desdichado?

Justin no se había referido a eso.

—Estoy convencido de que se merece que lo esperen cuando regresa al hogar —le dijo Justin—. Necesita, como todo hombre, la sonrisa dulce y cálida de una esposa...

—¡Calla! —exclamó ella—. Jamás me opondría a la felicidad de mi tío, pero esto, esto es un desatino.

—¿Preferirías ver a tu tío sumido en la soledad?

Esa pregunta le pareció contenciosa. Ella amaba a su tío, lo respetaba, pero veía en la actitud de la invitada manipulación para que las circunstancias le fueran favorables.

—¿Y si Elina ha provocado esta situación? —preguntó con voz muy queda—. ¡Nada menos que un conde! Es una desgraciada.

Justin lamentaba que su esposa no pudiera ver más allá de sus narices. A él le había bastado una sola mirada para conocer lo que Elina sentía por el conde.

—¿No piensas que ha sufrido ya suficiente? ¿Qué se merece, como tu tío, cierta felicidad?

Las palabras de su marido le provocaron malestar. Aurora no se consideraba una snob, pero no conocía lo suficientemente a Elina como para aprobar la boda con su tío.

—¿Pensarías de igual forma si esta situación fuera con uno de nuestros hijos? —le preguntó a bocajarro.

Justin tomó aire y lo soltó lentamente.

—Ya me parecía a mí...

Aurora no espero la respuesta de su esposo. Se dirigió hacia la puerta con la firme idea de impedir un desastre. Primero hablaría con el sacerdote que todavía se encontraba en Redtower, y después raptaría a su tío de ser necesario para sacarlo de Inglaterra.

Elina se sentía desfallecer por la vergüenza. Que le hubiesen pillado en una situación tan implícita con un hombre, sobrepasaba todo lo vivido anteriormente. Ella había pretendido consolar a Rodrigo porque su pena era demasiado profunda, pero la había abrazado, y todo dejó de tener sentido para ella salvo estar encerrada entre sus brazos. ¡Lo amaba! ¡Lo deseaba! Pero había olvidado que en la casa había una moribunda, que Eulalia se había marchado, y que ella era una invitada inesperada.

La doncella la urgía a que se decidiera por uno de los vestidos que ella misma había extendido sobre la cama, pero no deseaba hacerlo.

Unos golpes quedos en la puerta la sobresaltaron.

—Elina, ¿estás ahí? —era la voz de la duquesa.

—¿Abro, milady? —le preguntó la doncella.

Elina se sofocó ligeramente al escucharla. Que la llamaran con un título que no merecía, le supuso un jarró de agua fría a su ánimo.

—Lo haré yo...

Caminó decidida hasta la puerta, y la abrió con brío, si bien le ofreció a la duquesa la mejor sonrisa que tenía.

—Su Excelencia —la honró con el título que la otra ostentaba.

—¿Puedo hablarte un momento? —le preguntó Aurora un tanto indecisa, detalle que la sorprendió.

Elina nunca había conocido a una mujer tan segura de sí misma como la duquesa, salvo la santera que le enseñó las artes de la adivinación, y la preparó, aunque no le llegaba ni a la suela de los chapines que calzaba.

—Por supuesto —aceptó invitándola a pasar.

Aurora le hizo un gesto a la doncella para que la dejaran a solas, y cuando lo hizo, se quedó plantada frente a ella.

—Debes parar esta locura —le dijo convencida.

—No está en mi mano —respondió queda.

Aurora sabía que convencerla no iba a ser tarea fácil, así que continuó.

—Mi tío es un hombre honorable que cree que debe cumplir con su obligación.

—Es el destino, Su Excelencia.

La invitada guardaba las distancias cada vez que mencionaba su título, y Aurora se preguntó el motivo.

—El destino lo forjamos nosotros —la rectificó seca.

Elina se separó un paso y se quedó pensativa. De pronto, abrió la boca par inhalar aire, como si una revelación la hubiese zarandeado. Su actitud le provocó a Aurora un escalofrío que le recorrió espinal dorsal.

—El suyo estaba decidido incluso antes de que naciera —le dijo de pronto sin dejar de mirarla—. También el de su primogénita...

¿Cómo diantres sabía la mujer todo eso sobre ella? ¡Claro, Rodrigo! Se dijo Aurora.

—Es usual entre la nobleza que los padres prometan a su prole con hijos de buena familia.

Elina la miraba de una forma extraña. Y Aurora pudo ver en su mirada un brillo de admiración hacia ella.

—¿No cree en el amor, Su Excelencia?

Esa era una pregunta con trampa, se dijo Aurora.

—Creo en la lealtad a la familia, en el honor, y... —Elina la cortó.

—Los ingleses barren su suelo con el honor español —fue terminar la frase y Aurora la miró estupefacta.

Nadie conocía esas palabras salvo ella que en una ocasión se las había dicho a su suegro Devlin en una discusión acalorada. ¡Hacía tanto tiempo de aquello! ¿Cómo podía saberlo ella? Se preguntó.

—Estás empezando a provocarme miedo.

Los ojos de Elina llamearon.

—Nada más lejos de mi intención —le aseguró—. Pero es una verdad incuestionable que amo a Rodrigo, que es mi destino, y que nada ni nadie puede interponerse en esa circunstancia —Aurora no supo si la mujer era insolente, o trataba de prevenirla—. He esperado toda una vida a que llegara.

—Mi tío hará lo que cree correcto porque es una persona honorable y de firmes principios —le dijo muy seria—, pero es mi obligación velar para que ninguna mujer se aproveche de esa circunstancia.

—No traigo segundas intenciones salvo las que he expuesto —le aclaró la invitada.

Aurora no podía creerla.

—Mi tío esta pasando por una situación difícil —explicó la duquesa con un tono seco de más—. Ahora es vulnerable, y cualquiera puede tratar de aprovecharse de esa eventualidad.

Elina parpadeó asombrada.

—Esa es una acusación que no voy a tener en cuenta a pesar de sus intenciones ofensivas al pronunciarla.

—Pues deberías tenerla en cuenta —le advirtió muy seria—, porque para proteger a mi tío soy capaz de hacer cualquier cosa.

Para Elina estaba claro que la duquesa le había declarado la guerra.

—No soy una amenaza —le aclaró la mujer—. Jamás haría algo que perjudicara a Rodrigo.

A Aurora le molestaba que hablara de su tío con tanta familiaridad.

—Si es dinero lo que buscas, estoy dispuesta a ofrecértelo.

Elina se sintió insultada.

—¡Basta, lady Penword! —le pidió la mujer.

—¡Sí, basta! —escuchó que decía Justin tras ella.

Acababa de entrar a la habitación precedido por la doncella.

—No tenía forma de encontrarte, y una de las doncellas me avisó de que estabas aquí.

Tras Justin iban sus cuatro hijos solteros: Devlin, Michael, Victor, y Andrew. Los muchachos, haciendo una piña, rodearon a la madre y la sacaron de la habitación de Elina.

—Ya puedes ayudar a la que será tu señora a partir de hoy—le dijo Justin a la doncella que se apresuró a hacerle una reverencia.

CAPÍTULO 17

Aurora miraba a sus vástagos con los ojos reducidos a una línea. La habían sacado de la habitación de Elina casi en volandas, y ella no había terminado de concretar el asunto de su tío con ella.

—No os voy a perdonar esta intromisión —les advirtió a los cuatro.

Justin no estaba presente porque había decidido ayudar a Rodrigo. El sacerdote ponía algunas objeciones para officiar la boda. Sobre todo, por la intromisión de ella.

—Padre nos ha explicado... —Devlin no puedo continuar.

Aurora lo taladró con la mirada.

—¿Os habéis puesto de su parte? —preguntó pasmada.

—Aquí no hay partes, madre —respondió Michael con voz tierna para no molestarla—. El tío Rodrigo ha tomado una decisión, y debe respetarla.

Aurora miró a sus hijos, y apretó los labios. Eran ya adultos, pensaban y actuaban por sí mismos, y lamentó que Justin los hubiera inclinado a su favor.

—A la vista está que soy la única que se preocupa por el tío Rodrigo.

—Padre nos ha explicado que el tío piensa hacer lo correcto —ahora sí que terminó Devlin la frase anterior—. Y eso le honra.

Aurora no era tonta ni estaba desquiciada. Justin le había ordenado a sus hijos varones que la vigilaran, y por eso la mantenían encerrada en la biblioteca. Pero harían falta varios Penword más para lograrlo. Cuando Aurora dio un paso al frente, Michael se interpuso en la trayectoria de su madre. Le sonrió, y le hizo un gesto negativo con la cabeza que la desquició.

—¿De verdad pensáis mantenerme aquí encerrada? —preguntó atónita.

—Son las órdenes de padre —contestó Victor.

Aurora resopló enojadísima. Primero iba a darles una buena tunda a cada uno de esos insolentes Penword, y después le sacaría los ojos al padre de todos ellos.

—Mi tío va a cometer el mayor error de su vida, y debo tratar de impedirlo —insistió.

Devlin rodeó los hombros de su madre, y la dirigió hacia el sofá de piel. La duquesa se resistía.

—Debe aceptar de una vez que el tío Rodrigo es capaz de decidir por sí mismo sobre su futuro —le dijo con voz suave.

Aurora no podía estar más en desacuerdo.

—Elina no le conviene —protestó la mujer.

—Padre dice que el tío está enamorado —aclaró Michael que seguía con la sonrisa en la boca—. Y que merece ser feliz.

Aurora se quedó pensativa, pero no por mucho tiempo.

—Voy a tardar en olvidar esta injerencia por vuestra parte —les advirtió a los cuatro.

—Tratamos de hacer lo correcto.

—¿Encerrando a vuestra madre en la biblioteca?

—Nos hemos comprometido a tratar de hacerla razonar.

Esas palabras las había dicho Víctor.

—¿Os habéis comprometido? —inquirió la madre.

—Hoy es un día especial —dijo de pronto Michael.

Aurora apretó los labios en un gesto de ira.

—Hoy se puede morir mi abuela, mi haya ha decidido marcharse de Redtower —tomó aire antes de continuar—, y el terco de mi tío cree que debe cumplir un honor que está fuera de lugar.

El tiempo corría en su contra, y Aurora se desesperaba.

—Es lo correcto, madre —declaró Andrew que hasta ese momento se había mantenido callado.

La duquesa puso las manos en jarras y tensó la espalda.

—Voy a salir de esta habitación, y si alguno de vosotros trata de impedírmelo, juro que os daré una tanda de azotes tan grande, que no os vais a sentir el culo durante mucho tiempo.

A ninguno de sus cuatro hijos pareció importarle la amenaza. Eran más altos que ella, más fuertes, y varones.

—Sólo la estamos entreteniendo —dijo Michael de forma jocosa.

Aurora miró a sus hijos, ser tan guapos debía de ser pecado, pero ella no podía tolerar que se salieran con la suya obedeciendo al padre. Luego tendría unas palabras con Justin, pero ahora tenía que doblegar a esos canallas.

—Ya me he hartado de vosotros —la duquesa caminó decidida hacia la puerta.

Michael se posicionó para dificultarle el paso, y Devlin trató de impedirselo, lo que la enojó todavía más.

—Soy vuestra madre, y me debéis obediencia —les exigió cuando no pudo alcanzar el picaporte.

Desde la boda y partida de Mary, Aurora había quedado en clara desventaja en su propio hogar. Lidiaba a diario con cinco varones tercos, impulsivos, y tozudos, y en ese momento les deseo que les saliera un sarpullido.

—No me habéis visto enfadada —les advirtió.

—No es nuestra intención que se enoje —replicó Devlin.

Aurora tomó aire.

—Pues dejadme salir ahora mismo —les ordenó.

Andrew se había retirado un poco del trío que la cercaba. Era el más renuente a impedirle que saliera de la biblioteca.

—Madre tiene una razón para querer salir —les dijo a los otros tres.

Aurora se giró hacia él.

—Gracias por tu apoyo —ahora volvió a mirar a Devlin, a Víctor y Michael—. Apartaos, o no respondo de mis actos.

Pero no hizo falta que ninguno se apartara porque Justin hizo su entrada espectacular en ese preciso momento. Aurora, tan enfadada como estaba, sintió un impulso, y lo siguió. Tomó un jarrón de la mesita velador que estaba a su lado, y se lo lanzó. Al duque no le costó nada esquivarlo. La sonrisa socarrona que le dedicó la sacó de sus casillas. Justin, con la mirada, les ordenó a sus hijos que los dejaran a solas.

Los cuatro se apresuraron a obedecer.

—No voy a perdonarte esto —susurró entre dientes cuando se quedaron a solas.

Justin podía imaginarlo.

—Era necesario.

Ella no estaba más en desacuerdo.

—Que utilices a mis hijos en mi contra, es una treta de lo más rastrera, incluso viniendo de ti.

Justin se mesó el cuello porque lo sentía tenso.

—Tu tío me pidió que te mantuviera apartada de él —le confesó serio—. Sobre todo después de tu intervención con el sacerdote para que desistiera de officiar la ceremonia.

A Aurora se le llenaron los ojos de lágrimas. Ella sólo había tratado de protegerlo, y le dolió en lo más hondo escuchar esas palabras.

—¿Lo ha consumado? —estaba claro que la duquesa se refería a la celebración de la boda.

Justin hizo un gesto afirmativo.

—Ha sido muy breve —respondió.

Aurora trató de contener las lágrimas, y Justin sintió la imperiosa necesidad de consolarla. Caminó hacia ella, y la rodeó con sus fuertes brazos.

—Tu tío estaba decidido —le dijo para consolarla.

—Yo tenía la obligación de impedirlo —Aurora se dejó caer en el pecho de su marido y cedió al llanto.

El día había sido horrible, y había terminado en desastre.

—Míralo por el lado bueno —comenzó Justin—, cuando María nos deje, tu tío no estará sólo.

A la duquesa le temblaron los hombros. Si Justin trataba de tranquilizarla, le había salido el tiro por la culata.

—Temo que lo haga desdichado —susurró con voz queda.

Justin la abrazó más fuerte.

—Es su vida, Dawn, tiene el derecho a elegir por sí mismo.

Y Justin hizo lo único que se le ocurrió para calmarla: besarla apasionadamente. Y no tuvo que esforzarse mucho porque Aurora le correspondió de buena gana. Era así de apasionada y natural. No importaba los años que pasaran, ella siempre estaba bien dispuesta para él.

—Si continuo, terminaré haciéndote el amor en la biblioteca de Redtower —le dijo al oído con voz llena de deseo.

Aurora se separó un poco del fuerte pecho.

—Si crees que con tus besos voy a olvidar tu perfidia...

Justin casi suelta una carcajada. Al menos se le había pasado la tristeza.

—¡A rencorosa no te gana nadie, Su Excelencia! —exclamó con falso enojo—. Vamos, te acompañaré a ver a tu tío.

Aurora tomó aire, y lo exhaló poco después.

—El conde Ayllón quiere que me mantenga apartada de él —le recordó dolida—, y pienso acatar sus deseos.

Aurora se soltó de los brazos de su esposo, y caminó hacia la puerta.

—¿Qué haces? —le preguntó con sorpresa.

Ella ni lo miró.

—Voy a ver a mi abuela —respondió cansada—. Después regresaré a Crimson Hill para tomar un baño, cambiarme de ropa, y comprobar si han llegado noticias de Eulalia —Justin se encontró siguiéndola por los pasillos de Redtower—. Quizás ha decidido esconderse en nuestra propiedad.

Justin lo dudaba de verdad.

Para sorpresa de todos, María recobró la lucidez. Parecía que resistía la enfermedad, y, aunque tosía mucho, y casi no podía hablar porque se fatigaba, Aurora se alegró mucho. Pudo conversar con su abuela, aunque de asuntos intrascendentes. Evitó hablarle sobre la decisión de Rodrigo y la escapada de Eulalia, se limitó a darle un poco de caldo, y la arropó con mimo. Se quedó hasta que la mujer volvió a sumirse en un duermevela fatigoso, y entonces se marchó a Crimson Hill como tenía previsto, aunque tenía pesando regresar en unas pocas horas. Como parecía que todo volvía a su cauce, el sacerdote optó por abandonar la mansión, igual que el doctor.

Rodrigo se quedó a solas con su madre, le parecía que había llegado de entre los muertos para quedarse. Pensó en Elina, en su flamante esposa que lo esperaba en sus aposentos privados, y, por alguna extraña razón que no supo dilucidar, Rodrigo no se arrepentía del paso dado, aunque lamentó el distanciamiento con su sobrina, pero había situaciones en las que una mujer no podía inmiscuirse, sobre todo cuando se trataba de la honorabilidad de un hombre, y la respetabilidad de una mujer. Aurora se había marchado con su familia sin decirle nada mostrándole con esa actitud

lo afectada que estaba, y él lo sufrió en silencio.

—¡Rodrigo! —lo llamó María al mismo tiempo que tosía con aspavientos.

Acababa de despertarse por culpa del acceso de tos. Le dolía el pecho, y apenas podía respirar. El hijo dejó su posición de vigilancia en la ventana, y caminó hasta el lecho de su madre. Echó un poco de agua en un vaso y se lo acercó. La mujer negó con la cabeza.

—Necesito que me hagas una promesa antes de mi muerte.

El conde terminó sentándose en el borde del lecho. Sujetó la mano de su madre, y la miró.

—El doctor se ha sorprendido de tu recuperación, aunque no tanto como yo.

María volvió a toser.

—No me queda mucho tiempo —logró decir.

Rodrigo le apretó la mano con suavidad.

—Vas a recuperarte, ya lo verás —le dijo con ánimo.

Pero María negó con la cabeza.

—Antes de irme —comenzó la mujer—. Necesito que me prometas que no te casarás con... con esa mujer, ni con ninguna otra.

Rodrigo se tensó de pronto.

—¿Es lo que deseas para mí? —le preguntó casi en un susurro.

Rodrigo se había pasado toda la vida protegiendo a su madre, cuidando de su sobrina, y dándole un hogar a Eulalia. Pensó que no se merecía esas palabras, y menos viniendo de su madre.

—¡Prométemelo! —insistió la condesa viuda.

Rodrigo apartó la mirada, y relajó los hombros.

—¿Por qué me pides en este momento algo así?

La madre ignoró la pregunta del hijo.

—Prométeme que no te casarás —insistió la mujer.

Rodrigo dejó la mano de su madre sobre la suave colcha, y se levantó del lecho.

—No puedo prometerte tal cosa —le dijo con pesar.

María volvió a toser de forma continuada.

—¡Te lo exijo! —exclamó la viuda.

Rodrigo giró el rostro y clavó la mirada en la figura frágil de ella.

—Es tarde, madre, ya estoy casado...

CAPÍTULO 18

María seguía entre los vivos, pero le había negado la palabra a su único hijo tras conocer que se había casado con una extraña, y sin su aprobación. El conde había intentado razonar con ella, pero la viuda lo había echado de la alcoba a gritos.

Cuando Aurora regresó a la torre horas más tarde, la abuela le contó lo sucedido creyendo que la nieta lo ignoraba, y trató de manipularla para que se enfrentara a él pero, contrariamente a lo que María esperaba, la duquesa no se posicionó a su lado. Para mostrar su disgusto, rechazó cada cucharada de caldo que la nieta le ofrecía. Aurora suspiró cansada porque María se comportaba como una niña pequeña aunque tuviera motivos para ello. Estaba débil, pero seguía malgastando esfuerzos en mantener su disgusto.

—Vamos, abuela, debe alimentarse.

La mujer seguía en un mutismo ofensivo.

—¿Por qué no lo detuviste? —le echó en cara.

Aurora dejó de mirar el rostro amado, y se dedicó a observar las cortinas de la ventana.

—Mi tío tiene criterio propio —respondió calmada—. Y sólo él tiene decisión sobre algo tan importante como la elección de una esposa.

María tosió en respuesta. Su rostro se puso rojo, y le lloraron los ojos.

—¿Por qué no ha venido Eulalia? —preguntó la mujer—. Tengo que hablar muy seriamente con ella.

Aurora apretó los labios porque se sentía incapaz de confesarle a su abuela que Eulalia se había marchado de Redtower. La policía la buscaba, también la partida que había organizado Justin con jornaleros y sirvientes de Crimson Hill, pero era como si la tierra se la hubiera tragado.

—Me dijo cosas muy desagradables —protestó la mujer.

—Tenía motivos, abuela —respondió la nieta.

María le hizo un gesto feo, y Aurora dejó el tazón de caldo sobre la bandeja.

—Sólo soy culpable de guardar silencio —se defendió la abuela—, y de tratar de protegerla.

Aurora miró a su abuela, y entonces comprendió que lo creía de veras. Para María sus actos eran justificables, y por ese motivo no podía entender que Eulalia pensara de forma diferente.

—No tuvo en cuenta sus sentimientos de madre. Cree que actuó bien, pero eso es algo con lo que ella puede no estar de acuerdo.

Aurora utilizaba un tono suave, pero María seguía ofuscada.

—Tienes que hablar con tu tío, a ti te escuchará.

—No pienso hacer tal cosa —contestó la duquesa—, porque censuro su silencio tanto como el suyo.

—¿Por qué os habéis posicionado los tres en mi contra? —quiso saber la mujer.

Estaba claro que María no sospechaba que Eulalia se había marchado, y quizás para no volver. Aurora estaba enojada por la actitud de su tío, pero no pensaba serle desleal. Ya estaba casado, ya había cometido el error, ahora tocaba aceptarlo.

—No nos hemos posicionado, es sólo que quizás las dos estamos equivocadas.

María retiró la mirada del rostro de su nieta, y apretó los labios.

—Esa mujer no puede ser la condesa de Ayllón —protestó con energía a pesar de lo enferma que estaba.

—Abuela, hay que aceptarlo —reiteró.

María se llevó las manos al rostro y se lo cubrió. Aurora no era de piedra, ella misma sentía deseos de llorar también, pero debía contenerse.

—Es una mujer peligrosa —balbuceó la anciana.

—Abuela, no piense así —le aconsejó la nieta—, porque se resentirá su salud.

Pero María seguía sumida en su propio dolor sin pensar en nada más.

—Llama a Eulalia, tengo que hablar con ella —le ordenó la mujer con urgencia en la voz—. Es cuestión de vida o muerte.

Aurora se mordió ligeramente el labio inferior porque no sabía cómo capear el temporal. Finalmente, optó por la verdad.

—Eulalia se ha marchado de Redtower—afirmó afectada—, pero la estamos buscando.

María necesitó un tiempo para asimilar la información.

—¿Cómo que se ha marchado? —preguntó espantada—. ¿Dónde?

Ahora expuso lo que pensaba sobre la marcha de su aya, que necesitaba un tiempo a solas para asimilar la espantosa verdad.

—Pienso que necesita un tiempo hasta que se calme su dolor, y por eso se ha marchado un tiempo de nuestro lado.

María seguía atónita.

—No puede irse, no, después de maldecirme.

Fue escuchar a su abuela, y Aurora se llevó la mano al pecho.

—¡Por Dios, abuela! No bromea con algo tan serio.

—¡Tiene que deshacer la maldición! —exclamó la anciana—. Tiene que venir de inmediato.

Aurora perdió el color del rostro.

—Eulalia nunca haría algo así —susurró con un hilo de voz—. ¡Me consta que la quiere!

A María le temblaron los hombros. Ella también había creído en el cariño de la gitana.

—Me maldijo por mis acciones —confesó afligida porque María era una mujer muy creyente

—. Además me aseguró que Elina sería la próxima condesa de Ayllón, y por eso regresé de entre los muertos, porque no podía permitir que se saliera con la suya, pero a la vista está de que he fracasado estrepitosamente. No puedo morir hasta que deshaga lo hecho y el terco de tu tío entre en razón.

Decir que la duquesa estaba sorprendida, era como reducir la línea a un punto. Estaba pasmada con lo que su abuela le revelaba.

—La estamos buscando desesperadamente. La policía de Scotland Yard, y una batida de jornaleros organizada por Justin.

La condesa viuda se afligió de verdad. Ella quería a la gitana como si fuera un familiar cercano, pero en su lecho de muerte había hecho algo horrible como maldecirla. María no sabía si podría perdonarla alguna vez porque ello le impediría el descanso eterno.

—Tengo miedo —confesó de pronto.

La nieta la miró con atención.

—¿Cómo puede tener miedo estando rodeada de las personas que la aman? —preguntó para quitarle seriedad al rostro amado.

—Me asusta la tal Elina. Es una completa desconocida.

La duquesa tomó la mano arrugada de su abuela y se la llevó al pecho. Y entonces pasó a explicarle lo poco que sabía sobre ella, pero con su declaración obtuvo el efecto contrario al deseado: María se horrorizó todavía más.

—El condado de Ayllón en manos de una don nadie —exclamó la anciana llena de amargura—. Si tu abuelo levantara la cabeza...

La mujer no pudo continuar. Estalló en llanto que unido a un ataque de tos la dejó sin fuerzas.

—Abuela, usted es una mujer fuerte, luchadora —la animó—, no se deje abatir por los acontecimientos aunque los crea adversos.

—Estoy asustada —continuó la anciana con voz débil—. ¿Qué va a ser del condado? ¿Del título? Todo esto es horrible, una desgracia.

Aurora abrazó a su abuela. Se le partía el alma viéndola tan frágil.

—No conocemos lo suficientemente a Elina para juzgarla de forma tan severa —Aurora podía ser implacable con la mujer antes de casarse con su tío, pero ahora formaba parte de la familia—. ¿No desea darle una oportunidad? Abuela, no puede marcharse de esta vida con esa desdicha en su corazón —le dijo cariñosa—. Hable con ella, conózcala.

Pero la mujer no quería escucharla.

—¡Dios mío, por qué me has abandonado! —María volvió a sumergirse en un nuevo ataque de tos.

Aurora, solícita, le dio una cucharadita de tónico para que le calmara la incesante tos. María se negó en un principio a tomarla, pero le dolía demasiado el pecho, así que optó por obedecer.

—Me da miedo dormir porque puede que ya no despierte y todo termine en caos —confesó

con un hilo de voz.

Aurora podía comprender su inquietud.

—Velaré su sueño, abuela, no tenga reparos en descansar.

Y nuevamente María volvió a sumirse en llantos de angustia sobre el futuro del condado, sobre la falta de inteligencia de su hijo, y sobre todas las desgracias que asolarían a la familia Velasco a partir de la boda.

La nieta trató de calmarla, pero le resulto imposible porque sus palabras caían en oídos sordos. Trató de mostrarse segura, pero María seguía sumida en un estado de autocompasión del que no quería salir.

—¡Necesito a Eulalia! —sollozó la condesa viuda.

—La encontraremos, abuela —afirmó la duquesa.

María volvió a toser con fuerza, a quejarse por el dolor, y Aurora pensó en su tío. Quizás Rodrigo templase su ánimo. Giró el rostro hacia la doncella que alimentaba el fuego de la chimenea, y le ordenó que fuera en busca del conde.

Como Aurora no quería cruzarse con él, decidió dejar la alcoba de la anciana, y se retiró hacia las estancias privadas que su familia ocupaba cuando visitaban la torre.

CAPÍTULO 19

Rodrigo miró a su esposa, y su espíritu se tranquilizó. Estaba maravillado de que la sola imagen de ella le proporcionara tanta serenidad. El matrimonio no había sido consumado pues el conde no tenía prisa, sobre todo teniendo a su madre tan enferma. Elina no había hecho ningún comentario al respecto. En ese momento se encontraba ordenando su vestuario en el ropero, Rodrigo había dado la orden de que sus partencias fuesen trasladadas a las estancias de él. La nueva condesa de Ayllón debía compartir su espacio privado, porque Rodrigo no tenía intenciones de que el matrimonio de ambos fuese nominal. Había dado el paso, ahora tocaba ser consecuente.

El sol entraba a raudales por la ventana, y la iluminaba por completo. La imagen de Elina parecía la de un ángel lleno de luz.

—Ya casi hemos terminando —le informó ella.

La doncella acababa de colocar su peine y espejo en el tocador. Eran de los pocos objetos personales que poseía.

—Puedes irte, Lucy —le ordenó el conde a la criada.

Elina le sonrió a la muchacha. La consideraba una doncella muy eficiente.

—Yo continuaré —le dijo Elina.

Rodrigo dejó la esquina opuesta donde se encontraba, y caminó hacia su mujer con ojos brillantes.

—Podrás escoger a tu doncella personal.

Elina abrió los parpados de par en par.

—¿Qué tiene de malo Lucy? —le preguntó.

Rodrigo se encontró sonriendo.

—Es muy joven —replicó Rodrigo—, y la condesa de Ayllón necesita una mujer más experimentada.

—Me asusta ese nombre.

Rodrigo la miró como si no la comprendiera.

—¿Qué nombre?

Elina suspiró suavemente.

—El de condesa —admitió franca—. Mis sueños no me prepararon para esto —confesó humilde—. Pero trataré de ser una buena esposa.

Rodrigo estaba cada vez más convencido.

—Vas a tenerlo muy difícil —ella lo miró interrogante—. Con mi madre, y con mi sobrina.

Los ojos de ella se suavizaron.

—La duquesa es una mujer con una personalidad muy fuerte, pero no me preocupa su rechazo

porque actúa por cariño, y eso es aceptable.

—¿Y mi madre?

Elina tardó un tiempo en responder. Ella sabía que Rodrigo era el hombre de su vida pues lo había visto en sueños. Sus ojos eran inconfundibles, pero sus sueños no le habían mostrado lo importante que era, ni lo que sacrificaría al casarse con ella, como optar a una mujer de más rango y más preparada para la vida a la que estaba acostumbrado. Por eso entendía la reticencia de la condesa viuda al enlace de su único hijo.

—Sabré ganarme a doña María —contestó suave.

A Rodrigo le gustaron sus palabras.

Seguía mirándola de forma intensa, mientras se debatía entre besarla o no. Y Rodrigo admitió que llevaba deseándolo semanas, sobre todo cuando la mugrienta polizón del Santa Rosa se convirtió en la resplandeciente Elina. El conde parpadeó confundido por sus pensamientos, pero se dijo que ese adjetivo le sentaba realmente bien.

—Tendríamos que consumir nuestro matrimonio, pero he decidido esperar a que mi madre mejore en salud para que nos de su bendición —a Elina le gustaron sus palabras porque mostraban al conde como un hombre honesto y respetuoso. Él, continuó muy serio—. Así tendrás tiempo para acostumbrarte a tu nueva condición de casada, y a tu esposo.

Elina sonrió ampliamente, y Rodrigo sintió como si el sol le abrasara la piel. Nunca le había ocurrido algo así con ninguna otra mujer.

—No necesito tiempo porque ya te conozco —le dijo con voz sedosa, y sosteniéndole la mirada—, pero entiendo tu postura, y la respeto.

—Voy a pedirle a mi sobrina Aurora que te acompañe a la modista para que te haga un vestuario adecuado al rango que ocupas ahora.

Las mejillas de Elina se incendiaron. Llevaba la ropa prestada de la hija de lord Beresford, también de la gitana Eulalia. Ella no tenía gusto ni finura para elegirla, así que se alegró de que una mujer tan elegante y distinguida como la duquesa, la guiara en ese mundo desconocido.

—¿Querrá la duquesa dedicarme ese tiempo? —preguntó indecisa.

Rodrigo se encontró sonriendo porque el tono de ella había sonado incrédulo.

—Mi sobrina es una mujer increíble, seguro que aceptará.

—Pero, ¿y si se niega?

Rodrigo se quedó pensativo durante unos momentos.

—Cualquiera de mis dos hijas te acompañará gustosa —afirmó.

Elina estaba deseando conocer a las hijas del conde y, un segundo después, contuvo un suspiro porque cayó en la cuenta de que ahora eran sus hijastras.

—Vamos, te presentaré a mi madre.

Elina se miró el atuendo que vestía, y se tocó el cabello que lo llevaba recogido en un bonito moño. Deseaba estar aceptable para la condesa viuda. Como Rodrigo leyó en el bonito rostro lo

que pensaba, la tranquilizó.

—Mi madre, siempre ha sabido ver a través de las apariencias. Verás que termina aceptándote.

—¿Es posible? —le preguntó—. Porque soy una completa extraña para ella.

Rodrigo le mostró una sonrisa serena.

—Mi madre no querrá irse de este mundo envuelta en rencor y despecho. La conozco muy bien, te aceptará.

—Eso me consuela —respondió aliviada.

Elina se dejó acompañar por Rodrigo hacia las dependencias de la condesa viuda, y durante el camino, se tropezaron con la doncella de María que iba en busca de Rodrigo. Le transmitió el mensaje de su sobrina, y un segundo después se dispuso a seguir los quehaceres que tenía asignados.

El conde no llamó a la puerta. No quería darle la oportunidad a su madre de que le negara la entrada. Elina entró tras él y se mantuvo pegada a su espalda.

—Buenas tardes, madre —la saludó Rodrigo.

María giró el rostro de la ventana, y clavó la mirada en su primogénito. Cuando vio el vuelo de la falda de una mujer tras él, hizo un gesto de desprecio con la boca.

—Permíteme que te presente a Elina O'Brien, mi esposa.

Elina salió de la protección de la espalda del conde, y se quedó mirando a la mujer enferma. Podía ver en sus ojos lo soberbia que era, pero también observó fragilidad.

—De todas las mujeres del reino que podías elegir... —María no terminó la frase—. Tu padre tiene que estar revolviéndose en su tumba.

La irlandesa caminó varios pasos hasta la cama. Miró la silla apartada, y decidió arrimarla al lecho. María entró en pánico porque no deseaba mantener ninguna conversación con una completa desconocida, y mucho menos con ella.

—Iré a hablar con mi sobrina, le debo una disculpa.

—Rodrigo, ¡no! —gritó la madre—. No me dejes a solas.

El conde observó a Elina que no había apartado la mirada de su madre. Dudó, pero ahora era la condesa de Ayllón, y su madre debía aceptarlo.

—Regreso en unos momentos.

Cuando las dos mujeres se quedaron a solas, María le giró el rostro a Elina en un acto de desprecio inconfundible, pero que a la otra no le afectó.

—Sé, que no soy lo que usted esperaba —le dijo de pronto.

María se mantuvo tercamente en silencio, y mirando a un punto indeterminado de la alcoba.

—Pero sí que es usted lo que esperaba yo. —María se atrevió a mirarla fugazmente porque sus palabras le habían provocado cierta curiosidad—. Me gustaría responderle cualquier pregunta

que tenga sobre mí y que...

María la cortó.

—¿Y por qué piensas que querría saber algo sobre ti, desdichada?

Elina soltó un suspiro largo.

—Porque ambas queremos a Rodrigo, y deseamos lo mejor para él.

A María le chirriaron los dientes al escucharla. ¿La tuteaba? Era el colmo del descaro.

—No te atrevas a compararte conmigo, desgraciada —le espetó con acritud—, ni a tutearme.

Elina se armó de infinita paciencia porque entendía la postura de la mujer. Ella era una completa desconocida que había irrumpido de sopetón en la vida de su hijo. ¿Qué madre estaba preparada para eso?

—Jamás lo haría, doña María, pero amo a su hijo, y de verdad que deseo hacerlo feliz.

Elina aceptó tratarla con deferencia a pesar del título que ahora ostentaba.

—¡No puedes amarlo! ¡Apenas lo conoces! —exclamó vehemente.

Elina era consciente que ganarse el corazón y la confianza de la madre de Rodrigo iba a costar un verdadero esfuerzo, pero lo seguiría intentando con todas sus fuerzas. Dedicó un tiempo largo a observarla mejor, y vio que su resplandor era de un tono pardo muy significativo, porque esa tonalidad mostraba dolencia o malestar por estados depresivos. Pardo solía ser el resplandor de personas con sentimientos enredados y acciones oscuras, y la entendió mucho mejor que nadie.

—Como Eulalia, poseo una habilidad especial.

Y entonces Elina pasó a relatarle sus vivencias en Irlanda cuando era una niña de cinco años, y cada etapa de su vida cuando fue vendida y trasladada a otra isla donde se hablaba una lengua diferente. La mujer no se dejó nada. Le abrió su corazón, como se lo abrió a Rodrigo en el Santa Rosa. Durante la travesía, Elina había podido comprobar lo excepcional que era, porque trataba con respeto y consideración a cada uno de los hombres que comandaba. Porque era tenaz, cuidadoso, y porque era el hombre de sus sueños.

María no cambió la opinión que mantenía sobre ella tras el largo y emotivo relato, pero sí sintió un cierto respeto por la luchadora que había sobrevivido a tanta calamidad.

—Mi hijo se merecía una mujer de su rango —le reveló María muy seria.

—Eso es indiscutible, pero a su vida he llegado yo, y tengo intenciones de quedarme —el tono de Elina no era presuntuoso, sino de respeto.

María recordó que había mencionado que tenía una habilidad especial como Eulalia.

—¿Eres gitana? ¿Lees la Buenaventura como Eulalia?

—Uno de mis antepasados era romaní.

María sintió un cierto malestar, y como su indeseable nuera no tenía intención de marcharse, se dedicó a observarla minuciosamente. De verdad que era hermosa, sobre todo con ese azul de ojos. Con la piel tostada por el sol, se veía muy exótica, y pudo entender el motivo para que su hijo se

sintiera atraído por ella. Además, era muy esbelta, aunque de curvas acentuadas. El vestido rosa que llevaba la hacía parecer muy joven.

—Mi hijo podría ser tu padre —dijo María en un tono seco.

Elina le sonrió.

—Rodrigo no va a comenzar una nueva moda entre la nobleza, ¿verdad?

Elina se refería al hecho de que un hombre de más edad se casara con una mujer más joven.

—No, la verdad es que no —aceptó María—. Los hombres gozan de ese privilegio desde que el mundo es mundo.

La condesa viuda quiso apoyar mejor la espalda, y entonces un acceso de tos le hizo saltar las lágrimas.

—Si Eulalia estuviera aquí, ya habría acabado con esta maldita tos que no me deja ni respirar —se quejó la anciana.

Elina se quedó un momento pensativa.

—Puedo ir en busca de una doncella para que le prepare una tisana calmante —María negó con la cabeza—. Me gustaría ayudarla —le ofreció.

—Desearía que te marcharas —respondió María—, pero imagino que eso es ya imposible.

La mujer hacía referencia a la consumación del matrimonio. Y como Elina iba con ventaja al poseer un don especial, no la sacó de su error. Ahora tenía claro que si la condesa viuda descubría que Rodrigo y ella no habían consumado el matrimonio, trataría de que lo invalidasen. Suspiró profundamente, le sonrió, y se inclinó hacia ella.

—¿Puedo contarle un secreto? —le preguntó suave.

María iba a decir que no, pero Elina no se lo permitió.

—Daré a luz al próximo conde de Ayllón —reveló de pronto dejando a María pasmada.

La mujer era incapaz de decir nada, menos mal que la tos se le había calmado de repente, porque de lo contrario se ahogaría al no poder inhalar ni una pizca de aire.

—¿Cómo le gustaría que se llamara su nieto y heredero?

María pudo ver en la mirada de ella que no le mentía. En sus ojos azules veía sinceridad, y parte de la animosidad que sentía hacia ella, se desvaneció. No era lo mismo despreciar y tratar de odiar a una extraña, que a la madre de su futuro nieto. Se preguntó si estaría ya encinta. ¿Se habría casado Rodrigo tan precipitadamente por esa razón? María se dijo que su hijo y ella habían pasado semanas en el mar, la única mujer en el Santa Rosa, ¿cómo iba su hijo a resistirse? Claro que era lógico que se casara de forma tan precipitada con ella. Tragó con fuerza, y deseó ver cumplido su sueño más ansiado: un nieto varón y heredero.

—¿Me hablas con la verdad? —le preguntó de pronto—. ¿O sólo deseas apaciguar la decepción que siento por las acciones de mi hijo?

El rostro de Elina se dulcificó.

—Absolutamente le hablo con la verdad.

María cerró los ojos porque era incapaz de ponerle nombre a lo que esa revelación le hacía sentir. Inexplicablemente, Rodrigo se había casado con una completa extraña, pero era una mujer joven, de carácter suave, y de trato tierno. Además, sus ojos lograban transmitir una serenidad que apaciguaba las tormentas que bullían en su interior. Estar con ella no le provocaba incomodidad, a pesar de que lo había intentado. Su voz era como un bálsamo de aceite. Entonces, Elina comenzó a narrarle lo que sentía por Rodrigo desde que lo vio en la Taberna de la Pelona. Y María la escuchó casi sin un parpadeo, y sin poder apartar la vista de la mujer. ¿Qué tenía su sonido que la cautivaba? Tiempo después, el rostro de María se había suavizado. La tos ya no era tan acuciante. Seguía teniendo reservas, pero comenzaba a aceptar la situación, aunque no gracias a su hijo.

—¿Qué nombre le gustaría que llevara su nieto? —reiteró.

María se lo pensó unos segundos antes de responder.

—Me gustaría que mi nieto se llamara en primer lugar como mi esposo, y como mi hijo, y en segundo lugar como mi padre —Elina la animó con los ojos a que continuara—. Desearía que el heredero del condado de Ayllón se llamara Rodrigo Martín —declaró muy seria.

Elina le decía todo con la mirada.

—Me aseguraré de que se cumpla su deseo.

María sufrió un sobresalto.

—Pero si te equivocas y das a luz a una niña —comenzó a decir María de forma solemne—, me gustaría que la llamas Inés, como mi hija.

Elina sabía que la hija de María había muerto tras el parto de la duquesa. El dolor que debía de haber sufrido la condesa viuda, le parecía insoportable para un corazón maternal.

—¿Y cómo se llamaba su madre? —le preguntó interesada.

A María se le tiñeron las mejillas de color por los recuerdos.

—Dulce —contestó con un hilo de voz.

—Un nombre precioso —respondió Elina—. Al niño le pondremos Rodrigo Martín, y a la niña Dulce Inés...

María sintió un nudo en la boca del estómago. La conversación con su nuera le había cambiado la vida y la forma de pensar. Ahora entendía el apremio de su hijo por casarse, y aceptó que como hombre responsable, había hecho lo correcto. Si la mujer estaba encinta y alumbraba un heredero, no podía ser hijo ilegítimo. Pero la condesa viuda lamentó que su hijo no se hubiera sincerado con ella. Si la había dejado embarazada durante el regreso del Santa Rosa al reino de España, María no se habría opuesto a la boda. Al menos eso creía, pero le dolía que su hijo hubiera actuado a voluntad sin consultarle.

Elina seguía sonriéndole, y los nervios de María se sosegaron. ¿Por qué la extranjera le transmitía tanta paz? Ella quería detestarla, pero había bastado una conversación para que casi bebiera de su mano. ¿Qué le ocurría? Pues que era mujer practica, y por eso se dijo que a los hechos consumados, sólo cabía la aceptación.

—¿Llegaré a conocer a mi nieto? —preguntó ansiosa.

Elina no quería mentirle. Veía la sombra de la muerte en el rostro ajado y, con la tristeza asomando por sus ojos, le hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Al menos me iré sabiéndolo...

CAPÍTULO 20

Rodrigo buscó a su sobrina que claramente lo evitaba. ¿Por qué las mujeres se mostraban tan quisquillosas cuando no se salían con la suya? ¿Por qué parecían tan faltas de visión a largo plazo? Él, no tenía intención de casarse antes de embarcar en el Santa Rosa, pero tras semanas de navegación y búsqueda infructuosa de Blanca, todo había cambiado de forma drástica. En su camino se había cruzado una mujer que lo atrajo desde el mismo momento que la vio, y en los largo días de travesía, había podido conocerla, valorarla. Quizás, si la enfermedad de su madre no fuera tan emocional, él no habría mostrado la debilidad de intentar hacerle el amor de forma descontrolada, pero ese hecho en concreto le había mostrado lo vulnerable que era como hijo, y lo sólo que se sentía como hombre. Elina había llegado a su vida de la forma más inesperada, y de verdad creía que podría hacerlo feliz.

Rodrigo no había elegido la soltería voluntaria, simplemente había ocurrido. De la misma forma que no había elegido enamorarse de Elina, pero había sucedido. Rodrigo contuvo un jadeo... ¿estaba enamorado?, se preguntó atónito. Y se hizo una nueva pregunta, ¿qué sentía realmente hacia ella? El conde cruzó los brazos sobre el pecho, y se quedó pensativo: navegaba por las profundidades de sus inquietudes para tratar de encontrar una razón de peso a sus suposiciones.

Elina comenzó a importarle mucho antes de lo que sospechaba. Que lo atraía sexualmente, era indudable, porque ansiaba estar con ella de forma íntima, algo que no le ocurría desde hacía mucho tiempo. Pero no era la atracción física lo más importante de sus sentimientos, sino lo que le hacía sentir cuando estaba a su lado: paz.

—Le he dicho al mayordomo que no hacía falta que me anunciara.

La voz del duque de Arun lo trajo al presente de forma brusca.

—Me encontraba aquí esperando la llegada de tu esposa —respondió el conde—, ésa que me niega la palabra y me priva de su presencia.

Justin caminó hacia la mesa que contenía los licores, y sirvió dos copas de brandy.

—A su Excelencia le encanta dejar claro cuando está en desacuerdo.

—Ya sabes cómo detesta mi querida sobrina que la llames Su Excelencia —le recordó Rodrigo. Justin le guiñó un ojo al mismo tiempo que le tendía la copa de brandy—. Si Eulalia te viera en este momento haciendo de sirviente, no se mordería la lengua —apuntó el conde.

El comentario de Rodrigo arrancó una sonrisa de oreja a oreja al duque.

—Todavía recuerdo sus comentarios mordaces cuando mi padre decidía mostrarse atento con ella.

Rodrigo también sonrió.

—¿No han llegado noticias de Eulalia a Crimson Hill? —preguntó el conde.

Justin hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—¿Y dónde están las mujeres de Redtower? —el duque claramente se refería a Aurora y

Elina.

—Mi esposa está con mi madre, y tu esposa, ni Dios lo sabe.

Justin decidió tomar asiento en el amplio sofá del salón. A él le gustaba esos momentos de conversación con el conde, aunque podía disfrutar muy poco de ellos.

—Pues mis hijos están atacando la cocina de Redtower, quedas avisado.

Y Rodrigo pensó en Eulalia, en lo mucho que le gustaba mimar a esos polluelos que habían crecido mucho bajo su ala.

—Me gustaría tanto que Eulalia siguiera aquí —dijo Rodrigo pensativo—. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo necesaria que es en nuestras vidas.

—Tengo hombres en alerta también en los puertos de Brighton, Portsmouth, y Southampton —le reveló el duque—. Si toma un barco, lo sabremos.

—Una vez me dijo que si tuviera que escoger un lugar donde vivir en Inglaterra que no fuera Redtower, sería en el condado de Dorset, junto al río Frome. He decidido viajar mañana hasta allí —anunció Rodrigo.

—¿Piensas que puede estar en esa zona? —preguntó el duque muy interesado.

Rodrigo ya no sabía qué pensar. Se había convencido de que Eulalia necesitaba tiempo para estar a solas y tomar decisiones. Sabía que regresaría a la torre cuando se hubiera decidido en un sentido o en otro. El conde se negaba a considerar cualquier otra posibilidad. Si bien su regreso al reino, también lo tenía en mente.

—Cabe la posibilidad de que Eulalia embarque hacia España para pedirle cuentas a su hijo —reveló de pronto.

—Ya te he mencionado que tengo hombres vigilando los puertos cercanos —le recordó el duque—. Si embarca en algún buque de línea, me avisarán.

Rodrigo ataba hilos tratando de encontrar respuestas. Sabía que Eulalia disponía de reales y de oro. Conocía que sus joyas las mantenía a buen recaudo en el dobladillo de su vestido de novia, por eso era lo único que se había llevado de Redtower. Intuía que no pararía hasta llegar al reino, encarar a su hijo, y lanzarle la verdad al rostro, salvo que Eulalia ignoraba que su hijo podría estar de camino a Cuba. La imaginó llegando a Silencios y desatando el Apocalipsis. Por ese motivo le había enviado un telegrama urgente al duque de Alcázar y otro a Martín. Confiaba que llegaran ambos mensajes a destino antes que ella.

—Sólo es una sospecha, pero sopesar las diferentes opciones me ayuda a mantener la mente ocupada.

Las cejas de Justin se alzaron con sorna.

—Estás recién casado —le recordó—, ahora sólo tienes una ocupación de la que ocuparte.

Tras las palabras de Justin, Rodrigo se ruborizó, y el duque terminó soltando una carcajada.

—¿Parezco un chaval de dieciocho años? —le preguntó.

—Pareces un recién casado —contestó el duque.

Rodrigo cruzó una pierna sobre la otra.

—Mis hijas todavía no lo saben —murmuró el conde como de pasada.

—Entonces tenemos que organizar una cena de gala donde podrás presentar a la flamante esposa.

El conde lo miró turbado.

—Aracena todavía sigue en Escocia, e ignoro cuándo tiene pensado regresar.

—Puedes enviarle un mensaje.

Rodrigo ladeó la cabeza pensativo.

—A Isabel podemos decírselo, no vive muy lejos de Redtower.

Y Rodrigo pensó en su otra hija, en Rosa. Creía que había llegado el momento de revelarles la verdad. Lo sucedido con Eulalia lo había convencido de que no podía seguir callado, aunque ello significase un enfrentamiento con su yerno, el duque de Alcázar.

A Rodrigo se le abrían varios frentes, pero ahora tenía la ayuda de Elina para enfrentarlos todos.

Ambos hombre continuaron conversando sobre la nueva relación de Rodrigo, sobre la desaparición de Eulalia, sobre los problemas políticos en España, y sobre la ausencia de John Beresford y su hijo en Whitam Hall.

Elina entró por sorpresa a la cocina de Redtower, y vio a cuatro jóvenes muy apuestos. Se quedó en el umbral observando cómo devoraban una bandeja de dulces. Ella ignoraba que eran las empanadillas de boniato que tanto les gustaba. Como los hombres no se habían dado cuenta de su presencia, seguían con sus bromas y chanzas. En verdad era un deleite mirarlos. Dos eran morenos, los otros dos rubios, y dos de ellos eran como dos gotas de agua. Eran los que más bromeaban entre sí. Vestían de forma elegante, con tejidos caros y tonos que acentuaban su personalidad, pero uno de ellos le llamó poderosamente la atención porque se mantenía un poco apartado, y no bromeaba como los otros tres. Se dedicaba a observarlos mientras se comía una empanadilla de forma elegante. La ayudante de la cocinera le lanzaba miradas arrobadas. Estaba claro que bebía los vientos por él, aunque el muchacho no se daba por enterado. La cocinera les llamó la atención, pero uno de ellos la abrazó mientras le daba un beso en la mejilla. Elina se dijo que ese no era un comportamiento propio de la nobleza. Eran hijos de duque, y sin embargo trataban a la cocinera como si fuese de la familia.

Elina se sintió encantada con ellos.

—Créeme que no son tan mansos como parecen.

La voz de la duquesa tras ella la sobresalto. Elina se giró y la miró sorprendida.

—Son tan guapos y divertidos —susurró todavía afectada.

—Y belicosos, pendencieros, juerguistas, y sobre todo seductores —le confió—. Si te descuidas, comerás de sus manos sin que te percales de ello.

Elina no pudo ocultar una sonrisa. Aurora decidió presentarla a sus hijos.

—Muchachos —los llamó—. Os presentó a vuestra nueva tía, Elina O'Brien, ahora condesa de Ayllón.

Dos de ellos se levantaron de sus asientos con prontitud, los otros dos se regazaron. Aurora hizo los honores, y presentó a Elina a cada uno de sus hijos, a continuación, los cuatro le presentaron sus respetos besándole la mano con suma cortesía.

Elina se derretía con sus atenciones, y entendía la mirada bobalicona de la doncella que se comía a uno de ellos con los ojos.

—Saque a estos descarados de mis dominios, Su Excelencia —le dijo la cocinera con autoridad, pero con sumo respeto—. O me quedará sin postre que presentar en la cena.

Aurora soltó un suspiro largo. La bandeja de empanadillas de boniato estaba prácticamente vacía. Con la mirada les hizo una advertencia, y los cuatro Penword obedecieron: salieron de la cocina gastándose bromas entre sí como era propio en ellos.

—Precisamente de la cena quería hablar —le dijo Aurora a la cocinera.

Un segundo después presentó a Elina como la señora de Redtower, afianzando con ello su posición en la casa. Le dijo a la doncella que avisara a la totalidad del servicio para que se reunieran en la cocina porque tenía que impartirles nuevas órdenes. Minutos después, salvo el mayordomo, todos los sirvientes se reunieron en torno a ambas mujeres. Aurora fue clara y precisa. Presentó a Elina como la nueva señora, y de la que recibirían las pertinentes órdenes a partir de ese momento.

Tiempo después, y cuando las dos se quedaron a solas salvo la cocinera y la ayudante que la asistía, Elina se giró hacia ella.

—¿Por qué me ayudas?

Estaba claro que la intervención de la duquesa en su favor la había pillado por sorpresa, sobre todo después de intentar que el sacerdote no oficiara la boda.

Aurora la sujetó por el brazo y la apartó de la cocina. Elina tenía que entender que debía mantener la privacidad en las conversaciones y en el trato con respecto al servicio. Cuando llegaron a la puerta del salón, detuvo sus pasos, y también los de Elina.

—He mantenido una conversación con mi abuela —admitió—, y ahora comprendo el motivo para el apremio sobre tu boda con mi tío —Elina la miró suspicaz—. Ahora eres mi tía, y debo mostrarte respeto.

La sinceridad de la duquesa le resultó inesperada.

—Estoy emocionada —reconoció la mujer.

Aurora le sonrió.

—Te ayudaré a integrarte en la familia, podrás contar con mi apoyo para entender el funcionamiento de una casa como Redtower. —Elina seguía superada en sentimientos—. Y puedo decirte que te encantarán tus dos hijastras pues son de fácil trato —le anunció práctica—. Aunque tendrás que organizar una cena para la presentación oficial.

Elina casi las conocía porque Rodrigo le había hablado mucho sobre ellas durante los días de navegación. En realidad conocía casi toda la vida de Rodrigo, y estaba encantada de pertenecer a su familia.

—¿Cómo puedo agradecerte todo esto? —le dijo la irlandesa con sinceridad.

Aurora clavó sus ojos dorados en los azules, y sólo vio en ellos autenticidad.

—Le has traído paz a mi abuela, y eso es suficiente pago para mí.

Elina se emocionó de nuevo, pero ya no pudo decirle nada porque la duquesa empujó la puerta del salón, y entonces escucharon las carcajadas del duque y del conde.

—Vaya, parece que algunos han comenzado ya la celebración —se quejó la duquesa.

Justin devoró a su mujer con los ojos, Rodrigo también miró a Elina, aunque fue más comedido.

—¿Qué te he dicho, Rodrigo? —se jactó el duque en un jeroglífico que sólo ellos dos entendían.

El conde soltó una risa natural que encantó a Elina, porque su sonido le pareció como el batir de las alas de un ángel.

—Mi abuela espera que vayas a hablar con ella —soltó de pronto Aurora.

A Rodrigo se le borró la sonrisa.

—¿Ha empeorado? —inquirió con desazón.

Aurora hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Te acompañaré —se ofreció Elina.

Justin sonrió todavía más porque se quedaba a solas con su duquesa.

—¿Sabéis lo que os digo a los dos...? —Aurora no terminó la frase.

CAPÍTULO 21

Rodrigo miró a su madre que se veía algo mejor que en las últimas horas. Finalmente Elina no había podido acompañarlo porque a la torre había llegado Jamie e Isabel acompañados de sus hijos: Elizabeth, Alexandra, y el pequeño Logan. Decir que Elina se puso nerviosa, habría sido quedarse muy corto, pero Isabel era de trato fácil, de gestos suaves, y se había ganado a la irlandesa con una sola sonrisa. El conde dejó a su esposa con ellos, y se marchó a las dependencias de la condesa viuda.

—Me ha dicho Aurora que deseabas verme.

María tosió con un silbido que no le gustó nada al conde, aunque la mujer no tenía fiebre.

—Tengo un mensaje para Martín —respondió la condesa viuda.

Rodrigo aprovechó la silla que Elina había acercado al lecho para sentarse.

—Martín tiene una nueva misión.

—¿En Nueva España? —preguntó la viuda.

Rodrigo se encontró enarcando una ceja. ¿Su madre conocía las diferentes misiones de Martín.

—He insistido muchas veces para que hable con Eulalia, pero desoye mis consejos —le reveló el hijo.

María parpadeó.

—Y yo le he aconsejado siempre justo lo contrario —el conde no podía creerla—. Abre el primer cajón de mi cómoda —le pidió.

Rodrigo dudó unos instantes, pero obedeció a su madre. Cuando abrió el cajón, lo encontró lleno de objetos personales.

—Coge el fajo de cartas que tienen el lazo verde. Al lado del fajo de cartas que le mencionaba su madre, había otro atado con una cinta azul, otro con una cinta roja, y otro con una cinta blanca. Por el tamaño, el fajo debía contener unas veinte cartas.

—Tráelo —le pidió la mujer.

Rodrigo se hacía un montón de preguntas. Cuando llegó al lecho, se sentó en la silla, y le tendió el fajo a su madre.

—He mantenido correspondencia con Martín, esas son sus cartas.

Rodrigo se mostró sorprendido por esa revelación.

—¿Por qué motivo? —quiso saber.

María inspiró profundamente, y tosió un par de veces.

—Martín es mi ahijado —respondió María—. Moví los asuntos para que lo adoptara mi prima Marta.

Rodrigo abrió los ojos entendiendo. La prima de su madre estaba casada con Tomás Valiente.

¿Cómo no había caído en ese detalle?

—Cuando Joaquín Moreno supo que su prima Eulalia estaba a punto de dar a luz al hijo del duque de Alcázar, vino a verme —comenzó a decirle la mujer—. Quería que intercediera con todos para que le entregaran al niño.

—¿Por qué? —preguntó Rodrigo, aunque no necesitaba conocer la respuesta porque la intuía.

—El infante era de sangre noble, hijo ilegítimo del duque de Alcázar, y la moneda de cambio que podría emplear con la corona si se descubría su traición.

Rodrigo resopló por la magnitud que alcanzaba la confesión de su madre.

—De verdad que yo no conocía a Eulalia por aquel entonces, pero Inés la encontró malherida, inconsciente, y con la mitad del cuerpo de su hijo en este mundo —María tomó un poco de aire antes de continuar—. La trajo a Guadaiza, y me costó un sólo segundo entender quién era ella, y lo que había sucedido. Llamamos al doctor que la asistió en el parto, y cuando su hijo nació, decidí que tenía que protegerlo. Era tan pequeño e indefenso.

—¿¡Por qué!? —exclamó el hijo espantado.

—Porque su familia la quería muerta, y porque volverían a intentarlo si descubrían que vivía —se justificó María sin un asomo de arrepentimiento en la mirada—. Moví los hilos para que mi prima adoptara a Martín, lo bauticé yo misma, y lo protegí pues es mi ahijado.

—Por eso se llama Martín, como mi abuelo —apuntó Rodrigo.

Los ojos de María brillaban.

—Martín ha estado a salvo de su familia materna, del propio duque, que perdió la cabeza cuando Eulalia desapareció...

Rodrigo la corto.

—Martín se podría haber criado en Guadaiza —apuntó seco.

María hizo un gesto negativo con la cabeza.

—La corona lo habría sabido, Joaquín Moreno lo habría sabido, el duque de Alcázar lo habría sabido, y todo se habría complicado. Era mejor que todos lo creyeran muerto.

—¡Eulalia tenía derecho a saberlo! —exclamó el conde.

María bajó los párpados, y se mantuvo muy quieta durante unos minutos.

—Martín ha crecido libre de manipulaciones políticas —susurró la mujer—. Es libre en todos los sentidos.

—¡Martín es agente de la corona! —le recordó el noble—. Y conociendo tus actividades pasadas como correo de los carlistas, imagino que has tenido algo que ver con la elección de su profesión, ¿verdad?

No, María no había intervenido en la decisión de Martín, simplemente le había presentado a las personas adecuadas.

—Nadie sabe quién es realmente. Por eso sus pasos son seguros, y su vida está libre de

ataduras.

Rodrigo echó la espalda hacia atrás, y entrecerró los ojos aunque sin apartar la mirada del rostro de su madre.

—Eulalia se merecía saberlo —repitió el hijo.

María no podía estar en más desacuerdo.

—¿Y a dónde nos habría conducido revelar la verdad? Porque te recuerdo que yo no he mentado, sino que he callado.

—¿Qué dice Martín de todo esto? —quiso saber el conde.

María se tomó su tiempo en responder.

—Martín creció en un hogar lleno de cariño —Rodrigo ignoraba que la prima de su madre no tenía hijos propios—. Lejos de las intrigas de la corte, inmune a los acontecimientos del reino...

Rodrigo la cortó.

—Puedo comprender tus actos, pero ello no quiere decir que los apruebe —respondió el hijo.

—Pero es que no necesito tu aprobación —le recordó María—. Salvé a un infante, y protegí a la madre bajo mi amparo.

—Separaste a una madre de su hijo —recalcó el conde.

María inspiró profundo, y guardó silencio durante varios minutos.

—Cuando Martín cumplió los doce años, me decidí a revelar la verdad —confesó María a continuación—. Le expuse todo el mosaico de su vida, y le dije que podía escoger.

—¡Lo manipulaste! —la acusó el hijo.

María apretó los labios al escuchar la censura del hijo.

—No te he llamado a mi lecho de muerte para escuchar recriminaciones —le espetó la madre—. Sino para que cumplas la que será mi última voluntad.

Rodrigo contuvo su impulso. Era cierto, su madre quería sincerarse, y él debía de escucharla.

—Necesito que le entregues estas cartas a Eulalia cuando ya no esté.

María le tendió el fajo. No había desatado el lazo.

—Eulalia se ha ido de Redtower —respondió Rodrigo.

—Aurora me lo dijo. ¿Sospechas algo? —preguntó la madre.

Era cierto. Rodrigo tenía sus sospechas, y se guardaba sus propias conclusiones.

—Dime qué piensas...

Rodrigo guardó silencio. Tenía en las manos un fajo de cartas de Martín, el hijo de Eulalia, cartas que le había enviado a su madrina.

—¿Cuándo supo Martín que era hijo de Eulalia? —le preguntó de pronto.

María no necesitó tiempo para responder.

—A los doce años, cuando le revelé la verdad, ya te lo he mencionado.

Rodrigo se levantó, dejó el fajo de cartas sobre la silla, y caminó hacia la ventana. Se mesó los cabellos que ya le plateaban en las sienes.

—Sospecho que Eulalia se ha marchado al reino, concretamente a Silencios.

—¿Por qué a Silencios? —preguntó María con sorpresa.

Rodrigo se giró hacia ella al mismo tiempo que entrecerraba los ojos.

—¿Quién en todo el reino podría mover los hilos para encontrar a un hombre? —María se llevó la mano a la boca—. Sí, el propio duque de Alcázar, su hermano —respondió el hijo entre dientes.

María contuvo un jadeo porque no había noble más poderosos en el reino que Alonso de Lara.

—Eulalia no irá a silencios, sólo está dolida, y necesita tiempo para serenarse.

Rodrigo alzó las cejas incrédulo al escuchar a su madre.

—¿De verdad lo piensas?

María se calló que Eulalia la había maldecido. Que le había deseado todos los males del infierno.

—Ya no sé qué pensar —admitió la mujer.

Al contrario que su madre, Rodrigo lo tenía muy claro. Eulalia se las había ingeniado para burlar la vigilancia que ellos habían puesto en varios puertos cercanos a Redtower para embarcar en una nave con rumbo a España. Una vez allí, en Silencios, abriría la caja de Pandora. El conde temblaba sólo de pensar en la reacción de Alonso de Lara a tantas mentiras y manipulación.

—¿Le darás las cartas a Eulalia cuando ya no esté? —le pidió la mujer.

Rodrigo caminó hacia la cama de su madre, y tomó asiento de nuevo en la silla.

—Confío que se las puedas dar en persona —respondió emotivo.

María cerró los ojos unos instantes.

—Gracias —le dijo ignorando su comentario anterior.

—¿De quienes son las otras cartas que guardas?

María no pensaba decírselo todavía. Rodrigo tendría que esperar hasta que ella muriera y se leyera su testamento.

—He hablado con Elina —le dijo de pronto.

Si María pretendía que Rodrigo olvidara los otros fajos de cartas que guardaba en el primer cajón de su cómoda, lo consiguió.

—¿Y qué piensas sobre ella? —en la voz de Rodrigo, María pudo percibir cierta ansia.

—Que no es la mujer que yo habría elegido para ti, pero que la aceptó porque deseo irme de este mundo en paz.

Rodrigo soltó tal suspiro de alivio, que María se avergonzó de su actitud anterior.

—Es importante para mí saberlo —confesó el hijo.

—Aurora me ha prometido que la ayudará a ser la esposa que se merece el condado de Ayllón.

Rodrigo giró el rostro y miró hacia la ventana.

—Elina lo hará bien —contestó el noble.

María no tenía la menor duda que bajo la supervisión de la duquesa de Arun, Elina podría ejercer su papel de condesa casi a la perfección. Pensar en la corte, le puso los vellos como escarpías, pero ella no estaría para ver ese momento, aunque Rodrigo podría guiarla en los pasos.

—Hijo... —lo llamó de pronto María—. Necesito que encuentres a Eulalia.

—Te prometo que lo haré —aceptó el conde.

María soltó un suspiro de alivio que enterneció al hijo.

—Cuando yo falte —continuó la mujer—. ¿Regresarás al reino?

Rodrigo pensó un momento en la respuesta. Si María fallecía en tierras de Inglaterra, él tendría una razón para regresar de tanto en tanto, sobre todo porque su hija Isabel estaba casada con Jamie, también su hija Rosa, que estaba casada con Andrew Beresford, y su sobrina Aurora, actual duquesa de Arun. Rodrigo pensó en los hijos de Aracena, en los hijos de Isabel. Pensó en Blanca, y el pequeño Adam...

Sí, Rodrigo tenía sobrados motivos para regresar a Redtower.

—Dile a Elina que venga —pidió María—. Necesito hablar con ella.

—¿Puedo estar presente? —pidió el hijo.

María hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Necesito retribuirle el regalo que me ha brindado.

Rodrigo miró a la madre con interés.

—¿Elina te ha hecho un regalo? —inquirió asombrado.

María quiso sonreír, pero un gesto de dolor lo impidió. Soltó un suspiro largo de cansancio.

—El mejor que puede recibir una mujer a las puertas de la muerte.

Eso sí que era un completo jeroglífico, se dijo Rodrigo, pero no pudo decir nada más porque la puerta de la alcoba se abrió dando paso a su hija Isabel seguida de sus dos hijas mayores.

—¡Abuela! ¡Está despierta!

Con la llegada de su hija y de sus nietas, Rodrigo se batió en retirada.

CAPÍTULO 22

Elina se sentía llena de júbilo con el regalo inesperado de su suegra. Con la mejora de María, todos los ánimos habían cambiado en Redtower. La cena elegida por la duquesa de Arun para presentarla formalmente a la familia, había sido todo un éxito.

La Irlandesa se sorprendió mucho al conocer al hermano menor del duque de Arun. Jamie Alexander Penword no se parecía en nada a Justin, pues al contrario que él era moreno, y le gustó el color de sus ojos: violeta. Le agradó su sonrisa, pero sobre todo la forma tan cariñosa con la que miraba a su esposa Isabel. Las hijas de ambos, Elizabeth y Alexandra, eran encantadoras como la madre, y tan atractivas como todos los Penword que ya conocía. Isabel fue muy amable con ella y, a pesar de su avanzado estado de gestación, le prometió que la acompañaría a realizar las compras que necesitaba para que resplandeciera como condesa de Ayllón. Isabel se veía una mujer voluntariosa, de gran energía, pero limitada por su embarazo. Elina adivinó el sexo del bebé que esperaba, pero Rodrigo le ordenó que se guardara esa información cuando ella estuvo a punto de revelárselo.

También conoció a la frágil Rosa que había hecho un esfuerzo sobrehumano para asistir a la llamada familiar, si bien se retiró poco después porque se cansaba demasiado. Elina tuvo unos momentos para conversar con ella, conocerla, y durante ese tiempo pudo percibir que su enfermedad era grave, pero no mortal. Todavía tenía por delante muchos años para ser feliz junto a los suyos, siempre y cuando evitara tomar aquellos alimentos que la dañaban interiormente.

Esperaría un momento más apropiado para comentárselo.

Saludó a su preciosa hija Blanca a la que ya conocía de su llegada a Redtower, también al pequeño Adam: un querubín de cabellos rubios y ojos celestes. Cuando Rosa se disculpó porque se marchaba, vio a Rodrigo que la observaba atento, inmerso en dudas y secretos inconfesables. Sabía que se debatía en revelar la verdad, pero algo lo retenía. Necesitaba preguntarle que imperiosa fuerza lo obligaba a callar, si bien lo haría en otro momento.

Lucy le había quitado las horquillas del moño, y le peinaba la larga melena oscura.

—Tiene un cabello precioso, milady —le dijo la doncella.

Elina seguía pensativa. Nada sabían de Eulalia, y ella seguía lamentado haber sido la causa para que se marchara. Se preguntaba qué habría sido de la mujer que le había confiado las tres cartas. Dudaba en mencionarle a Rodrigo la carta que guardaba para Martín, pero se dijo que era mejor que no lo supiera. Eulalia había confiado en ella, y no podía defraudarla.

—Gracias, Lucy, ya continuó yo.

Rodrigo acababa de entrar a la alcoba vestido con un batín de seda azul. Su presencia era imponente.

—Me ha dicho mi sobrina que mañana iréis de compras. —La voz de Rodrigo le acarició la nuca—. Isabel os acompañaría, pero su estado le impide mostrarse ágil.

Elina no se esperaba que cogiera el cepillo de mango de plata, y comenzara a pasárselo pro el cabello.

—En realidad no necesito ropa porque Eulalia me ha regalado algunos vestidos suyos.

La mano de Rodrigo se detuvo a mitad de camino.

—La condesa de Ayllón no puede vestirse con las ropas de otra mujer, sobre todo, con algunas de las escandalosas prendas de Eulalia.

Elina seguía pensativa. Estaba inquieta, y desconocía el motivo, bueno, sí que lo conocía: la proximidad del conde, su esposo.

—Tiene unos vestido muy bonitos y alegres.

Rodrigo no podía discutirsele, porque algunos vestido de Eulalia eran en verdad llamativos.

—¿Me estás peinando? —le preguntó de pronto, como si hubiese caído en la cuenta.

Rodrigo parecía divertido.

—Ignoraba lo placentero que me resultaría.

Elina lo miró sorprendida. Los dos estaban vestidos con ropas de dormir, pero estaba claro que el conde tenía otras intenciones.

—Estaba pensando en tus hijas —contestó suave.

Rodrigo dejó el cepillo sobre el tocador.

—Y yo deseo que pienses sólo en nosotros. —Elina sonrió de oreja a oreja en respuesta—. Por cierto, ¿qué te ha obsequiado mi madre?

Elina parpadeó el escucharlo. ¿El hijo ignoraba el regalo que le había hecho la madre? María le había hecho entrega de algunas de sus pertenencias, y de varios paquetes de cartas que tendría que entregar cuando María abandonara esta vida, y se leyera su testamento. Esas habían sido sus instrucciones.

—Me ha regalado un collar de perlas, y un abanico.

Rodrigo lo sospechaba. Los dos regalos eran muy significativos. El collar de perlas se lo había obsequiado la suegra de María, y ella había hecho lo propio, y el abanico debía de ser el de hueso pintado a mano con figuras románticas. Era un regalo de la reina cuando se desposó con el conde de Ayllón.

—Te dije que mi madre sabía ver a través de las apariencias —le recordó el conde.

Elina cogió su mano, y lo miró con atención.

—¿Vamos a consumir nuestro matrimonio? —le preguntó.

Rodrigo no estaba acostumbrado a la sinceridad directa de una mujer, bueno, sí, su sobrina y sus hijas no contenían la lengua cuando algo las contrariaba.

—Mi madre nos ha dado su bendición.

Elina soltó un suspiro. Había visto y oído demasiado para ignorar lo que sucedía entre un hombre y una mujer, pero otra cosa muy distinta era vivirlo en primera persona.

Rodrigo contempló su vacilación.

—No me importaría esperar hasta que te acostumbraras, pero no es tiempo lo que me sobra.

Lo había dicho en broma, pero captó la atención de ella.

—No digas algo así pues puedes tentar a la suerte —contestó rápida.

—¿Eres supersticiosa?

—¿Y tú no? —Rodrigo hizo un gesto negativo—. Permíteme que lo dude, noble español.

Rodrigo sonrió ampliamente al escucharla, y a ella le gustó porque lo hacía parecer más joven.

—Voy a ser paciente contigo —le prometió.

Elina alzó las cejas con sorpresa.

—¿Te lo he pedido?

A él le encantaba el tuteo, también, su mirada juguetona pues anunciaba noches de placer interminables. La tomó de ambas manos, y la levantó del sillón, con pasos cortos pero seguros, la fue llevando hacia el lecho. Elina se dejó guiar por él sin apartar la mirada azul de la dorada.

Rodrigo le sonrió con ánimo.

No la soltó, sino que la mantuvo ceñida a él. Ella parecía querer decirle algo, sin embargo, las palabras resultaban innecesarias. Se lo decían todo con los ojos. Durante un momento, ninguno de los dos parpadeó. Después, él apretó su abrazo y, antes de que ella pudiera moverse, antes de que intentara separarse de él, la besó. Y lo hizo apasionadamente, y de una forma que ella jamás habría esperado ni imaginado. La besó hasta que ella sintió que la habitación daba vueltas a su alrededor.

Le era imposible pensar, sólo sentir.

Elina respondía a sus labios y al fuego que ardía en ellos. Estaba rendida y conquistada con sus besos. Parecía que Rodrigo la convertía en parte de sí mismo. Cuando los dos se quedaron sin aliento, él levantó la cabeza. A Elina le resultó imposible moverse o hablar, y alzó la mirada hacia él, con ojos brillantes.

—Eres maravillosa —le dijo Rodrigo completamente excitado.

—Y, tú, mi destino —respondió ella con voz de seda.

Entonces Rodrigo volvió a besarla de nuevo, pero con más ternura que antes. A la vez, ella sentía como si con el beso succionara su corazón y su alma para hacerlos parte de él. En los brazos de Rodrigo, Elina no tenía voluntad, ni podía pensar. Sentía como si las estrellas del firmamento se hubieran fundido en el interior de su pecho para convertirse poco después en llamaradas rojas que la abrasaban de los pies a la cabeza.

Rodrigo no dejó de besarla a medida que la despojaba de la ropa, y la iba tumbando lentamente sobre la cama.

Elina pensó que si muriese en ese preciso momento, al menos habría conocido una sensación más que humana: divina. Y se dijo que era amor puro y verdadero lo que sentía, porque amaba a Rodrigo con todo su ser, y lo amaría siempre.

En cuestión de minutos, los dos estuvieron desnudos sobre el lecho. Rodrigo la rodeaba con sus brazos y la miraba de forma intensa.

—Eres perfecta, la más hermosa de las criaturas —las palabras de él la sonrojaron.

—Te amo —le confesó ella.

Las palabras vibraban en su corazón.

Rodrigo le sonrió, la estrechó más fuerte todavía, y la besó con esos besos apasionados que tanto la estremecían.

—Quiero ser parte de ti —le dijo Elina en un susurro.

Durante un largo instante, Rodrigo observó el rostro sonrojado.

—Los dos seremos uno sólo —contestó Rodrigo antes de volver a apoderarse de la boca de ella.

—Supe que eras mi destino cuando apareciste en la Posada de la Pelona.

Rodrigo comenzó a acariciarla de forma suave.

—¿Era tu destino? —le preguntó antes de besarle la garganta.

Rodrigo percibía el ronroneo de sus palabras antes de que las pronunciara.

—Desde niña veía tus ojos dorados, sabía que vendrías a por mí —le confesó con voz emocionada— Que me rescatarías de ese infierno al que me llevaron.

Rodrigo no solía tomarse a broma esas afirmaciones.

—Por eso me mirabas como si me conocieras —era una afirmación.

—¡Te conocía! —exclamó ella.

Rodrigo alzó la cabeza, y un brillo de deseo se reflejó en sus ojos.

—Pues ha llegado el momento de que nos conozcamos mucho más.

Se apoderó de la boca de Elina, y comenzó a beberse la vida que salía por ella. Elina fue complaciente y participativa en cada abrazo y beso. Redtower estaba lleno de gente, pero entre esas cuatro paredes sólo estaban el conde Ayllón, la mujer de su vida, y el amor que nacía a la vida.

EPÍLOGO

En el interior de la cripta cerrada, Eulalia se despojó de las prendas que vestía, y se dispuso a colocarse el vestido que había guardado toda su vida. Era su mayor tesoro: como si fueran las cartas escritas con letras de plata y oro que nunca recibió del amor de su vida. Tocó la tela del vestido, y contuvo un sollozo. El vestido de encaje color perla había sido diseñado para ser muy voluminoso, pero Eulalia había dejado en Redtower las capas de enaguas que debían acompañarlo.

Con el vestido en las manos, recordó el pasado.

Su niña Inés la había encontrado casi muerta, y sin nada más que el vestido raído que llevaba puesto. Pero Eulalia regresó tiempo después a la zanja donde la habían tirado como a un perro, y rescató el saco que contenía todas sus ilusiones. El hermoso vestido no había sufrido daño alguno, y ella lo guardó con celo en el interior de un arcón que la había acompañado allí donde fue. Había pasado mucho tiempo desde entonces. Años de ilusiones perdidas, porque jamás podría verse frente a un altar acompañada del amor de su vida. Sacó el velo que tenía algunos jirones, también la corona de perlas que sujetaba el velo. A Eulalia le habían sobrado razones para guardarlo todo, porque en el fondo de su corazón siempre había tenido la esperanza de ser la esposa del duque de Alcázar.

Había secado las flores del único ramo que Alonso Miguel le había regalado. Eulalia había pretendido engarzarlas junto al que sería su ramo de novia, pero no pudo ser. Se llevó las secas flores a la nariz, e inhaló el poco olor que todavía desprendían. El olor de las flores era seco y mohoso.

Decidió no perder más tiempo. Se pasó el vestido por la cabeza, y se lo ajustó al busto y a las caderas. No pudo abotonarse los últimos botones de la espalda, pero no le importó. Se quitó la peineta de bronce que sujetaba su cabello, y deshizo el moño prieto. Dejó la pequeña peineta sobre el sepulcro de piedra al mismo tiempo que se masajaba el cuero cabelludo.

Que Eulalia guardara una de las llaves de la cripta familiar de los Penword, había sido toda una ventaja, pues era consciente de que la buscarían en el momento que notaran su desaparición de Redtower, pero en el interior de la cripta, y frente al sepulcro del anterior duque de Arun, nadie la buscaría.

Confiaba que Elina O'Brien cumpliera sus deseos y repartiera las cartas que le había entregado, sobre todo la de él: el hijo de sus entrañas que la había despreciado. Eulalia había llorado durante horas hasta quedarse sin una gota de líquido en el interior de su cuerpo, pero las lágrimas no habían limpiado su alma ni habían detenido los inmensos dolores que la habían azotado hasta el último de sus cabellos. Dolía tanto conocer la verdad. Dolía tanto el engaño infame al que la habían sometido, y precisamente por las personas a las que amaba, a las que consideraba su familia. Eulalia contuvo un nuevo sollozo. Ella había hecho lo propio, y como gitana que era, había vengado el agravio vertido sobre su persona. La mujer que había sido la instigadora de todos su infortunio, estaba maldita, aunque tenía que entregar algo muy valioso para que la maldición fuera eterna, y para que nada ni nadie pudiera deshacerla.

Eulalia guardó las prendas que se había quitado en un saco de arpillera. No se olvidó de la peineta, dejarla sobre el mármol de la tumba del duque era toda una intención. Aurora la vería cuando el primer día de cada mes, y como era costumbre, llegara a la cripta familiar para cambiar las flores marchitas por frescas. Se colocó el velo de novia sobre el cabello para ocultar su rostro. Fuera del cementerio tomaría un carruaje de alquiler para que la llevara al lugar que sería su último destino.

Sin titubear un momento, Eulalia sujetó el saco bajo su brazo, se despidió del difunto duque, y salió de la cripta en silencio bajo el anonimato del velo. Su intención era la de parecer una viuda, y pensó que lo había logrado. Fuera del cementerio tomó un carruaje, le dio la dirección al cochero cuando la ayudó a introducirse en el interior. Llegar hasta el lugar escogido le llevaría unas horas, pero Eulalia tenía todo el tiempo del mundo. No durmió durante el trayecto, y tampoco se permitió el lujo de llorar de nuevo. Todas las lágrimas habían sido ya derramadas, y ahora tenía que cumplir su última misión.

El cochero la dejó muy cerca de Richmond Bridge. Como era tan tarde, todo estaba desierto. No había ni un alma por las calles, ni ella las esperaba.

Eulalia había escogido ese lugar porque lo había visitado en una ocasión con la Familia Beresford. Lo más importante, nadie lo recordaría, por ese motivo se había decidido por ese sitio.

Vestida de novia, y con el velo cubriéndole el rostro, Eulalia caminó decidida. Una vez que alcanzó la mitad del puente, se subió a la barandilla de piedra. Observó durante un momento las aguas que discurrían bajo sus pies. Parecían mansas, pero ella intuía que no lo eran.

Inspiró profundo varias veces, pero no por miedo, sino por una cierta vacilación de último momento. Eulalia había tomado una decisión: iba a saltar sobre las aguas y se dejaría llevar por ellas. Como no sabía nadar, su muerte estaba garantizada.

—Yo te maldigo, María —susurró entre dientes—. Malditos seas también, hijo de mi carne. Que nunca encontréis la paz como no la he podido encontrar yo, y por eso, malditos ambos.

Eulalia terminó de decir las palabras, y saltó...

©2021 Arlette Geneve

Designed by©Racool_studio/Freepik

Sello: Independently published

Derechos exclusivos de ediciones en español para todo el mundo. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.